



Sonhar Contigo

TAMARA

Gill

*Sonar
Contigo*

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)
[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Soñar Contigo
Casa Real de Atharia, Libro 1
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Después de meses oculta, la princesa Holly está finalmente lista para tomar su legítimo lugar como gobernante de Atharia. Todo lo que tiene que hacer ahora es sobrevivir a los intentos de su tío asesino de robar el trono para sí mismo. Pero cuando un misterioso caballero aparece en las orillas de su playa, se sorprende al darse cuenta de que necesita su ayuda casi tanto como él necesita la de ella...

Cuando Drew Meyers dejó su hacienda, su plan era escapar del matrimonio arreglado que su padre intrigante había negociado para él. La tormenta que casi lo mata no era parte del plan. Tampoco lo era conocerla a ella. Holly es todo lo que siempre quiso, y hará cualquier cosa para mantenerla a salvo y llevarla a casa, incluso si eso significa que tendrá que dejarla ir para siempre...

Una unión entre una princesa y un simple futuro duque está prohibida. Pero mientras la intriga abunda y sus enemigos los acechan, ¿desafiarán Drew y Holly las obligaciones y expectativas que se interponen entre ellos para arriesgarse por el amor? ¿O es su felicidad para siempre simplemente un sueño?

CAPÍTULO ÚNO

Finca Sotherton, Suffolk, 1805

Mi Lord Balhannah,

Drew...

Te escribo hoy por necesidad y desesperación, y espero que atiendas mis palabras y me ayudes debido a nuestra amistad. No tengo duda de que en los próximos días tu padre exigirá que nuestro matrimonio se lleve a cabo de inmediato. De hecho, mientras escribo esto, mi padre está preparando los carruajes para viajar dentro de dos días. Supongo que ya se ha conseguido una licencia de matrimonio y se han firmado contratos, sin que lo sepamos, por supuesto... hasta hoy.

Debes saber que, aunque te admiro y te aprecio como amigo, no te amo ni deseo casarme contigo, como estoy segura de que tú tampoco quieres casarte conmigo. Verás, mi corazón ha sido entregado hace tiempo a otro, y no renunciaré al hombre que amo, ni siquiera bajo pena de desheredación.

Cuando lleguemos a Sotherton, por favor, no estés allí, a menos que desees romper mi corazón y entregarte a mí ante Dios, sabiendo que nunca te amaré como una esposa debería amar a su marido. Si puedes darme tiempo, mi amor ha prometido venir a buscarme a Sotherton, donde huiremos a Escocia y nos casaremos. Lamento ser tan franca con mis palabras, pero estoy desesperada por hacerte llegar esta carta y, con ella, recalcar cuánto no deseo tal unión.

Por favor, haz todo lo que puedas para disuadir que este matrimonio se lleve a cabo.

Por siempre tu amiga,

Myrtle

DREW COLOCÓ la misiva de Myrtle en el fuego de su habitación y se dirigió a la ventana. Apartó las pesadas cortinas de brocado de terciopelo para evaluar el clima. Un día perfecto de primavera, y desde su ventana podía ver el mar y la cala donde guardaba su pequeña balsa de vela.

Distraídamente, escuchaba a su ayuda de cámara, Jeffries, cumplir con sus deberes detrás de él en la habitación. No podía quedarse aquí. No con Myrtle tan afligida por su inminente matrimonio. Con su decisión tomada, se volvió y encaró a su sirviente.

—Voy a navegar e incluso puede que viaje por la costa hasta Castle Clair en Kent, para visitar a Sir Percival. Me reuniré contigo allí. Por favor, prepárame una pequeña maleta para que me dure hasta que nos veamos de nuevo. Nada demasiado elegante, entiende, estaremos principalmente cazando o descansando en la finca. Tal vez solo dos chaquetas de etiqueta.

Jeffries lo miró fijamente, con los ojos abiertos de par en par ante este cambio de planes. Drew arqueó una ceja, esperando que comprendiera que hablaba en serio con su petición.

—Por supuesto, mi lord —Jeffries se dirigió a la cómoda, sacando corbatas y pantalones de ante antes de entrar en el vestidor de Drew para buscar un baúl—. ¿Su Gracia estará al tanto de sus viajes, mi lord, o mantendremos esta excursión en secreto? —preguntó Jeffries desde la pequeña habitación.

Drew se acercó a su cómoda y sacó los pantalones de ante más viejos que poseía. Se quitó la corbata perfectamente anudada de la garganta, junto con el chaleco. Rebuscando en su armario, no pudo encontrar su viejo chaleco de lana que era cálido y que le gustaba usar para navegar.

—No puedo encontrar mi... —Drew sonrió cuando Jeffries se lo pasó, con una pequeña sonrisa en el rostro—. Gracias —dijo, poniéndoselo, junto con su abrigo.

Drew se acercó a su escritorio y garabateó una breve nota para su padre. La dobló y se la entregó a su criado.

—Haz que la envíen desde Londres cuando pases por allí. El duque puede viajar a la ciudad y exigir respuestas, intentará encontrarme, pero no lo logrará. Bajo ninguna circunstancia debes decirle adónde he ido. Enviaré noticias en una semana notificándote, si Dios quiere, de mi llegada segura —Su padre era implacable cuando se trataba de salirse con la suya, y el matrimonio con Myrtle no era diferente. Perdería su asignación, Drew tenía pocas dudas, pero ¿qué importaba? No sería para siempre. Myrtle huiría y se casaría, y entonces Drew podría volver a casa.

Gracias al cielo, la señorita Landers también se oponía a la unión y solo necesitaba tiempo para asegurarse de que su matrimonio nunca se llevara a cabo. Y tiempo era lo que él estaba comprando ahora.

Jeffries le entregó una pequeña maleta negra.

—Sí, mi lord.

Drew se guardó algo de dinero en el bolsillo y se marchó, saliendo por las escaleras de servicio y la puerta trasera, dos lugares que la sombra de su padre nunca oscurecía. Se pasó una mano por los cortos mechones, poniéndose una gorra para disfrazarse aún más.

El aire fresco y salado del mar lo golpeó y vigorizó su paso. Drew caminó a través de la abundancia de jardines que su madre había cuidado tan meticulosamente antes de fallecer el año pasado. Los recuerdos de correr por el jardín inundaron su mente. De vistas ocultas y grandes robles que cualquier niño disfrutaba retozando cuando podía. Su madre había diseñado el jardín para incorporar vistas ocultas perfectas para los niños. Plantas que camuflaban las viejas ruinas romanas en el lado sur del parque, de modo que no era hasta que casi estabas encima de ellas que las ruinas se revelaban, el antiguo castillo perdido de los duques de Sotherton que los precedieron.

Drew había pasado horas jugando solo dentro de los muros de este santuario verde. Por mucho que le desagradara la idea de tener una esposa en este preciso momento, no podía evitar anhelar el día en que sus hijos corretearan por los hermosos terrenos y disfrutaran de lo que él siempre había tenido.

El estruendo de las olas resonaba a través de los árboles. Saliendo de los terrenos cuidados, Drew se paró en lo alto del pequeño acantilado y miró hacia las arenas doradas de la playa abajo. Hacía muchos años, había construido una pequeña casa de botes para albergar su velero, y como la marea estaba alta, no habría problema en sacarlo y arrastrarlo la corta distancia hasta el agua.

Tomando el sinuoso sendero hacia la orilla, no tardó mucho en arrastrar el bote hasta las aguas poco profundas y arrojar su bolsa bajo el pequeño compartimento que la mantendría seca. El cielo permanecía despejado, con solo la más ligera brisa marina. Le ayudaría a viajar por la costa hasta donde vivía su amigo y confidente más cercano, Sir Percival. El viaje solo debería tomar unos días, y no podía alejarse lo suficiente de esta propiedad. Ser forzado a una unión que no era ni su elección ni la de la señorita Lander era reprensible. Por el amor de Dios, era el año 1805. Su padre realmente debería ponerse al día con los tiempos. Entrar en el siglo diecinueve y abrazar la nueva era. Él era un caballero adulto, plenamente capaz de tomar sus propias decisiones. Que su padre le exigiera casarse, simplemente porque se había topado con una heredera, era ofensivo.

Drew se alejó de la orilla, soltando la vela. El viento atrapó la lona y lo arrastró mar adentro a un ritmo acelerado. Dirigió el rumbo hacia el sur y sonrió. Su padre lo perdonaría con el tiempo, estaba seguro de ello. El duque nunca fue de los que guardaban rencor por mucho tiempo, y sin importar cuán enojado estaría al descubrir que Drew se había ido, lo superaría con el tiempo.

CAPÍTULO DOS

HOLLY DEVEREUX GALOPABA a toda velocidad por la orilla adyacente a su aislada finca. El viento azotaba su cabello, que caía sobre sus hombros, mientras su sombrero de aldea se deslizaba hacia atrás de su cabeza, sosteniéndose solo por la cinta azul alrededor de su cuello.

Su montura, un fiel semental gris, retumbaba en la playa, levantando arena y mar que salpicaban sus pantalones, empapándolos. Sus botas tardarían días en secarse después de esta salida. Pero valía la pena.

Lo empujó más, riendo por la velocidad a la que viajaba. Qué maravilloso era ser tan libre, disfrutar de la vida como todos deberían, con las necesidades básicas cubiertas y sin amar nada más que a uno mismo y a sus mascotas. Tan diferente a su vida en Atharia. Así viviría cuando se convirtiera en reina.

Solo unas semanas más y tendría la edad suficiente para gobernar, y su tío tendría que hacerse a un lado.

Aun así, la vida antes de ahora parecía extraña y desconocida, parte de otro tiempo, la historia de otra mujer. No la suya en absoluto.

Holly divisó algo en la playa y redujo la velocidad de su montura. ¿Era un trozo de madera flotante tirado donde las olas rompían contra la arena? Frenó su caballo hasta el paso, tratando de distinguirlo. Desmontó de un salto, corriendo cuando se dio cuenta de que el bulto no era madera en absoluto, sino un hombre.

Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras corría hacia él, sus pasos obstaculizados por la profundidad de la arena y el oleaje que empapaba sus botas.

Pensando en su tío y su intento de asesinarla en Londres, sacó la pequeña navaja de la funda de cuero que llevaba en la bota. ¿Era este hombre una trampa? ¿Alguien enviado por su tío para acecharla antes de atacarla cuando nadie más estuviera cerca? Se quedó en la orilla por un momento, debatiendo qué hacer. Las olas lo cubrían, pero afortunadamente estaba boca arriba y no al revés. ¿Estaba vivo? No podía saberlo desde esa distancia, y luchaba consigo misma sobre si quería averiguarlo.

¿Y si fuera una trampa? Su tío ciertamente se había vuelto más astuto en las formas de atacarla cuando estaba más vulnerable. Holly miró a su alrededor de nuevo y, al no ver a nadie

más, decidió hacer lo correcto y ayudar. O sería condenada o se convertiría en una salvadora.

Holly se arrodilló junto al hombre inmóvil y colocó su oreja en su pecho. Nada, ni latido ni elevación de su pecho con cada respiración. Poniéndose de pie, lo arrastró lejos de la orilla hasta donde la arena estaba seca. Era pesado y estaba mojado, lo que lo hacía doblemente difícil, pero lo logró con todas sus fuerzas. Holly abrió su chaleco y, bajando su camisa, escuchó de nuevo. Un latido débil pero lento sonaba suave, pero estaba ahí, y ella suspiró, aliviada de escuchar que estaba vivo, aunque por poco.

Viviendo tan remotamente como lo hacía, no tenía sentido gritar pidiendo ayuda. Sus guardias, que actuaban como sus sirvientes, estaban demasiado lejos, y con el viento tan feroz como estaba, sus palabras solo serían llevadas hacia el océano. Holly tocó su mejilla cincelada, jadeando ante la frialdad de su piel. Necesitaba calentarlo, y rápido. Sin estar segura de por qué estaba aquí, registró sus bolsillos y pantalones en busca de armas, afortunadamente sin encontrar nada más que un pañuelo.

—Maldito seas —dijo, poniéndose de pie una vez más y arrastrándolo hacia las dunas de arena. Su caballo relinchó y la siguió. Tendría que calentarlo con su propio cuerpo. Estaba tan inmóvil como alguien que hubiera fallecido, y el azul en sus labios demostraba que si ella no lo hubiera encontrado cuando lo hizo, la vida del hombre habría terminado al caer la noche.

Respirando profundamente, se acostó encima de él, pegando su pecho al suyo. Un jadeo se le escapó al sentir el shock de su piel helada contra su calidez.

Holly tembló, pero pronto el calor reemplazó el frío entre ellos, su corazón latía con más fuerza contra sus costillas. Con el peligro inmediato de que muriera disipado, Holly inspeccionó sus rasgos. Su mandíbula afilada estaba sombreada por un poco de barba, el cabello de su cabeza era corto, pero aún lo suficientemente largo como para que alguien pudiera pasar sus dedos por él si quisiera. Tenía una nariz recta y afilada, lo cual probablemente era algo bueno. Nadie podía ser perfecto. Por lo demás, no había mucho malo en él. El extraño estaba perfectamente proporcionado, incluso su cuerpo debajo de ella era duro y musculoso, aunque en ese momento se asemejaba a un ladrillo de hielo. Ninguna marca de viruela estropeaba su piel, ni parecía necesitar sustento. Un extraño bien cuidado, eso era seguro.

Holly apoyó su cabeza en el hueco de su cuello y lo abrazó más fuerte, dejando que su mente divagara en pensamientos. ¿De dónde había venido este hombre? No había visto ningún bote, así que o estaba perdido o había sufrido algún accidente. Por supuesto, un pensamiento peor era que fuera uno de los secuaces de su tío enviado para descubrir su ubicación, lo que eventualmente resultaría en su muerte. En cuyo caso, salvarlo ahora sería uno de los peores errores que jamás hubiera cometido.

Necesitarían averiguar quién era y por qué estaba aquí. Era primordial para su seguridad. Su tío era un hombre despiadado, un rasgo que solo se había descubierto recientemente después de que el rey, su padre, falleciera. No se detendría ante nada para evitar que la corona de Atharia cayera sobre su cabeza.

No podía determinar cuánto tiempo estuvo allí acostada, pero con el tiempo, el calor comenzó a reemplazar la piel fría de su cuerpo, y él empezó a hacer sonidos de un hombre saliendo de la inconsciencia. Estirándose, le dio palmaditas en las mejillas. Lo abofeteó un poco más fuerte de lo que pretendía cuando no respondió. —¿Señor? Despierte. ¿Señor?

Sus ojos se abrieron con dificultad, y ella se encontró mirando los orbes azules más profundos que jamás había visto. Él murmuró algo incoherente, y ella le dio palmaditas en la mejilla para mantenerlo con ella. —Despierte, señor. Está a salvo.

Holly se desenredó de él, solo para girarse y encontrarlo mirándola con un shock mal disimulado.

El calor floreció en sus mejillas, e ignorando su reacción al haber estado acostada sobre él, se puso de pie. —¿Se encuentra bien, señor? ¿Cómo se siente?

Él luchó por sentarse, luego se desplomó de nuevo sobre la arena. Holly frunció el ceño, esperando que no estuviera demasiado enfermo. Necesitaba alejarlos a ambos de la orilla antes del anochecer. La exposición a los elementos no ayudaría al caballero a mejorar. Miró a su alrededor nuevamente, esperando que estuviera tan solo como parecía.

—Mi cabeza. Me está palpitando.

Su voz era inglesa, un rumor profundo y ronco, probablemente por falta de agua. Holly silbó llamando a su caballo. Su semental gris levantó la cabeza de un parche de hierba en las dunas, relinchó y trotó hacia ella. Holly sacó la pequeña bolsa de agua que siempre llevaba consigo y se la entregó a él. —Bebe esto. Te ayudará a sentirte mejor.

El hombre tomó un pequeño sorbo y tosió antes de dar un buen trago. —Gracias —dijo con voz áspera—. Creo que te debo la vida.

Holly negó con la cabeza, no se requería agradecimiento. —Solo hice lo que cualquiera haría al encontrar a otro ser humano en la playa, medio muerto. —Hizo una pausa—. ¿Crees que puedes ponerte de pie y llegar hasta mi caballo? Realmente necesito sacarte de este clima. Otra tormenta se está formando en el oeste y azotará aquí esta noche.

Él se frotó la frente, con líneas surcando su ceño. —Hubo una tormenta anoche, ¿verdad?

—Una terrible —convino Holly. Tal como estaba, algunos de sus guardias que trabajaban en el establo estaban ocupados reparando el techo del granero. Dos ventanas en la parte trasera de la casa se habían roto por la fuerza del viento. Por no mencionar que alrededor de la finca de Lord Bainbridge, había árboles y ramas caídos por toda la propiedad. Tomaría semanas para que todo fuera despejado y volviera a la normalidad.

Lo ayudó a ponerse de pie. —¿Quién eres, señor?

Él la miró un momento, y el pánico parpadeó en sus ojos. —No tengo idea —dijo al fin, tambaleándose hacia su caballo cuando se dirigió hacia él—. Mi pierna. —Se agachó, y Holly notó el charco rojo de sangre en sus pantalones.

—Estás herido. —Sacó su cuchillo nuevamente y cortó el material alrededor de la herida—. Es un corte, pero no creo que sea lo suficientemente profundo para necesitar puntos.

Atenderemos la herida cuando regresemos a la finca. —Holly lo rodeó por la cintura y lo ayudó a llegar hasta su montura.

—¿No sabes tu nombre o de dónde vienes? —La palidez de su piel le dijo a Holly que no estaba bien, y quizás con una buena noche de sueño, comida y agua, su pérdida de memoria disminuiría—. Aquí, sube al caballo, y viajaremos de vuelta a donde me estoy quedando. Puedes dormir en los establos, y haré que uno de los sirvientes te atienda hasta que estés mejor.

Él asintió pero no dijo nada mientras se subía a la espalda del caballo. Holly montó detrás de él y espoleó a su caballo hacia casa. Solo eran dos millas hasta su pequeña finca, y no les tomaría mucho tiempo ya que el viento soplaba detrás de ellos, empujándolos tierra adentro.

Dejaron atrás las dunas y viajaron en silencio durante un tiempo. El hombre se acurrucó en su chaqueta rasgada y ropa húmeda. Holly esperaba que no contrajera la fiebre después de que ella había logrado evitar que muriera hasta ahora.

Para cuando llegaron de vuelta a la finca, él estaba desplomado sobre el cuello del caballo y amenazaba con caerse. Holly gritó llamando a Niccolo, su guardia más veterano, que se encargaba de la seguridad de la finca. Corrió desde detrás de los establos y estaba allí para ayudar antes de que el extraño cayera al suelo.

—Oh, Dios mío, señorita Holly. ¿Qué ha encontrado aquí?

—Ayúdame, Niccolo. Está a punto de caerse.

Niccolo maniobró al hombre sobre su ancho y fuerte hombro y caminó hacia atrás, deslizándolo al caballero inconsciente fuera del caballo. Holly se bajó de un salto, entregando su montura a Lorenzo, su jefe de establos y segundo al mando. —Lo encontré en la playa, casi muerto. No estoy segura si fue arrastrado por el mar, lo abandonaron, o es uno de los secuaces de mi tío. También tiene una herida en la pierna que tendrás que hacer que Mario limpie. Está en un estado lamentable, y estoy preocupada por su bienestar, pero más importante aún, necesitamos averiguar quién es y hasta entonces, mantenerlo vigilado en todo momento.

Niccolo gritó órdenes para que el personal del establo encendiera el fuego en los aposentos de los hombres y colocara un catre cerca del hogar. Holly lo siguió hasta la habitación y se mantuvo atrás mientras los hombres cumplían las órdenes de Niccolo. Cuando fueron a quitarle la camisa, su jefe de guardia se detuvo, alzando una ceja en su dirección. —Probablemente sea mejor, señorita Holly, si espera afuera y nos deja encargarnos desde aquí. Le daremos al hombre un trago de brandy, y si pudiera hacer que la cocinera traiga un calentador de cama, eso sería muy bueno.

Holly asintió. —Por supuesto. Iré a decírselo de inmediato, y avísame si hay algo que pueda hacer. Estaré en la biblioteca si me necesitas.

Niccolo inclinó la cabeza. —Muy bien, señorita Holly —dijo, quitando completamente la camisa del hombre. Holly tomó un respiro calmante ante la vista de su pecho desnudo. Tan firme y fuerte, un hermoso color bronceado y suave. En su prisa por calentarlo, no había tenido tiempo de admirar su constitución atlética, pero ahora podía hacerlo. El hombre, sin importar quién

fuera, era como un Adonis.

Esperaba que el calor que le quemaba las mejillas no fuera notorio para sus hombres a quienes pasó de camino a la casa. Una princesa no se sonrojaba por el cuerpo de un hombre común. Qué vulgar.

Aun así, tenía que admitir que el extraño era tan guapo como el pecado. Y si Holly sabía algo, era que el pecado no debía ser buscado. Su matrimonio sería con un hombre de sangre real o conexiones; un hombre que trajera riqueza y poder para que nadie pudiera amenazar a Atharia o a su gente nuevamente.

Una vez que removiera a su tío del trono que le había robado.

El calor de la cocina fue un alivio bienvenido del viento helado que había acompañado a la tormenta la noche anterior cuando entró. La cocinera levantó la vista de la masa que estaba amasando en la mesa y sonrió. —Señorita Holly, encantada de verla hoy. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla?

—¿Puedes enviar un calentador a los aposentos del personal? Encontré a un hombre hoy en la playa, y está bastante frío y necesita calentarse. De hecho, que sean dos calentadores. Puede que necesite más de uno. Estaba en un estado lamentable. —Holly se dirigió hacia la biblioteca —. Tomaré té y galletas en la oficina de Lord Bainbridge, si me haces el favor.

Por un momento, Holly observó a la cocinera llenar el calentador de cama con brasas ardientes de la estufa y preparar una pequeña comida para el desconocido. Debía de ser el día de suerte del hombre, pues si su montura no hubiera necesitado salir después de faltar ayer debido a la tormenta, ella nunca habría ido, y su destino podría haber sido muy diferente.

La cocinera colocó la comida en una bandeja para que una criada la llevara al establo.

—¿Cree que va a sobrevivir? Qué situación tan terrible para que usted se encontrara, sin mencionar lo desafortunado que es para el hombre también.

Holly no podía estar más de acuerdo. Las circunstancias eran bastante impactantes.

—Con descanso y los calentadores, estoy segura de que saldrá adelante. Si lo calentamos tanto por dentro como por fuera como tenemos previsto, estoy segura de que se recuperará. Ciertamente parece lo suficientemente fuerte.

Niccolo asomó la cabeza en la cocina y entró cuando la vio.

—He venido a recoger los calentadores, pero quería confirmar que le diremos al muchacho una vez que esté coherente lo mismo que le decimos a todos los demás que hemos encontrado.

—Sí, creo que es lo mejor ya que no sabemos quién es o si está trabajando para mi tío —dijo Holly, poniendo una pequeña taza de té en su bandeja.

—Tendré a dos hombres siguiéndolo en todo momento. Por supuesto, con su herida, no irá muy lejos por uno o dos días. Aun así, una vez que esté curado, lo vigilaré y él no se dará cuenta —Niccolo se irguió y juntó las manos detrás de la espalda mientras esperaba una respuesta.

Holly estaba complacida con el apoyo y cuidado inquebrantables de su guardia.

—Solo faltan dos meses para que regrese a casa en Atharia para asumir mis deberes allí. El hombre no necesita saber nada más que soy la señorita Holly Devereux de visita desde el extranjero. Si no es uno de los hombres de mi tío, estar aquí lo pone en peligro, y desafortunadamente tendrá que quedarse aquí mientras se recupera. Necesitamos vigilarlo en todo momento y nunca permitir que esté cerca de mi persona sin que uno de los guardias lo acompañe.

—Por supuesto, señorita Holly.

Niccolo hizo una profunda reverencia, retrocediendo fuera de la cocina con las manos llenas de bandejas calientes, una criada siguiéndolo de cerca con la comida del desconocido.

Holly observó cómo la cocinera colocaba una tetera humeante en su bandeja, las galletas y la taza de té ya estaban dispuestas sobre ella.

—Puedo llevar esto a la biblioteca. Gracias, señora Colton —Holly ignoró las protestas de la sirvienta y llevó la bandeja ella misma. Los últimos tres meses en Inglaterra habían sido los más encantadores que jamás había conocido, hasta el punto en que su tío había intentado quitarle la vida. Ahora era un juego de espera, un tiempo para permanecer oculta en el campo inglés antes de que pudiera regresar a casa y enfrentarse a su tío tirano.

Holly no tenía miedo de admitir que extrañaría Inglaterra cuando regresara a casa. La tierra, la soledad donde podía escucharse pensar, le había dado tiempo para ver otra forma de vivir. Ahora era una mujer más fuerte, y necesitaría ser fuerte para lo que le esperaba en Atharia. Su tío no sería un hombre fácil de derrocar.

Se escuchó un golpe en la puerta antes de que la señora Colton entrara e hiciera una reverencia.

—Señorita Holly, el hombre que encontró en la playa hoy ha despertado. Una señal prometedora, sin duda. Tenía curiosidad por saber quién lo había encontrado. Parece no saber dónde está.

—Gracias —Holly se levantó y se dirigió a las ventanas que daban al lado oeste de la finca. El sol se estaba poniendo en el oeste y el crepúsculo estaba sobre ellos. Sus hombres podrían hablar con él. Ver si podían hacer que les dijera de dónde era y por qué estaba aquí. Solo podía esperar, por su propio bien, que sus razones no fueran malintencionadas. Que no estuviera aquí para matarla. Un error que solo cometería una vez cuando sus hombres lo atraparan.

—Dile a Niccolo que tiene plena autoridad para interrogar al hombre tanto como sea necesario para descubrir la verdad. Sin persuasión física, ¿entiendes? A menos que esté trabajando para mi tío. Solo entonces Niccolo puede usar la fuerza —dijo, dirigiéndose a la silla frente al fuego y tomando asiento, sirviéndose una taza de té.

—Sí, señorita Holly. Se lo diré a Niccolo de inmediato.

Holly se recostó en su silla y subió los pies a su lado. El sonido de la lluvia golpeando la ventana pronto se convirtió en un diluvio que hizo que su vista del exterior se volviera borrosa. El clima inglés era un elemento que no extrañaría, habiendo vivido en el Mediterráneo, el calor

que acompañaba a esa vida era un aspecto al que estaría feliz de volver.

Confiaba en que sus hombres averiguaran exactamente quién era el hombre misterioso y de dónde venía.

Y si fuera posible, enviarlo de vuelta de donde vino para que ella pudiera seguir sobreviviendo los próximos dos meses antes de su regreso a Atharia y no preocuparse por nada más que eso.

CAPÍTULO TRES

CON LA MEMORIA restaurada después de una buena noche de descanso, Drew permaneció inmóvil, escuchando a los hombres en el callejón del establo. Hablaban de una mujer llamada señorita Holly, las instrucciones de uno de los hombres susurradas y más allá de su alcance auditivo.

Entreabrió un ojo, distinguiendo la habitación donde lo habían colocado. Las mantas de lana le picaban, irritando su piel, y el colchón no era mejor que el suelo de madera debajo. Por un momento, Drew lamentó haber dejado Sotherton. No es que se arrepintiera de haber hecho lo que la señorita Landers le pidió. No habrían congeniado, y estaría mejor permitiéndole el tiempo que necesitaba para fugarse y eliminar la amenaza de un matrimonio que ninguno de los dos deseaba.

La mención de Atharia, un pequeño país situado frente a la costa de Italia, captó su atención. No se movió, simplemente escuchó mientras los hombres hablaban de un ataque contra una princesa, quienquiera que fuese. Frunció el ceño, preguntándose por qué los hombres se molestarían con una mujer y una familia que estaban a miles de kilómetros de distancia.

Un comportamiento ciertamente extraño.

Un recuerdo de ella se situaba al borde de su mente. De una mujer con largos mechones chocolate y un rostro tan dulce como el de una ninfa marina mirándolo, que provocaba sus sentidos. ¿Quién era esa mujer? ¿La había soñado cuando estaba tan cerca de la muerte?

Drew se frotó la mandíbula, incorporándose. Necesitaba averiguar dónde estaba y, con suerte, estas personas que lo habían encontrado lo ayudarían a viajar a la casa de su amigo, hacia donde se dirigía.

—El muchacho podría ser uno de los secuaces enviados por el rey regente. No podemos confiar en él, ni permitirle que se vaya hasta que sepamos que no ha traído a nadie aquí para dañar a la princesa o si es el asesino mismo.

Uno de los hombres se burló. —Es un muchacho fornido, pero nada que no podamos eliminar. No creo que tenga nada que ver con Atharia o la corona.

Drew frunció el ceño, sin estar seguro de estar de acuerdo con la noción de que podría ser fácilmente eliminado como si no fuera más que una maleza insignificante en un jardín. Había montado a caballo antes de poder correr, se había entrenado en Gentleman Jackson's y era un

experto en esgrima. Sin mencionar que su puntería era precisa cuando se trataba de disparar. Ciertamente, nunca había tenido un duelo o disparado a otro ser humano antes, pero había cazado y nunca había fallado.

—Aun así, la señorita Holly quiere que lo vigilen.

—Muy bien, señor —dijo el hombre, el sonido de pasos en el suelo de madera le indicó a Drew que se habían ido a cumplir con cualesquiera que fueran sus deberes. ¿Señorita Holly? ¿Era esa la mujer que lo había rescatado? Que fuera mencionada en el mismo aliento que esta princesa cuya vida aparentemente estaba en peligro... ¿Significaba eso que eran la misma persona?

La puerta del compartimento en el que estaba sentado se deslizó y entró agachándose un hombre grande de piel oscura, con el cabello tan negro como la noche y una gran cicatriz que le recorría un lado de la cara desde el ojo hasta la barbilla, lo suficientemente gruesa como para haber justificado la muerte en un mortal.

Un hombre afortunado, sin duda, por haber sobrevivido a semejante golpe.

—Bien, estás despierto. Ven, la señorita Holly quería verte cuando estuvieras consciente.

El hombre se fue tan rápido como había llegado y, poniéndose de pie, Drew revisó sus pantalones, feliz de encontrarlos puestos. Miró alrededor del espacio, divisando su camisa y chaqueta colocadas sobre una silla cercana. Se las puso rápidamente, siguiendo al gigante mientras este se dirigía hacia las puertas del establo.

Su piel se erizó, y Drew supo que estaba siendo observado. Miró por encima del hombro al salir, viendo a todo un ejército de hombres de complexión y altura similares al hombre que seguía. Parecían un ejército de berserkers esperando que su sed de sangre los pusiera en frenesí.

Drew no era un hombre pequeño, pero se sintió un poco fuera de su liga frente a estos gigantes. La casa era una gran residencia de campo, nada parecido a Sotherton, la suya, pero aun así, un hogar donde podría habitar un caballero rural o un terrateniente. Estaba seguro de haberla visto antes, pero no podía ubicar el nombre en ese momento.

Los muros de piedra dorada y las ventanas relucientes le daban a la casa una sensación acogedora, completamente opuesta a los hombres que estaban de pie en la puerta, con los brazos cruzados y sus ojos fijos en él con una molestia inquebrantable.

Drew levantó la barbilla, pasó junto a los guardias y entró en el edificio. Dentro, el personal de la casa se ocupaba de sus asuntos, un olor distintivo a carne cocinándose flotaba por la casa, y su estómago rugió, recordándole que no había comido bien en un par de días.

El berserker se dirigió hacia una habitación que daba al frente de la casa e indicó a Drew que entrara por la puerta. Se deslizó pasando al hombre, escuchando la puerta cerrarse detrás de él. Drew no sabía si estaba solo con la mujer sentada detrás del escritorio o no, pero tampoco le importaba. El fondo de su estómago se contrajo con fuerza, el aliento en sus pulmones se escapó a través de sus labios, y luchó por no jadear ante la mujer que lo miraba fijamente, sin pestañear.

Con una postura erguida y la barbilla levantada, la autoridad prácticamente emanaba de cada

pore de su piel cremosa y blanca. Pero eran sus ojos, de un verde tan vivo, tan brillante, que nunca antes había visto nada igual.

No, eso no era cierto. Drew había visto un tono similar en el anillo de esmeralda de su madre que su padre le había regalado al casarse.

Asintió en señal de bienvenida. —¿Deseaba verme, señorita Holly? —declaró, usando el nombre que los otros hombres de la finca habían mencionado.

Ella le indicó que se sentara, cruzando las manos sobre el escritorio de caoba frente a ella. Su vestido rosa pálido abrazaba su amplio pecho, y la bonita cinta atada debajo de sus senos prácticamente tentaba su mirada a bajar y saciarse.

Drew se aclaró la garganta, forzando sus ojos a mantenerse por encima de su cuello.

—Así es. Esperaba que pudiera decirme quién es usted y qué está haciendo aquí. ¿Cómo es que llegó a estar en la playa a solo dos millas de distancia, a pocas horas de la muerte y afirmando que no sabía quién era?

Drew recordaba perfectamente lo que estaba haciendo en esa playa. La tormenta había aparecido tan rápidamente que no había logrado llegar a tierra antes de que se desatara desde arriba. El bote se había volcado y, de alguna manera, había conseguido nadar hasta la orilla, pero no más lejos. Tan exhausto por su lucha por mantenerse con vida, supuso que se había desmayado en la arena.

Estudió a la mujer, esa señorita Holly como la llamaban, y no pudo evitar creer que era la princesa de la que habían hablado los guardias. Nadie, ni siquiera su padre, el duque, tenía guardias en la puerta principal, de pie, observando, esperando la guerra.

—Puede que, lo admito, estuviera un poco confundido después de mi experiencia, pero soy más que consciente de quién soy y cómo llegué a su playa. Mi bote se volcó y, afortunadamente, logré llegar a la orilla. Me disculpo si mi presencia aquí le resulta molesta de alguna manera.

Ella lo miró fijamente y él pudo ver que estaba reflexionando sobre sus palabras. Debatendo si estaba diciendo la verdad o no.

—Lo mismo podría preguntársele a usted, ¿no es así? —continuó él—. Sus guardias mencionaron a una princesa. —Hizo un gesto hacia la ventana—. Por lo que puedo ver de su amplia protección aquí, solo puedo suponer que señorita Holly no es su verdadero nombre. ¿Estoy en lo cierto en esa estimación?

La señorita Holly, o la princesa, o quienquiera que fuese, entrecerró los ojos, un destello de acero entrando en sus orbes verdes. —Veo que mis protectores no han sido lo suficientemente cautelosos en lo que respecta a mi identidad.

Drew se encogió de hombros, mirando alrededor del estudio. Divisó el gran retrato de una mujer sobre la chimenea y recordó, finalmente, en qué mansión señorial se encontraba. —¿Dónde está Lord Bainbridge? ¿Está en la ciudad para la temporada?

—¿Conoce usted a Lord Bainbridge?

—Así es. Bastante bien, de hecho, al igual que a Lady Bainbridge. Soy Drew Meyers,

Marqués de Balhannah y futuro Duque de Sotherton. Lord Bainbridge y mi padre han sido amigos durante muchos años. Sin embargo, no la he visto a usted en la ciudad esta temporada. Creo que la habría recordado.

Si esperaba que la señorita Holly se sonrojara y sonriera tímidamente ante su cumplido, se equivocó tristemente. Sus labios se apretaron en una línea de disgusto, y él tuvo la extraña sensación de que ella estaba enojada con él. Incluso molesta por su presencia aquí o por sus cumplidos indirectos.

Ella suspiró, sentándose más erguida, si eso era posible. —Tiene razón, Lord Balhannah. Soy Su Alteza Real la Princesa Heredera Holly de Atharia. Vine a Inglaterra para disfrutar de una temporada con mi amiga Lady Mary, la hija mayor de Lord Bainbridge. Las circunstancias me han obligado a dejar la ciudad y quedarme aquí durante algunas semanas.

Drew no había estado mucho tiempo en la ciudad esta temporada, eligiendo regresar al campo en lugar de enfrentarse a su padre en cada baile y fiesta, señalando posibles esposas que debería cortejar. Su padre y su determinación de verlo casado habían empeorado constantemente, por lo que era más seguro para Drew mantenerse alejado del mercado matrimonial en Londres y de los intentos de casamentero de su padre. No es que eso lo salvara al final, cuando había organizado que la señorita Landers llegara a Sotherton para casarse con él allí.

Una unión desastrosa si alguna vez iba a haber una.

Si hubiera sabido que Londres tendría el placer de contar con una princesa esta temporada, y una tan hermosa como la mujer que estaba sentada frente a él, nunca se habría ido. Se llenó la vista con ella, sus brazos delgados y hombros ligeros. Un pequeño anillo dorado rodeaba su dedo meñique, con algún tipo de emblema en su superficie. Parecía más alta que la mayoría de las mujeres, un hecho que se le demostró cuando ella se levantó y se acercó a la chimenea, tirando del cordón de la campana. Un lacayo entró en un instante, haciendo una reverencia.

—¿Llamó usted, señorita Holly? —dijo, lanzando una mirada curiosa hacia Drew.

—Una tetera y algunos emparedados, por favor. Gracias.

El joven hizo una reverencia, saliendo tan silenciosamente como había llegado. Drew observó a la princesa moverse de vuelta hacia el escritorio. Sus curvas eran todas femeninas y proporcionadas, sus pechos un hermoso puñado. Se le secó la boca ante la visión que ofrecía. Santa madre de Dios, era devastadoramente hermosa. ¿Cómo no se había enterado de que estaba en Londres?

Malditos sus amigos por mantener en secreto su presencia.

—Y así, volveré a preguntar, mi lord. ¿Qué está haciendo aquí en la finca de Lord Bainbridge? Estuvo cerca de la muerte, ¿lo sabe? Y llegar a mi puerta podría haber terminado con usted encontrando ese destino. Es un hombre afortunado.

Drew frunció el ceño, inseguro de lo que quería decir, ni tampoco creía que decirle que había huido como un cobarde porque su padre quería que se casara con una mujer hiciera que su llegada a su orilla pareciera más caballerosa. Si acaso, lo hacía parecer un tonto en retrospectiva.

—Me disculpo nuevamente por llegar aquí sin anunciarme, pero por lo que puedo recordar de mi accidente, mi bote se destrozó en las rocas al norte de la playa, y tuve la fortuna de flotar hasta la orilla en una de las tablas de madera rotas. Nunca me entrometería intencionalmente en ninguna propiedad a la que no hubiera sido invitado, se lo aseguro. Pero ahora que estoy aquí, tengo una pregunta.

Ella levantó su perfecta ceja, sus ojos acerados y demasiado inteligentes. No habría forma de engañar a la mujer frente a él. —¿Cuál es?

—¿Por qué abandonar la temporada? Usted ahora sabe por qué he llegado a su puerta, pero es un misterio para mí por qué se está escondiendo aquí. —Ella palideció, reclinándose en su silla, observándolo como uno observaría a una serpiente a punto de atacar. Él no deseaba alarmarla con sus preguntas, pero era extraño que se estuviera escondiendo en el campo de repente después de disfrutar de la temporada con su amiga.

¿Por qué hacer algo tan extraño? No tenía sentido.

Ella suspiró. —Supongo que hay poco daño en decirle por qué estoy aquí, Lord Balhannah, pero esté advertido, una vez que esté al tanto, no se le permitirá irse hasta que sea seguro para mí permitirlo. Así que si realmente desea saberlo, elija su respuesta correctamente.

Fue el turno de Drew de fruncir el ceño. ¿Por qué le obligarían a quedarse? Un comportamiento extraño, aunque no estaría tan mal quedarse atrapado en la finca campestre de Lord Bainbridge con una princesa tan hermosa como la que tenía delante. —Dígame la razón. Deseo saberla. —¿Deseo saberla? Tenía que saberlo. Nada más importaba en ese momento, ni su padre ni sus amigos. Drew solo sabía que tenía que escuchar de ella por qué estaba aquí. La idea de que estuviera en algún tipo de problema hizo que su sangre hirviera. ¿Estaba algún caballero intentando persuadirla para que se casara, o habían hecho avances indecorosos o inadecuados para una princesa? Drew dudaba que hubiera muchos avances que ella aceptara. Quien se casara con la mujer que tenía delante estaría en una posición social mucho más alta que incluso él. Un duque, que no fuera un duque real, nunca tendría una oportunidad.

Maldita sea todo al infierno.

—Estaba aquí en Inglaterra para disfrutar de una temporada en su sociedad antes de regresar a Atharia y asumir mi papel allí. Sin embargo, mi tío ha decidido que disfruta más siendo el rey regente y no desea que regrese. A menos que solo sea mi cuerpo el que regrese y, por lo tanto, sea sepultado sin causarle más problemas.

La sangre de Drew se heló. —¿Su tío quiere que usted muera? ¿Por qué? —preguntó, desconcertado. Había oído hablar de desacuerdos familiares, pero esto iba más allá del doble.

—En dos meses, tendré la edad para tomar la corona por mí misma. A los veintiún años, seré la Reina de Atharia. Mi tío no desea que esto ocurra. Mientras estaba en Londres, hubo un intento contra mi vida. Huí al campo, y nadie sabe de mi paradero, excepto Lord Bainbridge. Su llegada aquí fue sospechosa, y ahora que conoce mi verdad, no se le permitirá irse hasta que regrese a mi patria.

—¿Puedo escribir a mi padre e informarle que estoy bien, aunque no le diga dónde estoy? Se preocupará si no lo hago.

—Quizás. Hablaré con mis guardias sobre su petición, pero si se considera demasiado arriesgado, entonces no, no podrá hacerlo.

Se oyó un suave golpe en la puerta, y entró un lacayo trayendo una bandeja con sándwiches y té humeante, dos tazas delicadas con flores azul claro en la bandeja de plata. —¿Dónde desea tomar su refrigerio, señorita Holly?

—Aquí, en el escritorio, si es tan amable. —El lacayo hizo lo que se le ordenó, dejando la bandeja de té y sirviendo dos tazas antes de hacer una reverencia y salir de la habitación, el chasquido de la puerta al cerrarse sonó fuerte en el espacio silencioso.

—Lamento que se haya visto envuelto en mis problemas, Lord Balhannah, pero poco se puede hacer al respecto. En ocho semanas, zarparé hacia Atharia, y se le permitirá continuar con su vida. —Tomó una taza—. ¿Cómo toma su té, milord? ¿Con crema? ¿Azúcar?

—Crema, por favor —dijo, tomando la taza de ella. Sus dedos se rozaron. El calor se acumuló en la parte baja de su vientre. Sus manos eran delicadas, pero esta señorita Holly, como le gustaba que la llamaran, no era una señorita tonta. Había acero que corría por su espalda y su sangre, y esto la hacía aún más atractiva para él.

No es que necesitara perder la cabeza por la mujer. No era para él. Demasiado por encima de su posición social, pero maldita sea todo al infierno, le hubiera gustado tener la oportunidad de cortejarla, hacerla reír y tener un poco de entretenimiento antes de que hubiera huido de Londres.

—Gracias —dijo, tomando su té y recostándose en su silla—. Entonces, ya que vamos a estar atrapados aquí en la finca de Lord Bainbridge, ¿qué vamos a hacer con nosotros mismos?

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, sorbiendo su té.

—Quiero decir, ¿qué ha estado haciendo para pasar el tiempo? Aparte de salvar a caballeros que aparecen en sus playas, por supuesto. —Sonrió, esperando que ella encontrara divertidas sus palabras. No solo la princesa, sino todos en la finca parecían estar tensos. Los berserkers afuera ciertamente parecían estar listos para una batalla mortal en cualquier momento. Era desconcertante, por decir lo menos, especialmente para un hombre como Drew. Siempre se había considerado un caballero al que le gustaba jugar y divertirse en la vida. Nada demasiado pesado que cargar sobre sus hombros.

La mujer frente a él era lo opuesto si era un buen juez de carácter. Su vida no era más que reglas y protocolos, responsabilidades pesadas más allá de poseer una gran casa y tener agricultores arrendatarios. Ella sería la gobernante de un país. Su jefe de estado, un peso enorme sobre hombros tan delicados.

—Planeo y espero, milord. Mi tiempo para frivolidades terminó cuando huí de Londres. Ahora debo dirigirme hacia mi derecho de nacimiento y lo que eso conlleva.

Una mirada melancólica cruzó sus rasgos antes de que parpadeara y desapareciera. —No espere que su tiempo aquí sea agradable, milord. Creo que un caballero como usted puede

encontrar su tiempo aquí odioso en extremo.

—Con usted como mi anfitriona, señorita Holly, creo que se equivoca en su suposición. No puedo pensar en un lugar donde preferiría estar. —Drew le sonrió, queriendo hacerla sonreír, esbozar una sonrisa, incluso un ligero levantamiento de labios habría sido suficiente.

No consiguió nada de eso.

Desdén fue lo que recibió. Una mujer dura ciertamente, pero una que esperaba que algún día fuera su amiga y lo viera como alguien en quien podía confiar. Al menos eso podía darle si no podía proporcionarle nada más. Después de todo, le debía la vida.

CAPÍTULO CUATRO

LA TARDE SIGUIENTE, Holly observaba desde las ventanas de la biblioteca, con no poca diversión, cómo uno de sus guardias le enseñaba a Lord Balhannah a patrullar la propiedad y vigilar a quienes pudieran intentar hacerle daño.

Sus guardias estaban bien entrenados y, aunque a Lord Balhannah nunca se le dejaría solo, pues no sería prudente hacerlo. Si fueran atacados por los secuaces de su tío, su señoría podría morir, y lo último que Holly necesitaba era que alguien de la aristocracia británica fuera asesinado bajo su responsabilidad.

Las zonas de los terrenos que su señoría debía vigilar estaban cerca de la entrada principal de la finca, una posición que no sería utilizada si su tío la encontrara. Era demasiado astuto para entrar por la puerta principal. Oh, no, intentaría atacarla cuando estuviera desprevenida.

Holly suspiró, acercándose al decantador de whisky y sirviéndose una generosa porción. La muerte de su padre el año anterior había sido dura, pero cuanto más pensaba en su fallecimiento, más sentía que no había sido por causas naturales.

Que su padre, de hecho, había sido asesinado por su hermano menor, egoísta y celoso. Que su tío la hubiera enviado a Inglaterra a los pocos meses de enterrar a su padre era igualmente extraño. No es que ella no hubiera querido alejarse de Atharia, un lugar que amaba con todo su corazón, pero un hogar que, no obstante, resultaba deprimente y triste tras la muerte de su querido rey y padre.

Se suponía que su estancia en Inglaterra sería de tres meses, pero ya llevaba casi seis. Tres en Londres y tres aquí en la finca de Lord Bainbridge tras el intento de asesinato que la obligó a huir. Nunca había estado tan asustada en su vida como el día en que salía del baile de su amiga en Londres y un agresor la atacó frente a todos en la calle.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que su tío nunca planeó que regresara a Atharia. Que pretendía que muriera, y posiblemente sus hermanas también, mientras él se sentaba en el trono, una posición que siempre había envidiado.

Pues bien, ella no se rendiría sin luchar. Holly terminó su bebida, golpeando el vaso de cristal contra el aparador. Necesitaba regresar a Atharia, sin previo aviso y ciertamente sin fanfarria, y con un ejército propio para recuperar lo que era suyo.

Sus hermanas menores —que podían estar vivas o muertas— dependían de ello.

El pánico amenazaba con invadirla, y se acercó a la chimenea, mirando fijamente el fuego que ardía en la rejilla. Lo primero que necesitaba para fortalecerse eran hombres: un ejército fuerte y leal que luchara por sus derechos y su vida.

Atharia era una pequeña isla frente a la costa de Italia. Independiente de los países europeos. Desembarcar sería peligroso, y a menos que lo hicieran bajo la protección de la oscuridad, serían vistos desde kilómetros de distancia. Una vez allí, podría reunir un ejército para su causa. La gente la amaba, la extrañaba, creía ella. Su pueblo no la defraudaría.

Holly necesitaba usar su amor, su lealtad, y eliminar a su tío de una vez por todas.

Él tenía que morir. No quedaba otra alternativa.

—¿Señorita Holly?

Se sobresaltó y se giró para ver a Lord Balhannah de pie en la puerta de la biblioteca, con una expresión de preocupación en su apuesto rostro. Y era apuesto, más de lo que había pensado originalmente cuando lo encontró por primera vez en la orilla.

Sus hombres eran dioses morenos y musculosos, pero Lord Balhannah era lo opuesto. Igual de alto, aunque quizás un poco menos atlético. Era toda una delicia rubia y divina que hacía que su corazón se acelerara. Una imposibilidad, ya que ella nunca podría casarse con un hombre de su rango. De hecho, su futuro ya estaba trazado. Su padre había esperado que se casara con su primo griego de sangre real una vez que fuera coronada. Holly había estado de acuerdo con esta idea. Siempre le había agradado el Príncipe Gustov. Era amable y nunca intentaría apartarla de su papel como reina, como su tío estaba tratando de hacer. Y sin embargo, mirando a Lord Balhannah, un futuro duque inglés, no podía evitar preguntarse cómo sería elegir a alguien que le resultara atractivo, que le gustara y, si la suerte lo permitía, que amara.

Lord Balhannah, con sus largas pestañas oscuras sobre los ojos más azules que jamás había contemplado, ciertamente hacía que su sangre corriera más rápido. A sus casi veintiún años, a menudo se preguntaba cómo sería dormir con un hombre.

—¿Qué edad tiene, milord? —preguntó, observando su atuendo que, si bien no era elegante, al menos estaba limpio y ya no estaba rasgado. Podía ver los vestigios de un caballero bajo su ropa de trabajador. La idea de cómo se vería vestido para una cena de gala hizo que su estómago revoloteara.

—Tengo veinticinco años, señorita Holly. —Aclaró su garganta, mirando hacia algún lugar por encima del hombro de ella y sin encontrarse con sus ojos. Hombre curioso.

—No puede sostener mi mirada, milord. ¿Por qué?

Sus ojos se abrieron y se encontraron con los de ella, y una sensación de su incomodidad vibró a través de su sangre. ¿Se sentía intimidado por ella? Era un problema común al conocer a alguien que no fuera de sangre real. A menudo estaban inseguros de su estatus o si su presencia era más por necesidad que por placer.

—No estoy seguro de por qué no puedo. —Hizo una pausa, con un pequeño ceño fruncido

entre sus ojos—. Supongo que mi única excusa es que me pone nervioso. También me siento extremadamente incómodo llamándola señorita Holly cuando ahora sé que es una princesa.

—Señorita Holly se usa principalmente para que la gente se sienta cómoda en mi presencia y por razones de seguridad. Es un nombre extraño, lo reconozco, pero uno que debe usarse. Mi tío tiene espías en todas partes, y si el más mínimo susurro sobre mi paradero llegara a él, no terminaría bien. Mi roce con la muerte en Londres fue lo suficientemente cercano. No deseo sufrir ese destino todavía.

—Eso es de lo que he venido a hablarle. Me gustaría ofrecerle mis servicios. Me he entrenado en el club de boxeo de Gentleman Jackson en Londres y sé cómo pelear. Concedo que no soy tan musculoso como los hombres que la protegen, pero sé cómo hacer sangrar con una espada. Mi puntería con un arma es indiscutible. Me gustaría ayudarla si me lo permite.

Holly entrecerró los ojos, intrigada por la sugerencia. Él era joven, rico y poderoso por derecho propio. ¿Por qué querría ponerse en peligro para salvar la vida de una desconocida? Con vigilar la puerta era suficiente. No necesitaba hacer nada más.

—¿Por qué me ofrecería algo así? No nos conocemos bien. No me debe nada.

Él le lanzó una media sonrisa, y a ella se le secó la boca. Por Dios santo, tendría que tener cuidado con este hombre. Podría hacerla olvidar quién era y su posición, y pensar solamente en todas las formas en que podría permitirle besarla.

—Usted salvó mi vida, no lo olvide, así que no estoy completamente libre de deudas. Pero hay otra razón por la que me gustaría permanecer a su lado. Una egoísta, lo admito.

Ella arqueó una ceja, curiosa por escuchar sus razones. Una pequeña parte de ella esperaba que fuera porque le gustaba lo que veía y era lo suficientemente hombre como para decírselo a la cara. Nadie lo hacía nunca. Nadie se atrevía a sobrepasarse con ella ni a ir en contra de su voluntad. Solo Niccolo, y eso era únicamente por razones de seguridad, nada más.

—Dígame la razón, milord.

Él le lanzó una sonrisa autocrítica.

—Sufro a causa de un padre que desea que me case con una mujer a la que no amo. Ella, a su vez, está enamorada de otro. Un viaje al extranjero, lejos de casa y de Londres, sería muy útil en este momento. Si estuviera a su servicio, mi padre no tendría ningún problema con ello. De hecho, conociendo a mi progenitor, estaría muy orgulloso de mi servicio para mantener a salvo a la futura Reina de Atharia.

Holly se aclaró la garganta, sin saber qué pensar de las palabras de su señoría. En cuanto a su padre, bueno, parecía un personaje interesante. Se acercó a su escritorio, preguntándose si Lord Balhannah hablaba con tanta franqueza con todo el mundo o si era solo una aflicción con la que cargaba después de su casi ahogamiento.

—Aunque simpatizo con usted en lo que respecta a los planes de su padre para su futuro, estar a mi lado, protegerme de aquellos que buscan hacerme daño, lo pondrá en igual peligro. Quizás necesite deliberar más antes de elegir tal destino.

—Por supuesto —dijo él, con un tono rosado formándose en sus mejillas. El rubor lo hacía parecer aún más entrañable y dulce de lo que ya era—. Mi padre tiene tendencia a ver lo positivo en cualquier situación. Si yo formara parte de su séquito, se sentiría honrado.

—Todo esto es un punto discutible en cualquier caso, porque si va a viajar conmigo, no puede decirle a nadie su paradero. Puede notificar a su padre que se irá al extranjero, pero nada más.

Su señoría se adentró más en la habitación, mirando alrededor.

—¿Puedo preguntar cómo la atacó su tío mientras estaba en Londres? Mencionó que ya ha habido un atentado contra su bienestar.

Holly recordó aquella noche en Londres, donde disfrutó de un baile en la casa de Lord Bainbridge. La velada iba tan bien, la comida y la compañía eran excelentes, la música sonaba tan hermosa como la de sus propios músicos en Atharia. Pero la llegada de Franco, el secuaz o espía de su tío, como ella siempre lo había llamado, le indicó que había problemas en ciernes. La había observado toda la noche, simplemente de pie a un lado del salón de baile, mirándola con el ceño fruncido como si estuviera haciendo algo malo. Como si fuera una molestia que necesitaba ser eliminada.

Fue solo cuando se estaba marchando, subiendo a su carruaje, que oyó los pasos firmes detrás de ella. El toque helado de la hoja había cortado su vestido a la altura del pecho, donde él amenazó con empujarla hacia arriba y atravesarle el corazón.

Sin embargo, Franco había subestimado a Niccolo, su protector, y sus años de lucha para mantenerse con vida en el ejército de Atharia le habían enseñado bien. Se había movido con la velocidad del rayo, retorciendo el brazo de Franco y rompiéndoselo antes de que Holly tuviera la oportunidad de darse la vuelta y ver quién la atacaba. Sin hacer mucho ruido, Niccolo llevó al gimoteante Franco a la esquina oscura de una calle cercana y le clavó en el cuello la hoja destinada a ella, dejándolo caer como si no fuera más que un trozo de carne sin importancia.

Un acontecimiento impactante de presenciar, y una pequeña parte de Holly se había quedado aterrada ante la habilidad de Niccolo. Era letal, y solo podía estar agradecida de que su padre le hubiera dado el puesto de ser su guardia.

—Un hombre en Londres, uno que trabajaba para mi tío, intentó apuñalarme después de un baile. Fue asesinado, y nos marchamos de la ciudad esa misma noche, temerosos de nuevos ataques. Hasta ahora, no nos han encontrado y no ha ocurrido nada más, pero siempre debemos ser cautelosos. Solo me quedan unas semanas hasta que cumpla veintiún años y pueda regresar a Atharia y tomar la corona. Nada, se lo puedo asegurar, me impedirá tomar lo que es mío y darle a mi tío un castigo bien merecido.

Lord Balhannah la miró fijamente, claramente sin palabras al informarle de sus problemas, de sus planes. Si iba a tener el estómago para permanecer cerca de ella, protegerla como lo hacían sus hombres, tendría que aprender que su vida no era como la de tantos otros de sus conocidos.

Por suerte de nacimiento, ella había nacido en la realeza, y con ello venían responsabilidades.

No solo de casas y tierras, de agricultores arrendatarios y personal, sino de un país, su gente, la seguridad y protección y el bienestar de todos los que vivían bajo su cuidado.

Su tío solo buscaba arrebatar las riquezas del país a la gente y llenar sus propios bolsillos codiciosos. Tomar una corona que nunca debió heredar. Robar su país y atormentar a la gente que ella amaba.

El villano no se saldría con la suya en su plan malvado. Ella moriría intentando reparar el daño que él había causado y recuperar la confianza de la gente de su tierra.

—Me gustaría ayudar en todo lo que pueda. Como par del reino, tal vez podría ayudarla a obtener la asistencia del parlamento inglés, o incluso de la corona.

—Ya cuento con la ayuda de ambos. El rey Jorge es mi primo cuarto en segundo grado. Aun así, solo pueden ayudar hasta cierto punto y, desafortunadamente, como nos han informado, ellos tampoco saben si hay más hombres en Inglaterra como Franco. Esperando para atacar. Estar cerca de mi persona será peligroso, milord. ¿Está seguro de que desea embarcarse en semejante misión? Podría regresar a casa después de que me vaya, viajar a Londres y disfrutar de la temporada, quizás incluso encontrar a una mujer que le resulte atractiva y agradable para estar a su lado, y casarse.

La idea de que Lord Balhannah cortejara a otras mujeres le dejó un sabor perturbador en la boca. Verlo prestar atención a una mujer en particular, incluso una sin rostro en las reflexiones de Holly, hizo poco para calmar sus nervios.

—No estoy buscando casarme todavía, así que viajar con usted y asegurarme de que recupere lo que le han arrebatado es algo que deseo hacer. Sería un honor servirle.

Holly encontró su mirada y leyó la sinceridad detrás de su declaración. Asintió. —Gracias por su servicio, Lord Balhannah. Solo puedo rezar para devolverlo a Inglaterra y a su padre sin incidentes.

Él sonrió. —Entonces está decidido.

—Ciertamente parece que sí, milord —dijo ella, observando cómo él hacía una reverencia y se marchaba. Holly se sentó en su silla, mirando fijamente la puerta cerrada por la que él había salido. Necesitaría todos los hombres que pudiera conseguir si quería acabar con su tío. Sin duda, el traidor usaría las fuerzas armadas de Atharia en su contra. Frunció el ceño. A menos que pudiera ganarse su atención, convencerlos de que no siguieran a un loco y apoyaran a la legítima heredera.

Ella...

El reloj de la repisa marcó la hora, una campana burlona que le recordaba el tiempo y cuánto más tendría que esperar antes de hacer su movimiento. Ocho semanas para ser exactos, y entonces Atharia sería suya. Bajo su gobierno y protección.

CAPÍTULO CINCO

DREW OYÓ PRIMERO EL DISPARO, seguido de hombres gritándose entre sí. Subió por el pequeño terraplén que bordeaba el lago de la finca, entrecerrando los ojos hacia la casa para ver qué sucedía. La visión de los hombres de la princesa corriendo a cubrirse y apuntando sus armas en respuesta a los disparos provenientes del lado de la casa que daba al bosque le dijo a Drew todo lo que necesitaba saber sobre lo que estaba ocurriendo. El miedo le revolvió el estómago ante la idea de que alguien pudiera dañar a la mujer que se había escondido del peligro. Nadie merecía ser cazado y asesinado como parecía que su tío quería hacer. Cómo alguien podía hacerle tal cosa a otro ser vivo estaba más allá de su comprensión.

Drew se agachó entre la hierba, acercándose a la casa y aprovechando los pocos árboles que salpicaban el paisaje donde se escondía. Se dispararon más tiros, un par de ellos golpeando la casa y enviando una nube de polvo de mortero.

Escudriñó a través de la hierba lo mejor que pudo, sin poder ver ni distinguir cuántos hombres estaban disparando. El sonido de cristales rompiéndose seguido de más disparos mantuvo a Drew inmóvil por un momento antes de que la visión de una mujer de dorado, con vestido largo, corriendo en dirección a la playa, captara su atención. Regresó por donde había venido, rodeando los terrenos, manteniendo una distancia clara y segura de la casa, y se dirigió hacia la playa. Cuando llegó a la orilla, la había perdido de vista.

¿Adónde había ido? No había botes ni caballos galopando que explicaran su desaparición.

Frunciendo el ceño, comenzó a caminar por las dunas, manteniendo la cabeza baja y atento a cualquier hombre que se acercara. Podía oír más disparos en la distancia, y rogaba a Dios que el personal de Lord Bainbridge no resultara herido. Qué terrible para todos ellos.

—Alteza —susurró, sin saber dónde se había metido.

—Aquí, Lord Balhannah —una voz surgió de una de las dunas. Estudió el terreno, incapaz de ver dónde se escondía hasta que una puerta camuflada, cubierta de arena y madera a la deriva se levantó, revelando un pequeño espacio cuadrado para que alguien se ocultara—. Rápido, entre aquí antes de que alguien lo vea y nos maten a ambos.

Hizo lo que le pedía, saltando al pequeño cuarto en forma de caja y agradecido cuando ella cerró la escotilla una vez más. Por un tiempo, se sentaron en silencio, escuchando la batalla que

se libraba en la finca, los gritos de sus hombres llegando hasta ellos con la brisa marina.

—¿Está herida? —preguntó, apenas pudiendo distinguirla en el espacio oscuro.

—No —respondió ella, su voz firme y sin vacilación en este momento difícil.

Él extendió la mano, tomando la de ella, queriendo consolarla de todos modos—. Cuando se hayan ido, volveremos y veremos qué ayuda se puede brindar.

—No habrá nada que nadie pueda hacer. Mi tío nunca deja a nadie con vida que pueda hablar después.

A Drew no le gustaba cómo sonaba semejante hombre. Esperaron, solo el sonido de sus respiraciones en el espacio confinado. Ya no se oían más disparos, y el silencio descendió sobre la finca. Drew apenas podía distinguir el rostro de la princesa en las sombras, y su inquietud, la preocupación grabada en su frente le decía que ella se preocupaba por el personal de la casa de Lord Bainbridge y sus guardias.

¿Alguno de ellos estaría vivo al final del día?

—La regla es que si nos encuentran y nos emboscan como ha sucedido, debo huir. No volver y no mirar atrás. A varias millas de aquí hay una vieja cabaña de pastor. Nadie vive allí ahora, y es mayormente una vivienda en ruinas, pero es segura y es donde iremos. Si Niccolo está vivo, se reunirá conmigo allí en uno o dos días. Si no lo hace, sabré que lo he perdido.

El temor en su tono lo hizo detenerse. ¿Tenía esta princesa sentimientos por su guardia que iban más allá de su papel de protector? Una parte de Drew no quería considerar tal cosa. Aunque tampoco ella podía tener sentimientos por él, se recordó. Podría ser un marqués y futuro duque, pero eso no era nada cuando se trataba de la realeza.

—Iré con usted y la mantendré a salvo, tiene mi palabra, Alteza.

Ella suspiró, inclinando la cabeza—. Todas esas personas inocentes probablemente han perdido sus vidas porque no atacé antes de mi vigésimo primer cumpleaños. Llevé a esos matones directamente hacia todos ellos, y ahora hay pocas dudas de que todos estén muertos.

Se oyeron pasos crujiendo en la arena fuera de su guarida. Drew atrajo a Holly contra sí, acallando sus palabras con una mano sobre su boca. Ella no luchó contra él, se quedó quieta y en silencio en sus brazos, y una parte de él lamentó que ella hubiera aprendido a vivir con tales amenazas y miedos.

Ninguna persona merecía vivir con el miedo rondando su vida cotidiana. Qué manera tan terrible de vivir.

—Shh —susurró contra su oído, el aroma a cítricos emanando de sus cabellos color café. Deslizó su brazo alrededor de ella, sosteniéndola cerca, y no pasó por alto el escalofrío que recorrió su cuerpo.

La voz de un hombre, más cerca de lo que a Drew le hubiera gustado, gritó a los demás que siguieran buscando, afirmando que la princesa no podía haber ido muy lejos. Que revisaran las dunas de arena.

—¿Hay algún arma aquí? —Seguramente habrían colocado algo en este foso en caso de que

lo peor le ocurriera a la finca.

—Sí, hay una caja detrás de nosotros que contiene dos pistolas de chispa.

Drew se movió hacia atrás, usando sus manos para encontrar la caja. Se apresuró a sacarlas, junto con el pedernal y la pólvora, cebando ambas armas listas para usar. Si los encontraban, al menos matarían a un par de bastardos antes de ser asesinados ellos mismos.

Le entregó una de las pistolas a la princesa. Ella la tomó sin decir palabra, apuntándola hacia la abertura. Esperaron hasta bien entrada la noche, cuando ya no podían ver ni sus propias manos. El frío se filtró en el espacio, y Drew volvió a la caja que contenía las armas, complacido de encontrar una manta. Aún así, los hombres seguían registrando el terreno. De vez en cuando, los oían llamándose, sus pasos mientras corrían por la playa.

Drew los envolvió a ambos con una manta, atrayendo a la princesa hacia sus brazos y usando el calor de su cuerpo para calentar el de ella. —Sé que esto no es apropiado, pero estoy haciendo una excepción dadas las circunstancias.

Sintió su risa más que oírla. —No me importa, mi señor, siempre y cuando no le moleste que me apoye en usted para dormir. Me siento muy cansada después de lo de hoy.

Drew le frotó la espalda, ofreciéndole consuelo de cualquier manera posible. No podía imaginar el dolor que sentía al perder a las únicas personas que la habían mantenido a salvo: el personal de la finca que parecía bastante encariñado con ella y honrado de cuidarla.

—¿Puedo pedirle algo más?

Ella se acomodó en sus brazos, acurrucándose a su lado, y Drew tuvo que admitir que disfrutaba tenerla entre sus brazos. Su cuerpo era femenino y bien proporcionado. El tipo de dama que hacía girar las cabezas de los caballeros, incluida la suya. Cómo deseaba haberla visto en Londres. Qué hermosa vista debió haber sido.

—Por supuesto —respondió ella, envolviendo la manta alrededor de sus hombros.

—Mi nombre es Drew, como ya sabe. ¿Puedo llamarla por su nombre de pila? Su Alteza y señorita Holly no parecen apropiados en esta situación.

—No lo son, ¿verdad? —murmuró contra su pecho donde reposaba su cabeza. Le gustaba el calor de su aliento sobre él. Había pasado demasiado tiempo desde que había disfrutado de la comodidad de dormir con una mujer. No es que fuera a intentar cortejar a la mujer en sus brazos, pero algo en ella le impedía alejarse, dejarla a su suerte y a su vida. La llevaría de vuelta a Atharia sana y salva. Si no hacía nada más en su vida, haría esto.

—Puede llamarme Holly.

Holly. Un nombre dulce para una mujer con tanta fuerza. Estaba asombrado de ella. Se apoyó contra el lado del foso, cerrando los ojos, con el arma segura a su lado y Holly al otro, a salvo en sus brazos. Saldrían de esta situación, viajarían a la cabaña del pastor y se reagruparían allí. Siempre podría llevarla a su casa. Nadie sabía siquiera que estaba en la finca de Lord Bainbridge. No podrían rastrearla hasta su Sotherton.

Drew pensó en los detalles, en lo que podría decirle a su padre sobre la extraña mujer que

dormía bajo el techo ducal. No podía decirle la verdad, pero tenía que pensar en algo que fuera suficiente.

El cansancio lo inundó y cerró los ojos. Si lograban pasar la noche sin ser detectados, entonces le daría más vueltas a la idea. Solo entonces se lo mencionaría a Holly, la mujer en sus brazos, una princesa. Drew dudaba que alguna vez pudiera asimilar esa verdad.

CAPÍTULO

SEIS

HOLLY DESPERTÓ con el sonido del silencio a la mañana siguiente, inquietantemente quieto, ni siquiera una brisa se atrevía a soplar desde el mar. Parpadeó, permaneció inmóvil y disfrutó del breve tiempo que había dormido en los brazos de Drew. Él estaba cálido, dormido y medio recostado sobre ella. En algún momento de la noche, debían haberse movido y usado el uno al otro para ponerse más cómodos.

Su corazón latía con un ritmo constante bajo su oído. Cerró los ojos, deseando que la vida pudiera ser tan suave y confiable como el sonido de su corazón. Tendrían que moverse hoy, buscar refugio en otro lugar. La cabaña del pastor serviría por ahora, pero ¿y después? Sin el apoyo de sus guardias, sería casi imposible sobrevivir y regresar a Atharia para tomar el trono.

Todos sus planes ahora estaban hechos pedazos.

Drew se movió debajo de ella, intentando sentarse y dejando escapar un gruñido de disgusto al hacerlo.

—Recuérdame no volver a acostarme en esa posición. Ay, me duele todo.

Holly se incorporó, estirándose y alisando su cabello enmarañado. Un pequeño rayo de luz se filtraba por la escotilla de madera sobre ellos, y se movió para ver si podía distinguir a alguien afuera, en silencio y esperando a que ella apareciera.

—Nos iremos hoy. Déjame ver si hay sobrevivientes y asegurarme de que los hombres de tu tío se hayan ido. No importa lo que oigas, no salgas de este escondite.

Holly no era lo suficientemente tonta como para discutir. Era imperativo que se mantuviera con vida. No solo porque no quería morir, sino porque la felicidad de su pueblo dependía de que ella regresara a casa y los liberara del gobierno dictatorial de su tío.

Observó cómo Drew se acercaba a la puerta, escuchando y abriéndola solo una pequeña rendija. La luz del sol bañó el pequeño espacio, permitiéndole evaluar donde habían dormido. Estaba lleno de telarañas, un hecho que se alegraba de no haber notado antes. Aparte de la pequeña caja que contenía las armas y una manta, había poco más allí.

Drew se echó mano al bolsillo, guardando una de las pistolas de chispa, y luego levantó la puerta. Holly entrecerró los ojos, esperando contra toda esperanza que no sonara ningún disparo, que no se oyera ningún grito de hombres cuando él saliera del espacio.

Con una última mirada hacia ella, dejó caer la tapa, y una vez más, ella estaba sola. No podía decir por cuánto tiempo. El tiempo pareció horas, pero podrían haber sido solo minutos en total. No escuchó sonidos de hombres gritando ni disparos, lo que le dio esperanzas de que los hombres de su tío hubieran huido. Ya se preocuparía más tarde por adónde irían desde aquí. Todo lo que podía esperar ahora era que sus guardias estuvieran ilesos y que el personal de Lord Bainbridge hubiera sobrevivido, aunque la posibilidad de eso era escasa.

Jadeó, sobresaltada cuando se levantó la tapa del escondite y Drew apareció ante ella, con el rostro pálido y los ojos un poco asustados. Un caballo sacudía la cabeza detrás de él. Ella se puso de pie, extendiendo la mano hacia él cuando se inclinó para ayudarla a salir.

—¿Cómo estaba todo en la casa? Por favor, dime que hubo sobrevivientes.

Drew guardó silencio un momento, comprobando que la correa de la silla estuviera bien ajustada antes de montarse.

—Un lacayo está muerto en el vestíbulo, el resto del personal se había encerrado en el sótano. Al parecer, los hombres de tu tío no buscaron allí. No puedo expresarte cuánto lamento que esto te haya pasado a ti y a la finca.

El mundo giró, y ella se aferró a la brida del caballo, evitando caerse. ¿Un lacayo inocente muerto? Una vida era demasiado. El pensamiento le revolvió el estómago, y se volvió, vomitando sobre las dunas de arena. Ella había hecho esto, había traído esta tragedia a la gente de Lord Bainbridge. ¿Cómo obtendría el perdón por traer tanto dolor a la familia y a los seres queridos del lacayo? Una cruz que llevaría para siempre.

—¿Mis guardias? ¿Viste a alguno de ellos?

Drew le tendió una mano, y Holly la tomó a regañadientes, sabiendo que tenía que irse. Si alguna vez iba a hacer que su tío pagara por este crimen, no podía morir aquí y ahora. Drew la izó detrás de él en el caballo. Espoleó la montura y galoparon hacia la playa para cabalgar a lo largo de la orilla donde la arena era más dura.

—Dos de los guardias estaban muertos, a los otros no pude encontrarlos. No sé dónde pueden estar. Revisé la casa completamente para asegurarme de que nadie estuviera atado en ninguna parte. Tendré que dejar un mensaje para Lord Bainbridge sobre lo que ha sucedido para que pueda regresar a casa.

La visión de Holly se nubló y se apoyó en la espalda de Drew. ¿Dónde estaba Niccolo? ¿Habría sobrevivido? Era su guardia más confiable y fuerte. No podía seguir adelante sin su ayuda.

No respondió a las palabras de Drew, ninguna réplica podría mejorar lo que había sucedido. ¿Cómo se habían enterado de dónde vivía? ¿Y por qué sentían la necesidad de matar a personal inocente? ¡Bastardos!

Cabalaron durante dos buenas horas antes de que Drew redujera la velocidad del caballo. Holly miró por encima de su hombro y divisó la cabaña del pastor, destartalada, con la mitad de su techo de listones de madera faltante. Tampoco podrían encender un fuego aquí, por si los

hombres de su tío estuvieran en la zona y conocieran la vivienda normalmente vacía.

—Ya casi llegamos. Veo un pequeño cobertizo para el caballo, lo cual es afortunado, él también descansará bien durante la noche. En cuanto a nosotros —dijo Drew, con poco humor en su tono—, creo que esta noche será decididamente peor que la anterior.

Holly no podía estar más de acuerdo. Cuanto más se acercaban al edificio, más deseaba correr en la dirección opuesta. Era peor de lo que había pensado al principio, sin cristales en ninguna de las ventanas, y había un olor distintivo a ovejas o ganado, como si los animales usaran la casa para sus propios fines.

Encantador...

Drew detuvo el caballo frente a la puerta principal y, por un momento, ambos contemplaron el edificio. Nunca en su vida había caído tan bajo. Jamás nada la había golpeado tan severamente como su tío ayer y ahora esto hoy.

Cerró los ojos un instante, reuniendo sus fuerzas. No dejaría que él la venciera. Era más fuerte que eso. Su padre la había hecho determinada y se condenaría si dejara que su tío quejumbroso y maquinador la superara a ella o a su gente. Seguiría adelante, paso a paso, y lo enfrentaría con todo lo que le quedaba.

Drew se estiró hacia atrás, ayudándola a deslizarse del caballo, y ella se quedó quieta un momento, permitiendo que sus piernas se ajustaran a estar fuera del caballo. Su cuerpo dolía, rígido y cansado, tanto física como mentalmente, y lo único que anhelaba era un largo baño de inmersión. Su estómago rugió, recordándole que no había comido desde el almuerzo de ayer. Tenía pocas dudas de que la cabaña del pastor no tuviera comida ni agua.

Drew saltó del caballo, lo llevó al pequeño refugio y lo ató a un poste. —Hay algo de heno viejo aquí, afortunadamente. Al menos el caballo comerá —hizo una pausa en la entrada del refugio, mirando alrededor—. Voy a caminar un poco, a ver si puedo encontrar agua. Debe haber un arroyo o río cerca. Nadie construiría una cabaña aquí de otro modo.

Holly observó mientras Drew recogía un viejo cubo descartado frente a la casa antes de marcharse en busca de agua. Ella se dirigió hacia el edificio, esperando que quizás el interior no fuera tan malo como esperaba.

El suelo era irregular, y las zapatillas de seda que llevaba el día anterior cuando los hombres de su tío atacaron su hogar no eran barrera para las rocas y espinas que cubrían el terreno descuidado. La casa y el terreno no parecían haber sido utilizados en muchos años. Telarañas y excrementos de animales cubrían el podrido porche de madera. El interior no era mucho mejor.

Era atroz.

Holly se quedó en la puerta y miró fijamente la habitación donde dormirían esta noche. Quizás sería mejor continuar, pero entonces, el caballo tendría dificultades, y con dos jinetes estas últimas millas, necesitaba un merecido descanso.

La casa era una sola habitación, un pequeño armario se apoyaba contra lo que suponía era una ventana, una pila de lavar aún sobre su banco. ¿Una cocina, tal vez? Un catre yacía al otro

extremo de la habitación, cortinas rasgadas y en descomposición colgaban de un poste igualmente podrido. Esta noche haría frío, y Holly deseó haber tenido el sentido común de traer la pequeña manta bajo la que se habían acurrucado anoche.

Un sonido afuera la hizo saltar, y se giró para ver a Drew caminando hacia ella, un cubo colgando a su lado y derramando agua sobre sus botas. Lo miró un momento, esperando poder confiarle su secreto. Esperando que no fuera él quien había traído a su tío a sus puertas.

Se estremeció ante el pensamiento. Seguramente no. Él había aparecido medio muerto en la playa, conocía a Lord Bainbridge, por el amor de Dios. Lord Balhannah no había hecho nada para hacerla pensar que estaba del lado de su tío. Si hubiera querido hacerle daño, habría abierto el pequeño cubil donde se escondieron ayer y habría dicho a los hombres de su tío dónde estaban escondidos.

No lo había hecho.

En ese momento, Drew levantó la vista, lanzándole una media sonrisa, y ella tuvo una idea de cómo sería en un salón de baile, a kilómetros de aquí, y de los problemas que la rodeaban. Lo que pensarían las mujeres del famoso ton londinense de él y su apuesto rostro, pómulos marcados y nariz recta. Un caballero perfectamente proporcionado que, incluso en su estado desaliñado, podía hacer que el corazón de una mujer latiera rápido.

Los pensamientos de una princesa no eran diferentes.

CAPÍTULO SIETE

ENTRÓ EN LA HABITACIÓN, permitiendo que Drew pasara. Él echó un vistazo rápido, divisó el armario cerca de la ventana y colocó allí el agua. —Creo que tendremos que arriesgarnos a encender un fuego esta noche. Viene mal tiempo del oeste, hará frío. Tenemos los pedernales, y recogeré algo de tierra para cubrir el fuego si sospechamos que hay alguien cerca.

Holly asintió, acercándose al cubo. —¿Crees que el agua es segura para beber? Ahora que lo mencionas, realmente necesitaba excusarse y aliviarse antes de beber nada más.

—El cubo no estaba en tan mal estado, y lo limpié a fondo antes de llenarlo de agua. Vi otro donde está estabulado el caballo, lo recogeré pronto y le daré agua también al animal —Se encogió de hombros, mirando alrededor del espacio, y ella no pasó por alto la mueca que hizo ante lo que vio—. ¿Quieres bajar al río conmigo para asearte un poco?

—No puedo, mis zapatos no son adecuados para andar por el campo. Estaré bien hasta que encontremos un alojamiento más apropiado en otro lugar.

—Hablando de eso —dijo, sacando dos sillas que estaban volcadas en el suelo de tierra, sin molestarse en quitar el polvo de la madera antes de sentarse—. He estado pensando en lo que deberíamos hacer. Tu próximo paso, y creo que he encontrado una solución —Le hizo un gesto para que ella también se sentara.

Con su vestido ya arruinado y más que manchado, Holly se sentó, prometiéndose una vez más que su tío pagaría por sus actuales condiciones. —¿Qué sugieres? —preguntó.

—Deberías regresar conmigo a Sotherton, a la finca de mi familia, reagruparnos allí, contratar nuevos hombres si es necesario, y viajar a Atharia cuando llegue el momento. Mi finca tiene un puerto profundo, podemos hacer que los barcos atraquen allí. Sin mencionar que nadie sabe que estuve en la finca de Lord Bainbridge y tampoco lo sabrán si le escribes sobre lo que pasó allí. Puedo hacer que la carta se envíe desde Londres para despistar a cualquier espía que pueda estar vigilando el correo de su señoría.

Holly se mordió el labio, pensando en su idea. Ciertamente parecía lo bastante sensata, y en este momento, realmente no tenía otra opción más que hacer lo que él sugería. Sus hombres estaban perdidos por el momento. ¿Quién sabe cuántos sobrevivieron o habían sido capturados? Niccolo estaba desaparecido, y aunque esperaba que se reuniera con ella aquí como habían

planeado si algo terrible les sucedía, algo le decía que no lo haría. Si había muerto, todo lo que podía pedir era que fuera rápido y que no hubiera sufrido.

Sus guardias eran como su familia, hermanos mayores a quienes conocía tan bien como a sus propias hermanas. Pensar en ellos masacrados a sangre fría, sin más razón que la codicia de un viejo, dejaba un vacío en su pecho.

—Muy bien, iré contigo a Sotherton, pero ¿qué le dirás a tu padre? ¿No se escandalizará de que hayas traído a una mujer contigo?

Drew tragó saliva, con una mirada pensativa en su rostro. —Se sorprenderá, pero ese es el siguiente tema del que quería hablarte. ¿Estás abierta a la idea de que estemos casados? No de verdad —añadió rápidamente cuando ella palideció—, sino solo durante el tiempo que vivas en Sotherton. Mi padre estará más que complacido si regreso a casa con una esposa, y podemos inventar algún título e historia familiar para ti. Tal vez una heredera italiana recién llegada para disfrutar de la temporada londinense.

Holly reflexionó sobre la idea. Podría funcionar, pero ¿cuáles serían los términos de este matrimonio falsificado? —¿Tendremos habitaciones separadas, mi lord, o se espera que comparta tu cama por el bien de la moral de tu padre?

Un ligero rubor se extendió por las mejillas de Drew, y ella contuvo una sonrisa. —Tendrás una suite de habitaciones separada, Alteza. No esperaré nada de ti, por supuesto. Sin embargo, puede que necesitemos tomarnos de las manos en algún momento, o al menos parecer embelesados el uno con el otro.

Holly se rio. No sería difícil fingir que le gustaba este hombre. Qué distracción se había convertido en los dos cortos días que lo conocía. Todo lo que podía esperar era que no solo la distrajera de sus problemas, sino que también la ayudara a resolverlos. Que le permitiera volver a casa y tomar la corona que le pertenece por derecho.

—Sabes que no puedo quedarme para siempre. En algún momento, tendrás que decirle a tu padre que debemos partir hacia Atharia. Por supuesto, no regresaré contigo. ¿Cómo se lo explicarás a tu padre entonces?

—Le diré la verdad en ese momento. Para entonces ya tendrás la corona y tu país de vuelta, y no habrá más razón para el secreto.

—Solo me quedan semanas antes de que la corona sea legalmente mía para tomarla. No puedo retrasar mi regreso a Atharia, mi lord, no solo por el gobierno divisorio y cruel de mi tío, sino también porque mis dos hermanas están bajo su cuidado. Temo por su seguridad. Estoy soltera y sin hijos. Si yo muriera, él no tendría reparos en matar a las dos personas siguientes en la línea de sucesión.

—¿Por qué crees que no lo ha hecho ya? —preguntó Drew.

Holly esperaba que no lo hubiera hecho. La idea de Alessa y Elena frías en la tumba le provocó un escalofrío en la espalda y le detuvo el corazón. —No sé si no les ha hecho daño. No tengo duda de que están bajo llave, pero creo que sería un tonto si las lastimara. Las necesita en

este momento para mostrar a la gente que, aunque el país está bajo su gobierno, los hijos de su hermano están a salvo. Yo estoy en Inglaterra, a kilómetros de los ojos de mi pueblo, no le importa lo que me pase aquí. Si caigo bajo su espada, simplemente puede anunciar que he muerto de alguna enfermedad o accidente trágico mientras estaba en el extranjero.

La preocupación en el rostro de Drew le recordó que su situación era precaria y no exenta de peligro. Era una mujer fuerte, inteligente y decidida, pero enfrentarse a su tío y su ejército no sería una tarea fácil. Algunos días, días como hoy, en los que tenía que acurrucarse en una cabaña de pastor, la hacían cuestionarse si sería capaz de lograr su objetivo.

Nunca debió haber dejado Atharia, como su tío le sugirió. De haber sabido lo que él haría, jamás habría abandonado su patria ni permitido que el país cayera en sus corruptas manos.

—Bajaré a buscar más agua y algo de leña, y luego regresaré. Si te sientes cómoda, mira qué puedes hacer con la situación de las camas antes de que perdamos la luz del día.

—Puedo hacer eso, mi lord. Si ves a alguien, no intentes enfrentarlos. Los hombres de mi tío, mis hombres, son asesinos despiadados cuando es necesario. Ninguna cantidad de lecciones de boxeo de Gentleman Jackson te salvará contra ellos.

—Tengo mi pistola, pero prometo que no tardaré ni haré nada imprudente.

Holly observó a Drew marcharse, acercándose al cubo y tomando un sorbo con las manos. Una acción que nunca antes había tenido que hacer en su vida. Era degradante para una princesa.

Fue hasta la puerta y vio cómo Drew desaparecía sobre la cresta de la colina. Necesitando aliviarse, salió y rodeó el lado opuesto de la cabaña. Holly se levantó las faldas lo mejor que pudo y se acuclilló. Miró alrededor, esperando contra toda esperanza que nadie apareciera y la viera. Que la futura reina de Atharia estuviera agachada en la tierra fuera de una cabaña destartalada como un animal, hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Se mordió el labio con fuerza, conteniendo su disgusto. No lloraría. Era más fuerte que eso, y necesitaba seguir siéndolo para ganar esta batalla contra su tío. Un lacayo había muerto bajo su vigilancia, un sirviente inocente. Otros, sin duda, estaban traumatizados por el suceso. Sus vidas no habrían sido en vano solo porque ella no tuviera el coraje de enfrentarse a su tío.

Terminando sus necesidades, se levantó y volvió adentro, mirando fijamente la cama que parecía no haber sido usada en cincuenta años. La ropa de cama estaba rota y sucia. Animales habían dormido en ella, y excrementos cubrían el colchón podrido. No podrían usarla, pero tal vez podría colocarse contra la ventana en un extremo de la cabaña para evitar que escapara luz del edificio.

Recogió las sábanas, rasgándolas en pedazos más pequeños, y colocándolas donde se encendería el fuego en el centro de la habitación. Si no podían encontrar madera pequeña para encender, al menos este lienzo podría usarse.

Holly se mantuvo ocupada tanto como pudo mientras esperaba a Drew. Recogió basura para quemar, colgó una vieja manta manchada con algo que no deseaba contemplar sobre la ventana frente a la cocina. Con suerte, esto ayudaría a detener las corrientes de aire. Tal como estaban las

cosas, nuevamente esta noche, tendrían que dormir cerca el uno del otro. Sería la única manera de mantenerse calientes.

La idea de acostarse contra el pecho de Drew no era un pensamiento desagradable. Era fuerte, alto, guapo como el pecado y amable. Solo esperaba, más allá de toda esperanza, que no hubiera conducido a su tío hasta ella. Holly descartó el pensamiento inútil. Él no podría hacer tal cosa. Su mente estaba divagando de nuevo, haciéndole ver fantasmas y amenazas donde no las había.

Se oyeron pasos afuera, y ella miró hacia arriba justo cuando Drew volvía a entrar en la cabaña, con una carga de leña en los brazos.

—Esto esperemos que nos dure toda la noche, pero no recomendaría que nos quedáramos aquí una segunda. Sin comida y con poco refugio, lo mejor sería continuar hacia Sotherton.

—Si Niccolo fuera a reunirse conmigo aquí, creo que ya lo habría hecho. Que no esté aquí, no creo que haya sobrevivido. —La idea de su guardia más confiable yaciendo muerto en algún lugar de la propiedad de Lord Bainbridge le daba ganas de vomitar. Él no merecía tal muerte. Se suponía que debía vivir, para ayudarla a hacer que su tío pagara.

—¿Has pensado en la idea de fingir ser mi esposa?

—Lo he hecho —dijo ella, inclinándose para ayudarlo a construir el fuego, colocando algo de la ropa de cama rasgada alrededor de la madera—. Creo que es una buena idea. Le diremos a tu padre que nos casamos en secreto hace varios meses. No has estado fuera de casa el tiempo suficiente como para haber viajado a Gretna y volver con una nueva esposa, o haber obtenido una licencia especial. Si tenemos habitaciones separadas y no intentas nada más allá de lo que dijiste, estoy de acuerdo.

Él se rio, encontrando su mirada a través del fuego sin encender.

—Prometo no intentar besarte, Alteza, por muy tentador que sea. Tu reputación está a salvo conmigo.

Holly se aclaró la garganta ante la mención de los besos.

—Sí, bueno, esperemos que así sea. En segundo lugar —continuó—, como nadie sabe que estabas en la finca, creo que será seguro usar Holly como mi nombre de pila, pero necesitamos crear un apellido. Quizás podría ser una heredera que conociste en Londres la temporada pasada. Nuestra historia debe ser sólida para evitar que tu padre piense que estamos mintiendo.

—Tal vez una prima lejana de Lady Mary, la hija de Lord Bainbridge. Después de todo, te estabas quedando en su finca. Tendría sentido mantenerse lo más cerca posible de tus circunstancias reales.

—Eso es cierto —reflexionó, mirando los preparativos de su fuego y sin pasar por alto el hecho de que el aire se había vuelto cortante o que la luz había disminuido en la cabaña—. De todos modos, no estaré circulando por la sociedad en la finca de tu padre. Usaremos el apellido Devereux como lo hice anteriormente. Sin embargo, necesitaremos inventar una excusa de por qué tu padre no puede contarle a nadie sobre nuestro paradero. Quizás podamos decir que

deseamos privacidad durante varias semanas, para disfrutar de nuestro matrimonio a solas sin que el chismoso ton hable de nosotros.

—Podemos hacer eso, por supuesto —dijo él. Drew se levantó y recorrió la habitación, mirando alrededor de la chimenea que desafortunadamente se había derrumbado y era inutilizable. Buscó en un par de viejas latas sobre la repisa—. Ajá, todavía hay algo de yesca y pedernal aquí. Ahora tendremos fuego.

Volviendo a arrodillarse junto a ella, golpeó el eslabón de acero contra el pedernal, y la yesca se encendió, junto con la madera que Holly había envuelto con la vieja ropa de cama.

El calor rozó su piel, un pequeño consuelo en su miserable entorno. La noche sería larga, pero al menos estarían calientes.

—Antes de cerrar la puerta, ¿desea usar el retrete, Alteza?

Holly se rio, negando con la cabeza ante su intento de aliviar el ambiente. —¿Te refieres al suelo de afuera? No, gracias. Estaré bien por esta noche.

Drew cerró la puerta. Afortunadamente, con el techo al que le faltaban algunas tablillas de madera, el humo se elevaba y se alejaba de sus ojos. —Gracias por cuidarme, mi lord. Sé que te estoy pidiendo mucho.

—Me salvaste la vida. Simplemente estoy haciendo lo correcto y lo que cualquiera haría en la misma situación. No tienes que agradecerme —se sentó completamente en el suelo, apoyándose contra una de las paredes de madera. El polvo se asentó en su abrigo. Su camisa también estaba manchada por las actividades del día. Holly miró su vestido que llevaba las marcas de un día a caballo y la noche anterior en un agujero.

Su mente vagó hacia los sirvientes de la casa de Lord Bainbridge, y su corazón se afligió por su sufrimiento. ¿Cómo podría enfrentarse a su señoría de nuevo después de traer semejante horror a sus puertas?

—Háblame de tu hogar. De tus hermanas —dijo Drew.

Holly encontró su mirada a través de la luz del fuego. Sus ojos eran tan cálidos como el calor de las llamas, amables y generosos. Aquí, en esta choza de casa, lejos de la vida opulenta a la que estaba acostumbrada, no se sentía insegura. De hecho, con Drew, se sentía más relajada que nunca, incluso con los hombres de su tío persiguiéndola a cada paso.

Algo en el hombre le decía que lucharía para salvar su vida. Que cuando declaró que cuidaría de ella, lo decía en serio.

—Son más jóvenes, tan hermosas por dentro como por fuera. Solo hay un año de diferencia entre cada una de nosotras, así que somos muy unidas. Significan todo para mí, y anhelo ver sus rostros de nuevo. Ya habría estado en casa si mi vida no hubiera sido amenazada en Londres.

—¿Están casadas o comprometidas?

—No, nuestros matrimonios deben ser de estado. De sangre real. Es lo que siempre se ha hecho, pero sé que a mis hermanas no les gusta esta tradición familiar —sonrió, recordando todas las discusiones que habían tenido sobre el derecho a elegir a sus propios maridos—.

Desean matrimonios por amor. Cuando sea reina, les daré esa opción, aunque no sea una posibilidad para mí.

—¿Por qué no tú? Como reina, seguramente nadie te lo negaría.

Se encogió de hombros, jugando con una ramita que estaba frente a sus piernas cruzadas. — Hay expectativas anticipadas sobre mis hombros. No puedo decepcionar a mi pueblo, no después de dejarlos durante los últimos meses bajo el cuidado de mi tío, quien ha fracasado miserablemente.

Drew la miró por un momento. Holly podía ver que estaba reflexionando sobre sus palabras. Una mirada de decepción cruzó sus facciones, y ella se preguntó por qué. ¿Por qué un marqués de Inglaterra estaría preocupado por su futuro estado matrimonial? ¿Era el lord un romántico de corazón? O, quizás, juzgaba su decreto de casarse con un hombre de sangre real. Él no estaba tan por debajo de ella en estatus, era un lord y futuro duque después de todo, aun así, un hombre de su calibre no era lo suficientemente bueno para una princesa heredera. Lamentable como era.

El cansancio la invadió y bostezó, cubriendo su boca con la mano. —¿Te importaría si duermo a tu lado de nuevo, mi lord? Me siento muy fatigada y me gustaría dormir.

—Por supuesto —se levantó, acercándose a ella y sentándose a su lado en el suelo sucio y polvoriento. Sin preguntar, la atrajo hacia su costado, apoyándose contra la pared de la choza. Su mano frotaba distraídamente su brazo, haciendo que se le erizara la piel. Por un tiempo, Holly miró las llamas lamiendo la madera en el fuego. Nunca olvidaría su tiempo aquí con su señoría. Tal vez incluso en su vejez, les contaría a sus nietos sobre la vez que tuvo que huir por su vida y fue rescatada por un par del reino de Inglaterra.

Sus ojos se volvieron pesados, su capacidad de pensar se desvanecía. —¿Crees que llegaremos a la finca de tu padre mañana por la noche?

—Creo que sí —Holly apoyó su cabeza en su pecho, su voz, profunda y ronca por su propio agotamiento, retumbó en su oído. Tenía que admitir que su voz era realmente bastante perturbadora en todas las formas inapropiadas. Le recordaba a algunas veces en Londres cuando los caballeros pensaban en usar sus artimañas con ella. No es que Drew estuviera haciendo tal cosa, pero en su caso, su voz amortiguada relajaba y calmaba su alma. Le hacía olvidar sus problemas y simplemente deleitarse con el sonido.

—Sueña con un largo baño caliente y sábanas limpias, Alteza. Mañana apremiaré a nuestra montura para asegurarme de que lleguemos a Sotherton. No permitiré que duermas de forma tan incómoda de nuevo.

—No es tan malo —mintió, ajustándose cuando un guijarro se atrevió a pincharla a través de su vestido y lastimar su cadera—. Pero me alegraré de estar al menos más segura de lo que estamos ahora —Holly miró a Drew, encontrando su mirada entrecerrada—. No deseo traer problemas a las puertas de tu familia tampoco, mi lord. No creo que mi corazón pueda soportar otro evento así.

—No lo hará. Nadie sabrá que estás allí. Ahora duerme —ordenó, sus dedos apartando un

mechón de cabello de su frente. La escena era íntima, más de lo que jamás había experimentado en su vida, y rápidamente se recostó sobre su pecho, necesitando dejar de mirar sus tormentosos ojos azules. No había futuro aquí, ni en Inglaterra ni en los brazos de este hombre. Sin embargo, había espacio para que fueran amigos, lo cual estaba segura de que rápidamente se estaban convirtiendo.

Cualquier cosa más allá de eso era imposible. Ella era la futura reina de Atharia. Ese era su primer y único amor y su único objetivo.

CAPÍTULO OCHO

TAL COMO HABÍA PROMETIDO, Drew forzó a su montura el día siguiente hacia el norte, deteniéndose solo dos veces para descansar y dar de beber al caballo y para que Holly pudiera aliviarse. Desafortunadamente, mientras se ocupaba de sus necesidades junto a un gran roble, Holly percibió el desagradable olor que había comenzado a emanar de su piel.

El conocimiento la horrorizó y la humilló a la vez. Cuando regresara a casa en Atharia y tuviera el poder en sus manos, haría más por los pobres. Por aquellos que vivían en la miseria y luchaban con las necesidades cotidianas. Vivir de la tierra, sin tener las necesidades básicas para la vida, agua, comida, higiene y ropa adecuada para el clima, no sería una lucha que permitiría que su gente enfrentara sola.

Drew detuvo el caballo en lo alto de una colina que dominaba tanto el vasto océano como su hogar, Sotherton. La vista le cortó la respiración. Era simplemente hermoso y perfectamente ubicado. Nunca antes había visto una casa tan felizmente situada. Incluso su propio palacio que daba al mar Mediterráneo estaba un poco alejado de la costa. Esta casa parecía estar posada más cerca del borde del agua, con un extenso jardín y un parque que la convertían en un oasis privado.

—Es hermoso —dijo, incapaz de apartar los ojos de la vista. Los muros de arenisca y el techo de tejas grises brillaban bajo el sol de la tarde. La tierra era verde y exuberante, el océano estaba en calma y era de un azul perfecto que rivalizaría con el mismo cielo.

Drew miró por encima de su hombro, con orgullo en sus ojos. —Realmente amo este lugar, y quiero que te sientas segura y bienvenida. Padre entenderá cuando sepa que estamos casados. No se te hará daño mientras estés en Sotherton.

—Gracias —dijo ella, apretándole un poco la cintura.

Él espoleó la montura, y comenzaron a bajar la colina, ahora a un ritmo pausado, permitiendo que el caballo recuperara el aliento y descansara un poco. —Te mostraré los alrededores cuando hayamos descansado un par de días. Sé que debes estar exhausta.

—Gracias, eres muy amable. También necesitaré enviar algunas cartas lo antes posible a Lord Bainbridge y a mi contacto en Londres, informándoles de los acontecimientos que han tenido lugar. Mi contacto se unirá a mí aquí y reagruparemos.

—¿Se puede confiar en él? —le preguntó Drew.

—Por supuesto —dijo Holly sin dudar. Marco era el hermano de Niccolo, y buscaría a sus guardias desaparecidos y se aseguraría de que estuviera bien preparada para su viaje de regreso a Atharia en cuestión de semanas. Todo lo que podía hacer era rezar para que Niccolo fuera encontrado y devuelto a ella. Él deseaba que su tío fuera removido del trono tanto como ella. Después de haber estado bajo su mando antes de ser enviado con ella a Inglaterra, Niccolo entendía la crueldad de su tío mejor que la mayoría.

Cabalaron hacia la finca, y Drew señaló algunas características que despertaron el interés de Holly. La playa era un lugar que encontraba relajante y bueno para el alma, para pensar y relajarse. Esperaba con ansias visitar la de Drew.

Observó antiguos robles que habían sido plantados por su tatarabuelo varias generaciones atrás, la propiedad, que había sido construida junto a un antiguo fuerte romano y aún conservaba vestigios en pie hoy en día. Los jardines cuidados, fragantes y simplemente impresionantes que su madre había plantado durante su tiempo aquí.

Sotherton era, en opinión de Holly, maravillosamente impresionante.

—¿Está tu madre en casa? —preguntó, esperando que otra mujer pudiera estar presente, un bienvenido respiro cuando siempre estaba rodeada de hombres.

—Desafortunadamente, mi madre falleció hace varios años. Estuvo enferma durante bastante tiempo antes de sucumbir. Creo que te habría caído bien. Era audaz, fuerte y capaz, justo como tú.

Holly sonrió ante el cumplido, aunque en este preciso momento, con las piernas y la espalda doloridas, su cuerpo apestando a sudor y dos días de suciedad, no se sentía muy fuerte ni capaz en absoluto. Se sentía débil y cansada, fatigada tanto mental como físicamente, y apestaba.

—Siento como si pudiera dormir durante días —admitió, apoyando la cabeza contra la espalda de Drew. Un poco más tarde, él detuvo el caballo frente a la casa. Un joven mozo de cuadra salió corriendo, tomando el caballo y deseando buenas tardes a Lord Balhannah.

Drew se estiró hacia atrás y la ayudó a desmontar, saltando él mismo y entregando las riendas al sirviente. —Ven, te presentaré a mi padre. No te pongas nerviosa, estoy seguro de que te dará la bienvenida.

Las puertas delanteras se abrieron, y el duque se quedó en el umbral. Holly sonrió y pronto aprendió que era inútil tratar de ganarse los elogios del hombre mayor. Con las manos en las caderas y un fiero ceño fruncido en su frente envejecida, clavó a su hijo en el lugar. —¿Dónde has estado, muchacho? Más te vale no decirme mentiras, porque he tenido aquí al padre de tu prometida, recriminándome por tu desaparición a su llegada.

¿Drew estaba comprometido? Holly recordó cerrar la boca antes de volverse para clavar a Drew con una de sus propias miradas fulminantes. —¿Estás comprometido?

Drew luchó por no poner los ojos en blanco. Su padre era exasperante al decir tal cosa, y frente a una extraña. Una invitada, nada menos. —No estoy comprometido, y padre, te dejé una

nota sobre adónde viajaba. Sabías muy bien dónde estaba.

El duque murmuró algo entre dientes, y Drew llevó a Holly hacia adelante. Su mano se sentía pequeña y delicada en la suya. Ella no rehuyó su tacto. De hecho, se aferraba a él con un agarre firme, aunque ella tampoco estaba segura de su posición romántica.

—Entren, hablaremos más adentro. Hay alguien a quien quiero que conozcas.

Por primera vez, la atención del duque se dirigió a Holly, y una luz contemplativa entró en sus ojos. Se dio la vuelta, entrando de nuevo en la casa. Drew siguió a su padre hasta su estudio, cerrando la puerta para asegurar la privacidad.

—Padre —dijo, ayudando a Holly a sentarse en una silla frente al escritorio de su progenitor—. Esta es Holly Devereux, mi esposa. Estoy casado, felicítame.

La boca de su padre se abrió y se cerró varias veces, sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa antes de balbucear su respuesta. —¿Que tú qué? ¿Qué le diré a mi viejo amigo de la escuela, el señor Landers?

—No creo que el señor Landers vuelva a molestarle en adelante. Sé con certeza que su hija amaba a otro y que en este preciso momento estaría fugándose con él. Fue una de las razones por las que me fui. Ya me había casado, verás, y sabía por una carta que recibí de la señorita Landers que ella no deseaba casarse conmigo, así que no podía quedarme. Espero que no esté enfadado.

—Que yo esté enfadado o no dependerá de con quién te casaste, muchacho, y cuándo. No puedes haber viajado a Gretna y vuelto en los pocos días que has estado ausente.

Drew se rio, sentándose junto a Holly y tomándole la mano. —Me casé con Holly hace unas semanas antes de regresar de Londres. Fue una ceremonia pequeña y privada utilizando una licencia especial. No le contamos a nadie sobre nuestras nupcias ya que no queríamos chismes. Espero que lo entienda.

Su padre se reclinó en su silla, juntando las puntas de los dedos. Su atención se dirigió a Holly, y los bordes y ángulos duros de su rostro se suavizaron un poco. Una buena señal en opinión de Drew. —¿Cuál es su nombre y quién es su familia, querida? Espero que mi hijo la haya estado tratando bien. Por el aspecto de la vestimenta de ambos, están lejos de estar presentables.

—Soy Holly Devereux, como mencionó Drew, y una prima lejana de Lady Mary, la hija mayor de Lord Bainbridge. Tuvimos un pequeño problema con mi carruaje, verás, en nuestro viaje hasta aquí. Fuimos asaltados por bandidos, y se llevaron todo excepto mi caballo. Supongo que pensaron que al menos podríamos quedarnos con él si no con otra cosa.

—Oh, pobres. —Su padre se levantó, dirigiéndose a la licorera de brandy y sirviéndoles una copa a cada uno. Volvió rápidamente a ellos, entregándoles sus bebidas—. Deben estar traumatizados por lo que han sufrido.

Drew se puso de pie, dando una palmada en el hombro a su padre, calmándolo. —Estamos bien, padre, simplemente cansados e imperdonablemente sucios. Una buena noche de descanso y algo de comida nos pondrán de nuevo en forma, estoy seguro.

—Haré que les envíen un baño a su habitación. Tendréis mi suite, hijo mío. Ahora que estás casado y tienes esposa, yo no necesito los aposentos ducales. —Su padre se apresuró hacia la chimenea y llamó a un sirviente.

Su mayordomo, Thomas, entró haciendo una reverencia. —¿Su Gracia?

—Ah, Thomas, haz que las doncellas limpien los aposentos ducales y muevan a mi hijo a esa habitación de inmediato. Está casado y por lo tanto debe tener esa suite de habitaciones. Yo me mudaré al ala este. Tiene mejor luz en cualquier caso y era la parte favorita de la casa de la duquesa. Estaré muy a gusto allí.

—Muy bien, Su Gracia. Lo haremos de inmediato.

—No tiene que mudarse de su habitación —dijo Holly, lanzando a Drew una mirada suplicante—. Díselo, Drew, que no necesita marcharse por nosotros.

—Por supuesto que debo hacerlo, querida. Vas a ser la futura Duquesa de Sotherton, y como tal, las habitaciones son tuyas. Podrás decorarlas como desees cuando te hayas recuperado de tus difíciles días.

Drew le sonrió a Holly. Él mismo sentía la punzada de culpa por permitir que su padre creyera que estaban casados y felices. Que Holly iba a quedarse en Sotherton por el resto de su vida. Su padre estaría devastado al descubrir que todo era una treta, pero no había mucho que hacer al respecto. Ella le había salvado la vida, y él salvaría la de ella a cambio. Un caballero nunca permitía que una mujer sucumbiera ante un matón, un asesino como su tío.

Cuando su padre supiera la verdad sobre ella, sobre quién era realmente, lo perdonaría. Y quizás, algún día en un futuro lejano, podrían viajar a Atharia y visitar a Holly y su familia. El comienzo de una amistad de por vida.

—Eso es muy generoso de tu parte, Padre —dijo Drew, sentándose de nuevo junto a Holly—. También hay algo más que quisiéramos pedirte.

Su padre se reunió con ellos, el placer en sus facciones por el supuesto matrimonio de su hijo hizo que Drew se sintiera peor de lo que ya se sentía por mentirle. No importaba que fuera por el bien de todos, la noticia de que no lo eran le haría daño. —Por supuesto, lo que sea, hijo. Con tan buenas noticias como las que he recibido hoy, no te negaría nada.

Oh, Dios mío, no podría ser peor.

—Necesitamos que el conocimiento de que Holly y yo estamos aquí en Sotherton permanezca desconocido para nuestra familia y amigos. Como expliqué, me casé con Holly hace varias semanas, y no hemos tenido mucho tiempo a solas desde entonces. No deseo que la alta sociedad y las matronas chismosas se enteren de nuestras noticias y no hablen de otra cosa. Pueden tener este bocado de chisme la próxima temporada, no esta.

Su padre frunció el ceño, observándolos a ambos. —Si eso es lo que deseáis, no le escribiré a la hermana de tu madre en la ciudad. Pero al hacerlo, te dejaré a ti la tarea de decirle que te casaste sin su conocimiento o asistencia. Esa es una batalla que no deseo enfrentar.

Drew se rio. —Yo se lo diré a la tía Rosemary, por supuesto. —Se acercó a Holly y le tomó

la mano, sorprendido de encontrarla fría—. Creo que unos baños calientes son necesarios, Padre. Estamos bastante cansados.

—Por supuesto, qué egoísta de mi parte retenerlos tanto tiempo cuando necesitan descansar. Acomódense frente al fuego, y haré que les preparen los baños a ambos. Pueden usar las suites de invitados mientras se limpia y despeja la habitación ducal.

—Gracias, Padre.

El duque los dejó entonces, dirigiéndose al vestíbulo y llamando a Thomas. Drew ayudó a Holly a acercarse al fuego, el calor era un alivio bienvenido después de la noche anterior, cuando había hecho bastante frío, incluso en los meses más cálidos.

—Así que, ¿debo dormir en la misma cama que tú, Drew? Eso no es lo que acordamos —dijo Holly, con la boca en una línea de desagrado.

A Drew no le gustaba que ella estuviera enojada con él, pero ¿qué más le quedaba por decir? Una pareja casada que no compartiera la misma habitación se vería extraña. —Por supuesto que no. Hay un diván en la suite ducal. Dormiré allí. Habrá habladurías si no lo hacemos, y eso es lo último que necesitas.

—Muy bien, accederé en este caso, pero debes saber que no estoy de ninguna manera de acuerdo con esto.

—Te aseguro que no lo estás. Te prometo que estás a salvo conmigo, Alteza —Su reputación y su vida estaban en juego.

CAPÍTULO NUEVE

CON UNA ÚLTIMA MIRADA A DREW, se volvió hacia el fuego, observando cómo las llamas lamían la madera hasta convertirla en cenizas carbonizadas. Cómo anhelaba un baño, para lavar la suciedad y los restos del viaje de su piel. Para aliviar sus huesos doloridos y descansar sabiendo que, por el momento, estaba a salvo. Mañana le escribiría a Marco en Londres para que viniera a verla. Sin señales de Niccolo, esa era la única opción que le quedaba.

La puerta se abrió y una doncella hizo una rápida reverencia. —Mi señor y mi señora, sus baños están listos. Si me siguen, por favor.

Drew se puso de pie, ofreciéndole su brazo para que lo tomara. Sin pensarlo, lo aceptó. Realmente se preguntaba si lograría subir las escaleras, tan cansadas estaban sus piernas.

—Un baño pronto te repondrá, y podrás planear y seguir adelante con tu vida —susurró él, sus palabras rozando su oído y provocando un escalofrío en su piel. Su mera cercanía le hacía cosas extrañas, cosas que nunca antes había experimentado.

No es que tuviera mucha experiencia con hombres. Ciertamente, nadie podía cortejarla siendo la princesa heredera del trono de Atharia. Su matrimonio sería, en cierto sentido, elegido por lo que fuera mejor para el país, no tanto por su corazón.

Si tuviera que elegir un marido por sí misma, podía imaginarse escogiendo a alguien como Drew. Era amable y cariñoso, dos rasgos muy importantes para ella, y además, como valor añadido, extremadamente apuesto. Paseó su mirada por su perfil. Su rostro era de los que hacían revolotear corazones y abanicos en la sociedad, sin duda. Holly sonrió un poco, incapaz de ocultar el hecho de que estaba feliz de tener que fingir estar casada con el caballero. Disfrutaría sus pocas semanas siendo su esposa, solo de nombre. Para probar una vida que de otro modo le estaría vedada. Una vida normal, como la esposa de un hombre de campo.

—Empezaré con mis cartas a primera hora de la mañana. —Llegaron al primer piso y siguieron a la doncella por un pasillo largo y ancho. Múltiples puertas se abrían a ambos lados del corredor, habitaciones privadas o salones, Holly no lo sabía. Llegaron a mitad del pasillo, y la doncella se volvió, señalando una habitación—. Hemos asignado a Jane para usted, mi señora. Será su doncella personal y puede ayudarla a bañarse si lo desea.

—Gracias. —A regañadientes, Holly soltó el brazo de Drew, dirigiéndose a la habitación con

papel tapiz de seda verde y muebles de caoba oscura. Era una impresionante suite de invitados y la hizo preguntarse cómo serían las habitaciones ducales.

La puerta se cerró tras ella, pero no le importó. Todo en lo que su mente podía concentrarse era en el baño profundo y humeante que habían subido y colocado frente al fuego.

La doncella hizo una reverencia, sonriendo. —Soy Jane, mi señora. ¿Le gustaría que la ayudara con su vestido?

—Sí, gracias —dijo, acercándose al baño y al calor del fuego. Holly se dio la vuelta, y Jane hizo un rápido trabajo con los ganchos y ojales en la espalda de su vestido, dejando que su vestido de muselina estampada cayera al suelo. Su enagua y corsé fueron los siguientes, seguidos por su camisa, medias de seda y zapatos planos de cuero. Todos estaban arruinados y más allá de la limpieza o reparación.

Holly se agarró a la bañera, entrando en el agua caliente, y un escalofrío recorrió su columna. El calor la envolvió mientras se hundía en la bañera, un suspiro de deleite escapó de ella cuando el agua acarició su piel fría y sucia.

—¿Le gustaría que le lavara el cabello ahora, mi señora, o lo dejo para después de llevar estas ropas a la lavandería?

—Después, gracias —dijo, hundiéndose en el agua hasta la barbilla, el calor del fuego esparciendo una cálida luz dorada por la habitación. Qué diferente sería esta noche de la anterior. Dormir en una cama, cálida bajo una montaña de mantas, era algo que ansiaba después de los difíciles días pasados.

Poco después, Jane regresó, con un puñado de vestidos y camisones de seda doblados sobre su brazo. Holly se volvió para mirar los vestidos. —¿De dónde has sacado esos? —preguntó, desconcertada.

—Tuvimos invitados la semana pasada, mi señora, y la hija del invitado de Su Gracia, la señorita Myrtle Landers, dejó estos vestidos. Su Gracia me ha dado permiso para que los use, ya que es poco probable que la señorita Landers vuelva a recogerlos.

Holly frunció el ceño. —¿Por qué no querría que le devolvieran sus vestidos? —Tomó el jabón y comenzó a lavarse los brazos, enjabonando su piel hasta que una espuma blanca y espumosa cubrió sus brazos y manos.

—Se fugó con un caballero que no era su igual, así que probablemente no la veremos de nuevo —dijo la doncella, encogiéndose un poco al dar la información.

—Bueno, esa es ciertamente una respuesta que no esperaba que me dieras. ¿Por qué estaba aquí la señorita Landers? —preguntó, curiosa sobre la mujer.

Jane se movió inquieta, colocando la ropa interior de seda sobre la cama. —Su Gracia, creo, deseaba que Lord Balhannah se casara con la señorita Landers, pero por supuesto, eso fue antes de que supiera de usted, mi señora.

Hmm. Qué interesante pedazo de chisme. —¿Lord Balhannah no conocía a la señorita Landers? ¿O se conocían bien?

—Oh no, su señoría conocía bien a la señorita Landers. Pasaron gran parte de su infancia aquí, según me han dicho. El duque y el padre de la señorita Landers eran amigos cercanos. Se cree que la señorita Landers huyó y se casó en secreto. En la prisa del padre por seguir a su hija, algunas de las cosas de la señorita Landers quedaron atrás. Espero que no le importe usar sus vestidos.

—En absoluto —aseguró Holly a la doncella. La joven con un pulcro vestido negro y blanco se afanó por la habitación, colocando más leña en el fuego y lavando el cabello de Holly antes de salir para darle más tiempo a solas.

Holly se reclinó en el baño, cerrando los ojos. Era tan pacífico aquí, y hermoso, los jardines eran casi tan bellos como los suyos, o al menos los que había visto a su llegada lo eran.

Mañana, después de escribirle a Marco, le pediría a Drew que la llevara por los alrededores y hasta la playa. Si tenía que quedarse aquí durante varias semanas, necesitaba familiarizarse con la disposición del terreno, ver dónde podría esconderse si ocurría lo peor aquí, o dónde podría huir si fuera necesario.

Un cosquilleo de movimiento recorrió su brazo, y Holly se quedó quieta, abriendo los ojos para ver una gran araña gris posada en su carne. Sin pensarlo, gritó y se puso de pie, sacudiendo a la pequeña bestia hacia el otro lado de la habitación.

Se oyeron pasos fuera en el pasillo antes de que Drew irrumpiera en la habitación, con una toalla alrededor de la cintura y nada más. Ella chilló, sumergiéndose de nuevo en el baño y cubriéndose con el agua lo mejor que pudo.

Drew ignoró su desnudez y se acercó a la bañera, mirando alrededor de la habitación. —¿Qué sucede, Holly? ¿Hay alguien aquí?

Se le secó la boca mientras miraba la espalda de Drew, aún goteando agua de su baño. Tenía una espalda hermosa, fuerte y recta, con un pequeño lunar justo encima de la toalla. Se lamió los labios. ¿Cómo se sentiría su piel a lo largo de la columna? ¿Sería suave y flexible como parecía? Estaba bronceado allí, no blanco pálido como tantos ingleses, más en sintonía con su propia gente que pasaba mucho tiempo al aire libre.

—No hay nadie aquí, Drew. Una araña aterrizó en mi brazo y entré en pánico. Nunca me han gustado mucho.

Entonces él se giró, y sus ojos se agrandaron antes de volver a darse la vuelta, dándole la espalda. —Perdóneme, Alteza. No era mi intención mirar.

Si las palabras pudieran sonar como un gesto de dolor, las de Drew ciertamente lo hicieron. Ella sonrió ante su incomodidad, feliz al menos de estar de vuelta en la bañera donde el agua jabonosa le daba algún medio de modestia. —Haz que mi doncella regrese a atenderme y todo estará bien. Gracias por venir a rescatarme, sin embargo. Fuiste muy rápido.

Él se rio, el sonido autodespreciativo. —De nada. Te veré en nuestras habitaciones en breve.

Holly permaneció en la bañera hasta que su doncella regresó y la ayudó a salir para vestirse. Se cambió a un camisón de seda y una bata que la señorita Landers había dejado atrás, sin tener

otra opción. Le quedaba ajustado en el pecho, pero por lo demás le sentaba bien. Al parecer, ella y la señorita Landers tenían una estatura similar.

—Ahí está, mi señora, se ve hermosa —sonrió la doncella a Holly y caminó hacia la puerta, abriéndola—. ¿Debo mostrarle los aposentos ducales?

Los nervios revolotearon en su vientre, y se agarró el estómago; la idea de estar a solas con Drew, de dormir en la misma habitación, no por circunstancia o seguridad, sino por la charada que estaban representando, lo hacía todo más preocupante.

—Sí, gracias —dijo, con una voz mucho más firme de lo que se sentían sus rodillas—. Estoy lista para retirarme.

Drew caminaba de un lado a otro en las habitaciones ducales, esperando la llegada de Holly. Santa condenación, la había visto desnuda y maldita sea si no era tan perfecta como pensaba que sería. ¡Una araña! Una araña de todas las cosas había causado que mostrara la primera grieta en su armadura, y maldita sea si no la hacía el ser más adorable que jamás había contemplado.

Se dirigió a la licorera de brandy que su padre guardaba en sus antiguas habitaciones y se sirvió una copa. Necesitaría toda la fortificación posible después de tener la visión de ella grabada en el reverso de sus párpados.

La curva de su trasero, las largas piernas que se asentaban bajo esa carne tonificada y redondeada. Su cintura delgada que había querido estrechar contra la suya y deleitarse con la sensación de su piel. Drew tragó saliva, tomando un respiro calmante. Pero fueron sus pechos los que lo deshicieron, ni grandes ni pequeños, eran un hermoso puñado, y caían contra su pecho como lágrimas.

Nunca olvidaría lo perfecta y dulce que se veía, cómo sus ojos estaban brillantes y grandes por el susto, cómo no le había importado ni un ápice que la hubiera visto desnuda... hasta que sí le importó.

Drew sacudió la cabeza y fue a sentarse en el diván, pasándose las manos por el cabello. Necesitaba controlarse. Ella no era una heredera o debutante a quien había salvado de un sinvergüenza, muy parecido a él mismo, sino una princesa heredera. Una futura reina que estaba muy fuera de su alcance.

Sus ojos se dirigieron a la cama, burlándose de él que ella estaba efectivamente fuera de su alcance, pero en este momento, durante varias semanas estaría bien dentro de su alcance. ¿Cómo iba a ocultar su creciente atracción por esta mujer? ¿Cómo no resbalar y mostrarle que no volvería a sus costumbres de libertino e intentaría seducirla mientras estuviera aquí?

Holly confiaba en él, y necesitaba asegurarse de nunca mostrarle cuánto su cercanía, conversación inteligente o labios perfectos y generosos le hacían desear cosas que no debía.

La puerta se abrió, y él se puso de pie, haciendo una reverencia. —Mi señora —dijo, acercándose a la puerta y cerrándola al mundo exterior. Echó el cerrojo, esperando que la doncella entendiera su necesidad de privacidad. En realidad, simplemente quería cerrarla y mantenerla tan segura como pudiera. No es que un cerrojo pudiera mantener fuera a los hombres

de su tío si asaltaran Sotherton, pero los retrasaría un tiempo.

—Estos son los aposentos ducales. ¿Espero que sean de su agrado?

Holly entró en la habitación, inspeccionando la cama que sería suya, el diván y el fuego rugiente en la chimenea. Caminó hacia el armario y hacia la habitación más allá que era la cámara de baño.

Volvió a la habitación, con un pequeño ceño fruncido. —¿No hay una suite contigua que tu madre habría usado? Solo veo donde nos bañaremos.

—El matrimonio de mis padres fue por amor, y no dormían separados. Padre hizo convertir la habitación en una cámara de baño y la puerta al pasaje está oculta desde el exterior. Parece un panel en la pared. Siempre está cerrada con llave y solo se puede abrir desde el interior.

—No recuerdo a mi madre, pero mi padre la apreciaba mucho por lo que reveló durante nuestra infancia. Falleció al nacer mi hermana menor —se aventuró Holly.

—Lamento que ya no esté con vosotros. Imagino que te pareces mucho a ella.

—Tal vez —dijo, pasando la mano por la colcha de terciopelo púrpura oscuro—. Los cuadros dirían que me parezco a mi padre, pero espero que haya un poco de mi madre en mis rasgos.

—Estoy seguro de que lo hay. —Drew agitó el vaso en su mano—. ¿Te gustaría un brandy antes de acostarte?

Ella arqueó una ceja, acercándose a él con paso desenvuelto. —¿Te asusto tanto, mi lord, que requieres licores?

—Por supuesto que no —mintió, volviéndose para servirle una copa antes de que notara el calor que florecía en sus mejillas. ¿Qué tenía esta mujer que lo ponía nervioso? Era de la realeza, sí, pero aun así, él era un lord, un futuro duque, no estaban tan alejados en la esfera social como para que ella lo convirtiera en un desastre balbuceante, pero lo hacía. Supuso que era la primera mujer que disfrutaba estar cerca más que la mayoría y era directa, opinada y capaz. Todas grandes cualidades que un hombre buscaría en una esposa, él ciertamente, pero ella era intocable, prohibida para él.

Quizás era eso.

Drew respiró hondo para calmarse, dedicándole una sonrisa afable mientras le entregaba el brandy. —Por el sueño —brindó—, que esta noche sea mucho más agradable que la anterior.

Ella sonrió, chocando su copa con la de él. —Eso, mi lord, es un brindis que vale la pena celebrar.

Bebió el líquido ambarino de un trago, luchando por no fijarse en su apariencia. Ella estaba vestida para dormir, el camisón y la bata de seda blanca le sentaban bien, haciéndola parecer aún más angelical que antes. Se le formó un nudo en la boca del estómago cuando ella terminó su bebida y se dirigió a la cama. Podía distinguir su figura desde atrás, su trasero perfecto y respingón, y su espalda recta. Su larga melena chocolate en la que quería enredar sus dedos con pasión.

Se dio la vuelta, dirigiéndose al diván. Sin pensarlo, desabrochó bruscamente los botones de

sus calzones y se bajó los pantalones, quedándose solo con la camisa. Un pequeño jadeo, apenas audible, sonó detrás de él, y se dio cuenta de que quizás debería haberse quedado vestido, ya que estaban solteros y a solas.

En lugar de disculparse, se subió al diván, de cara a la hilera de ventanas, con las pesadas cortinas de brocado cerradas para la noche. —Buenas noches, Holly —dijo, mirando fijamente las cortinas como si fueran a salvarlo de sí mismo y de lo que empezaba a sentir por esta mujer bajo su cuidado.

—Buenas noches, Drew —susurró ella con una voz cansada y ronca que hizo que se le acelerara la sangre. Le recordaba a cómo sonaban sus amantes después de un buen y satisfactorio revolcón.

Cuanto antes escribiera a su guardia en Londres y consiguiera un barco para llevarla de vuelta a Atharia y verla instalada como reina por derecho propio, mejor. Que se quedara aquí solo llevaría a más problemas. No del tipo violento que su tío provocaba, sino del corazón, y de eso, Drew estaba seguro, Holly no buscaba problemas en absoluto.

CAPÍTULO DIEZ

HOLLY DESPERTÓ TARDE la mañana siguiente, con el sol ya alto en el cielo. Se incorporó, con la ropa de cama esparcida por toda la cama como si hubiera pateado y dado vueltas toda la noche. Aunque no recordaba haberlo hecho.

Su mirada se dirigió automáticamente hacia el diván. La decepción la invadió al verlo vacío, con las mantas que Drew había usado cuidadosamente dobladas sobre el pie de su cama para ocultar el hecho de que no habían dormido juntos.

El aroma del té captó sus sentidos y se volvió para mirar la mesita de noche, descubriendo la infusión caliente y humeante. El personal aquí era muy eficiente.

Holly terminó sus abluciones matutinas con la ayuda de Jane. Poco después, bajó las escaleras en busca de Drew. Encontró tanto al duque como a Drew en el comedor almorzando. Ambos hombres se pusieron de pie, haciendo una reverencia a su llegada, y ella entró, sentándose junto a Drew. Supuso que, como su fingida esposa, eso era lo que debía hacer.

—¿Ha descansado bien, Holly? —preguntó el duque, sonriendo para darle la bienvenida—. Por favor, traigan el almuerzo para Lady Balhannah.

El estómago de Holly se contrajo al recordar que no había comido mucho en los últimos dos días. Le pusieron delante un plato de carnes frías y queso, junto con otra tetera. Después de sus días en el camino, el pan fresco, las carnes y el queso eran bienvenidos. —¿Podría utilizar su biblioteca esta tarde, Su Gracia? Tengo correspondencia que atender.

—Por supuesto —dijo él, con los ojos brillantes mientras los observaba a ella y a Drew—. Debo felicitarlos nuevamente por su matrimonio. Me hace muy feliz ver a mi hijo tan bien establecido y con una mujer tan hermosa.

Drew se aclaró la garganta, moviéndose en su silla, pero no se aventuró a decir nada. No es que ninguno de los dos pudiera explicarle al duque lo que realmente estaba sucediendo bajo su techo. —Yo también estoy feliz —dijo Holly, sin faltar completamente a la verdad con sus palabras. La casa era muy cómoda, más que la de Lord Bainbridge, y el duque era agradable, el personal más que complaciente.

—Mencionó que su familia está emparentada con Lord Bainbridge. ¿Tienen una finca en Inglaterra? ¿Estarían dispuestos sus padres a venir aquí y reunirse con nosotros? Me gustaría

darles la bienvenida tanto a usted como a su familia cuando crean que puedan asistir.

Holly deseaba que sus padres pudieran visitar al duque. Supuso que debía apegarse a la verdad lo más posible si tenía que mentirle al caballero. —Si hubieran podido, no tengo duda de que les habría encantado conocerlo, Su Gracia, y a Drew también, pero no pueden. Ambos han fallecido, mi padre a principios del año pasado, mi madre hace muchos años.

El duque se recostó en su silla, con los ojos velados de bondad. —Lo siento mucho, Holly. Eso debe ser muy duro. ¿Tiene hermanos?

—Sí, Su Gracia. Dos hermanas menores —Holly se llevó a la boca un trozo de jamón y queso, saboreando el gusto.

—Muy bien, en efecto —El duque sonrió a Drew, con una luz traviesa en sus ojos—. Tendremos que encontrarles maridos a ambas en la próxima Temporada. Drew es amigo de muchos caballeros que les convendrían muy bien. ¿No lo crees, hijo mío?

—Yo... Bueno, estoy seguro de que las hermanas de Holly son más que capaces de elegir a sus maridos, Padre —dijo, bebiendo de una pequeña taza de porcelana llena de café.

—Ciertamente lo son —se aventuró a decir, respondiendo a la afirmación de Drew—. Pero si asisten a la Temporada, me aseguraré de utilizar los contactos de Drew. Tal vez haya un diamante entre toda la pasta que les convenga.

El duque se rió, y Drew le lanzó una mirada curiosa. Holly sonrió, encogiéndose de hombros. ¿Qué daño hacía seguirle la corriente al duque con sus ideas para sus hermanas? Dos mujeres que probablemente nunca pisarían Inglaterra ni participarían en una Temporada. Estaban a salvo de los amigos pícaros de Lord Balhannah.

—Ahora que estás casado, muchacho, he tenido una idea. Necesito encargar un retrato de ustedes dos. El futuro Duque y Duquesa de Sotherton. Si tan solo tu madre estuviera aquí para verte establecido así. Le calentaría el corazón saber que eres feliz.

Holly observó cómo Drew extendía la mano, dando unas palmaditas a la mano de su padre que descansaba sobre la mesa. Aunque ella había amado a su padre, había poco afecto entre ellos o con cualquiera de sus hermanas. Las habían criado para ser firmes y de carácter fuerte, futuras líderes. Eso no significaba que no los amara, moriría por su futuro si fuera necesario, pero no había tenido padres afectuosos. Ver a Drew consolar a su padre, incluso de esta pequeña manera, dejó en su interior un anhelo que no pensó que experimentaría. Cuando llegara el momento, lucharía por estar cerca de sus hijos, estar ahí para ellos cuando necesitaran su apoyo y mostrarles afecto y amor.

—Soy feliz, Padre —Drew se volvió, lanzándole una sonrisa traviesa. Su estómago se contrajo, y solo pudo sentir lástima por las mujeres que habían caído ante un rostro tan apuesto. Cuando lo deseaba, Drew podía sacar el agua del mar, estaba segura. Pícaro y guapo sinvergüenza.

Terminaron su comida, hablando de nada en particular. Drew deseaba inspeccionar los terrenos, asegurarse de que todo estuviera como debía. Sin duda para garantizar su seguridad y

bienestar mientras estuviera allí. Si seguía tratándola tan bien, bien podría terminar quedándose aquí para siempre, porque ¿quién en su sano juicio se alejaría de un hombre así, de una vida así en el campo?

Una princesa lo haría. Una futura reina lo haría.

Holly escribió la carta requerida a Marco después del almuerzo, notificándole de sus problemas en la finca de Lord Bainbridge y su apresurada retirada. Preguntaba por noticias de Niccolo y si se había reagrupado en la ciudad con los hombres sobrevivientes. Le indicaba a su guardia que viniera a la finca de Lord Balhannah por mar y atracara en la bahía para que ella pudiera viajar a Atharia. Quedaban solo siete semanas y un poco más antes de su vigésimo primer cumpleaños, y tomaría algún tiempo para que Marco consiguiera una embarcación y navegara por la costa desde Londres hasta el condado de Suffolk. Para cuando Marco llegara, podría ser casi el momento de partir.

Al menos su tío no había logrado lastimar a todos en la finca de Lord Bainbridge. Una pequeña misericordia. Su siguiente carta fue para su señoría, informándole de los problemas que había encontrado y que recompensaría a su señoría por cualquier reparación que fuera necesaria después del ataque. También advertía a su señoría en la carta que tuviera cuidado y no dejara salir a Lady Mary sola sin su supervisión, en caso de que su tío intentara atacarla a través de sus amigos.

No le sorprendería que su tío fuera tan ruin y cruel.

Con las cartas escritas, las selló y colocó las misivas en la bandeja de plata sobre el escritorio del duque. Con los secuaces de su tío desconociendo su paradero, estaría segura aquí, y el correo que saliera de la finca no sería interceptado. Todo estaría bien. Tenía que creer eso.

Holly se puso de pie y se dirigió hacia la puerta justo cuando un ligero golpe le alertó de que alguien se unía a ella. Una sonrisa se deslizó en sus labios cuando el apuesto rostro de Drew se asomó por la madera. —Justo la mujer que deseaba encontrar. ¿Te gustaría dar un paseo por los jardines? Has estado aquí dentro por bastante tiempo.

—Me encantaría —Holly recogió su chal que había dejado sobre una silla cercana y pasó junto a Drew, quien sostenía la puerta abierta para ella. Él caminó a su lado, tomando su brazo y colocándolo sobre el suyo.

Su facilidad para tocarla, de querer estar cerca de ella, era tan diferente a lo que estaba acostumbrada. Los hombres, ni siquiera los de su posición, se atrevían a tomar su brazo y colocarlo sobre el suyo. Siempre había que adherirse al protocolo y la etiqueta correctos. Era agradable ser tratada como una dama a la que su señoría podría estar cortejando en la ciudad. No como una princesa nacida para ser reina.

Salieron de la casa por los escalones frontales y comenzaron a caminar por el largo camino de grava. Holly podía oír las olas rompiendo contra la orilla en la distancia, y el aire tenía un distintivo aroma a sal. Al igual que la finca de Lord Bainbridge, Sotherton le recordaba a su hogar isleño.

—¿Pudiste completar tu correspondencia?

—Lo he hecho, sí, gracias. Ahora debo esperar para escuchar cualquier noticia. Espero que sea mejor de lo que temo. No estoy segura de qué haré si Niccolo no regresó a Londres y buscó a su hermano.

—Si has perdido a todos los que están aquí para protegerte y verte regresar a Atharia para convertirte en reina, ¿qué harás?

Era una pregunta que Holly se había estado haciendo durante algunos días. ¿Qué pasaría si todos aquellos de quienes dependía se hubieran ido, muerto o resultado heridos? Se mordió el labio, dándole vueltas a la idea en su mente, esperando que eventualmente tuviera algún sentido, alguna manera de avanzar.

—Podría permitir que mi tío tomara el trono, renunciar a mi reclamo, abdicar.

Drew la detuvo, observándola atentamente. —¿Querrías hacer algo así? Si abdicas y él fallece, no podrías recuperar la corona, ¿verdad?

—Mi tío no tiene hijos, así que mi hermana, Alessa, se convertiría en reina, pero no es lo que deseo hacer. No entiendo por qué o cuándo mi tío se volvió tan cruel, pero debe ser detenido. Si puede tratar a su familia con tal desprecio y maldad, me estremezco al pensar lo que podría hacerle al pueblo. Aquellos que no tienen conexiones o riqueza para protegerse.

—Eres más que bienvenida a vivir aquí, por el tiempo que necesites, Holly —Drew envolvió su mano sobre la de ella en su brazo y comenzó a avanzar de nuevo—. Soy un hombre egoísta por decirlo, pero realmente disfruto tenerte aquí, y no soy un hombre conocido por tales sentimientos.

—¿En serio? —preguntó ella, levantando una ceja, curiosa—. ¿Qué tipo de hombre eres usualmente, Lord Balhannah?

—El tipo al que las mujeres llaman un libertino.

Ella se rio mientras él arqueaba las cejas. —¿Te gusta jugar con las mujeres, normalmente? ¿Engañarlas haciéndoles creer que las amas más de lo que realmente lo haces antes de descartarlas tan cruelmente?

—Ah, nada tan malo como eso, pero puede que robe un beso o dos. Una cosa de la que puedo dar fe, sin embargo, es que nunca me enredo con inocentes. De eso puedes estar segura.

—Eso es muy bueno de oír. Odiaría que mi esposo fuera un pícaro depravado —Su mano estaba cálida sobre la de ella, y su estómago revoloteó ante su cercanía. ¿Cómo sería ser besada por un hombre así? Ser su atención completa, sus deseos y necesidades.

—Nunca he sido besada —admitió, mirando hacia adelante a los grandes robles que bordeaban el camino—. Las mujeres como yo no besan a hombres en bailes y fiestas a menos que queramos iniciar una crisis diplomática.

—Yo te besaría —Su voz profunda y áspera detuvo sus pasos. Holly miró hacia arriba, encontrándose con su mirada azul y entrecerrada. Su atención bajó a sus labios, y ella tragó su miedo. Sabía que al pronunciar las palabras, al admitir cuán inocente era, una pequeña parte de

ella esperaba que él se ofreciera a tomar su primer beso.

El aliento en sus pulmones se detuvo cuando él inclinó su cabeza. —Última oportunidad, Holly, antes de que te bese.

Ella inclinó su cabeza hacia atrás, levantando su barbilla. Sus palabras, tan bajas como eran, sonaban como un desafío. Como si no creyera que ella seguiría adelante con su sutil petición. —Creo que puedo sobrevivir a un beso tuyo, Drew. Se supone que los hombres y las mujeres deben besarse, después de todo.

—Sí, lo son —gruñó él, cerrando el espacio entre ellos y posando sus labios sobre los de ella.

CAPÍTULO ONCE

EL PLACER PULSABA por la sangre de Drew con su primer sabor de Holly. Jamás en su vida había sentido unos labios tan suaves y dóciles. Unos labios que se movían como un reflejo de los suyos y le besaban con tal dulce inocencia que le dolía. Sosteniendo su rostro entre las palmas de sus manos, profundizó el beso. La mantuvo encerrada en su abrazo para saborear el gusto de tenerla entre sus brazos.

Era dulce, tal como sospechaba que sería. Luchó contra el impulso de besarla como besaría a una amante, profunda y minuciosamente, salvaje y desenfrenadamente. Estaba jugando con fuego al besar a una mujer tan fuera de su alcance. Era algo absurdo y loco de hacer. Nada podría surgir entre ellos, él se casaría con una dama, y ella con un príncipe. No podían casarse entre sí.

Aun así, cuando las manos de ella se posaron sobre sus hombros, deslizándose para aferrar el cabello de su nuca, el pequeño hilo de contención que lo mantenía en su lugar se rompió.

Drew inclinó la cabeza de ella y lamió su labio inferior. Ella jadeó, sus ojos se abrieron de par en par, mirándolo con asombro. Él aprovechó su sorpresa, besándola firmemente y entrelazando su lengua con la de ella. Holly dejó escapar un pequeño sollozo de asombro, y la mente de Drew dio vueltas.

¿Qué le estaba haciendo ella? Nunca un beso le había afectado tanto. Ya podía sentir sus manos temblar mientras sostenía su dulce rostro. Había querido besarla durante días. Demonios, tal vez incluso desde el primer momento en que la vio cuando lo salvó, por nebuloso que fuera ese recuerdo.

Ella dio un paso hacia su abrazo, su cuerpo encontrándose con el de él, y Drew se perdió. Rodeó su espalda con los brazos. Los senos de Holly rozaban su pecho a través de la seda de su vestido. Eran suaves, sus pezones endureciéndose hasta rozar su pecho.

Su miembro se puso en alerta y él se apartó bruscamente, con la respiración entrecortada. Drew la miró fijamente, inseguro de lo que acababa de suceder, pero ciertamente no estaba listo para llevar ese beso más lejos. Los ojos de Holly estaban abiertos de par en par y nublados por una lujuria que nunca pensó ver. Ambos habían sido afectados por ese beso, y vaya beso que fue.

Tomó un respiro para calmarse, pasando su mano por su cabello, una risa saliendo de entre sus labios. —Bueno, Alteza, ¿qué le pareció su primer beso? —preguntó, llevándolos de vuelta

al punto de que solo era un gesto amable de su parte darle lo que ella había pedido.

Ella lo miró fijamente durante lo que pareció una eternidad antes de decir: —Temo que nunca lo olvidaré, mi señor. Bastante satisfactorio, en efecto.

Él esperaba que ella no lo olvidara, pues él también siempre recordaría haberla besado. Drew reunió sus nervios destrozados y señaló hacia el sendero. —¿Continuamos con el recorrido?

—Sí, continuemos —dijo ella.

Drew la miró de reojo, sin pasar por alto la irregularidad de sus palabras. El silencio se instaló entre ellos, incómodo y extraño, y él comenzó a recitar los nombres de los árboles, las plantas, y a presentarle a los jardineros con los que se encontraban; cualquier cosa menos mencionar o discutir lo que acababa de pasar entre ellos.

No estaba seguro de qué había sido ese algo, pero por Dios que quería hacerlo de nuevo. Más incluso. Ella lo tentaba como nadie lo había hecho antes. Su facilidad con el personal de la finca le mostró a Drew qué tipo de mujer era ella para su gente. Escuchó mientras Joe, su jefe de caza, hablaba de cazadores furtivos y la cantidad de faisanes bajo su cuidado. Holly mantuvo la mirada del hombre mayor durante la breve conversación, escuchó y le hizo preguntas, demostrando que estaba interesada.

Drew dudaba que cualquier dama de su conocimiento en Londres se preocupara por lo que el jefe de caza tuviera que decir. Las mujeres que conocía podrían decir que disfrutaban de un paseo por los terrenos, remar o montar a caballo, pero a veces se preguntaba si todo era una actuación, un juego de palabras para simplemente conseguir lo que querían: una corona de duquesa.

Holly no necesitaba su título ni su riqueza. Era una princesa heredera e inmensamente rica. De hecho, era algo embriagador, lo sabía, pues él era codiciado en Londres debido a quién era y lo que se le prometía heredar. No porque se preocuparan por él en absoluto.

Caminaron por los terrenos y se mantuvieron lo más cerca posible de la casa. Drew señaló dónde se encontraban los límites de sus tierras. Si quisiera mostrarle todo, tendrían que viajar a caballo, y en este momento, probablemente era más seguro permanecer cerca de la casa y lejos de donde otros pudieran ver y reconocer a Holly desde el pueblo.

—Ah, aquí están los dos —dijo su padre, encontrándose con ellos en la terraza mientras subían los grandes escalones de piedra, habiendo terminado el recorrido—. Esperaba encontrarlos aquí. Entren, hay un caballero aquí para verte, Holly.

Ella lanzó una mirada sobresaltada a Drew, y él fue a pararse a su lado, tomando su mano. —¿Cómo es, padre?

—Bueno —dijo su padre, frunciendo el ceño—. Un caballero alto y musculoso, de cabello oscuro, piel bronceada, que frunce mucho el ceño. Preguntó por la señorita Holly Devereux. Por supuesto, corregí tu nombre, querida. Ya no eres señorita sino marquesa.

—Gracias —dijo Holly, sonriendo un poco a su padre, quien parecía ajeno a las corrientes subyacentes de inquietud que corrían por ambos—. Entraremos y nos reuniremos con el

caballero.

Entraron por el salón y se dirigieron a la biblioteca. Drew movió a Holly para que se parara detrás de él mientras abría la puerta de la biblioteca y suspiró aliviado cuando reconoció el rostro ceñudo de Niccolo.

—Niccolo —respiró Holly, pasando junto a Drew y acercándose a su guardia—. ¿Qué te sucedió? ¿Dónde están todos?

Niccolo lanzó una mirada molesta a Drew cuando cerró la puerta pero permaneció con ellos. —Todos están a salvo excepto Lorenzo, que murió. Lo hemos enterrado en los terrenos de Bainbridge con una bonita vista de las tierras. Me ha llevado varios días rastrearlo. ¿Por qué no me esperaste en la cabaña del pastor?

—Esperamos, pero huimos porque no teníamos comida ni nada para mantenernos calientes. No podíamos esperar más de una noche.

—¿Y pensaste en huir aquí? —Las palabras de Niccolo resumaban condescendencia, sus ojos entrecerrados sobre Drew le decían todo lo que necesitaba saber sobre el hombre. A Niccolo no le agradaba y, por lo que parecía, tampoco confiaba en que Holly estuviera bajo su cuidado.

—Drew es el marqués de Balhannah, futuro duque de Sotherton. Estoy a salvo aquí con él y su padre, el duque. Todos estaremos seguros aquí hasta que partamos hacia Atharia.

—Necesitamos contactar a Marco para que consiga un barco y hombres.

—Ya lo he hecho —dijo Holly, caminando alrededor del escritorio y sentándose en la silla de su padre. Drew se sentó en la silla frente a ella, preguntándose si siquiera se daba cuenta de lo que había hecho. Que sin permiso, se había sentado en una silla ducal, en el escritorio privado de su padre donde podría haber todo tipo de correspondencia.

Contuvo una sonrisa, admirando su espíritu fuerte y dominante. Era una maravilla y una a la que podía admitir sin vergüenza que le gustaba mucho.

Quizás incluso demasiado.

—No sabemos si este hombre no trajo a vuestro tío a nuestras puertas, Alteza. ¿Cómo sabéis que podéis confiar en él? Incluso ahora —dijo Niccolo, lanzando una mirada mordaz a Drew—, podrían estar en camino hacia aquí. Listos para causar estragos y matar a quienes se interpongan en su camino.

—Drew no trajo a los hombres de mi tío a nuestra puerta. Conozco la razón por la que Lord Balhannah llegó a la orilla en la finca de Lord Bainbridge, y no es por mi familia. Por favor, respeta a Lord Balhannah, Niccolo. No tenía que quedarse y mantenerme a salvo como lo hizo. Podría haber huido y salvado su propio pellejo.

Poco convencido, Niccolo frunció los labios en una línea de desagrado, antes de decir:

—Vuestro cumpleaños es en poco más de siete semanas. Si Marco recibe vuestro mensaje la semana que viene, tendremos el barco aquí en quince días. Sugiero que zarpemos hacia Atharia, que abandonemos Inglaterra mientras vuestro tío aún os está buscando y cree que estáis aquí. Para cuando lleguemos, vuestro cumpleaños será inminente.

—¿Qué sugieres que haga a mi regreso? No puedo simplemente entrar en el palacio y quitarle la corona de la cabeza a mi tío.

Niccolo caminaba de un lado a otro frente al escritorio. El hombre era todo músculo, rezumaba ira y conflicto, y aun así incluso Drew podía ver cuánto respetaba a su futura reina y moriría luchando para mantenerla con vida.

—La familia Medici en el norte de la isla no está de acuerdo con el gobierno de vuestro tío. Los informes que habéis leído vos misma indican que Alessandro Medici ha estado ganando apoyo para derrocar al regente en vuestro favor, incluso antes de que alcancéis la mayoría de edad. Podríamos viajar a su finca, ver si nos ayudarían.

—Los Medici a menudo han estado en desacuerdo con la corona. No leería demasiado en tener su apoyo.

—La mañana del ataque, me llegó información sobre la princesa Alessa. Me dirigía a informaros de estas noticias cuando fuimos atacados.

Un escalofrío recorrió la espalda de Drew, y se preparó para escuchar lo que Niccolo tenía que decir.

—¿Qué le pasó a Alessa? —exigió Holly, clavando sus ojos salvajes y temerosos en su guardia.

—El rumor en la corte ha sido que el Lord Wyatt Cecil, conde de Douglas, de visita desde Inglaterra, estaba cortejando a la princesa.

—¿Wyatt estaba en Atharia? —preguntó Holly.

—Sí, Alteza —dijo Niccolo, asintiendo ligeramente—. Vuestro tío se enfureció cuando se enteró de que la princesa Alessa era favorable al interés de su señoría. La avergonzó ante la corte, la llamó ramera para la lujuria de los hombres.

Holly jadeó, sus ojos brillantes con lágrimas contenidas.

—¿Y qué fue de Alessa después de esta vergüenza?

Niccolo miró por la ventana, pareciendo incapaz de sostener la mirada de Holly.

—La ha expulsado, según todos los informes. No sabemos dónde está. Los informes indican que ahora está haciendo todo lo posible por manchar también a la princesa Elena. La corte de los días de vuestro padre ya no existe, no hay lealtad ni etiqueta ni moral. Están empeñados en arruinar a vuestra familia, y vuestro tío no se detendrá ante nada para asegurarse de mantener la corona.

—Pagaré por tal crueldad. Pobre Alessa, cómo debe estar sufriendo.

—Conozco a Lord Douglas, es un hombre honorable. Se casará con vuestra hermana si eso es lo que se requiere para salvar su reputación. Si la estaba cortejando, creo que sus intenciones eran nobles.

—¿Como las vuestras, mi lord?

Drew frunció el ceño mirando a Niccolo.

—¿Cuál es tu punto? —preguntó, sin que le gustara el tono acusador del hombre.

—Os vi hoy, en la entrada principal, donde cualquiera podría haberos visto, un plebeyo, besando a la Princesa Heredera. ¿Cómo os atrevéis a tocar un solo cabello de Su Alteza?

Drew se puso de pie, poniéndose al nivel de los ojos del guardia.

—Puede que protejas a la princesa, pero no eres su dueño. Es una mujer independiente con una mente propia. Si desea besarme, no se lo negaré.

Los ojos de Niccolo se estrecharon.

—No sois digno de ella.

Drew se acercó más.

—Eso no te corresponde decidirlo a ti —dijo, su voz dura con un filo de acero. Puede que no ganara una pelea contra este titán, pero lo intentaría con todas sus fuerzas antes de rendirse.

—Basta —dijo Holly, su voz cortante y severa—. Estoy aquí bajo el disfraz de esposa de Lord Balhannah, Niccolo, y como tal, yo también debo desempeñar mi papel. Mis acciones aquí son mías, y mías para decidir. No juzgues ni interfieras de nuevo. ¿Entiendes?

Niccolo se inclinó.

—Por supuesto, Alteza. Perdonadme.

Holly se volvió hacia Drew.

—No discutas con mis guardias, milord. No necesito que pierdan la paciencia contigo y tener tu muerte en mi conciencia también. Mi vida en este momento es lo suficientemente complicada sin añadir más problemas.

Drew volvió a sentarse, no del todo seguro de que le gustara ser regañado como un niño. Aun así, podía ver el punto de Holly y no provocaría más al guardia. Tenían un trabajo que hacer, un plan que poner en marcha, discutir entre ellos no resolvía nada.

—Esperaremos a Marco y al barco que me llevará a casa. Desde allí, viajaremos a la finca de los Medici, aseguraremos hombres que lucharán en mi nombre y nos enfrentaremos a mi tío.

—¿Y qué hay de él? —soltó Niccolo, su voz burlona—. No puede venir con nosotros.

Drew entornó los ojos hacia el hombre, su último nervio a punto de romperse con el tipo.

—Lord Balhannah se ha ofrecido a ayudar. Puede ser útil con las familias nobles inglesas que están visitando Atharia. Es posible que mi tío esté menos inclinado a iniciar un conflicto si hay personas que volverán e informarán de sus acciones a otros en la alta sociedad y círculos reales.

Niccolo pareció aceptar la explicación. Aun así, a Drew le importaba un bledo lo que el hombre pensara de él o de su deseo de ayudar a mantener a Holly a salvo. Él se aseguraría de que regresara a casa sana y salva y fuera coronada. Si había de hacer una cosa honorable en su vida, sería esta.

El duque entró paseando en la habitación, deteniéndose cuando vio a los tres: Holly detrás del escritorio, su guardia cerniéndose sobre todos ellos, y Drew sentado. Drew solo podía imaginar lo que su padre estaría pensando. ¿Quién era este coloso de hombre que había venido a quedarse aquí? ¿Y por qué Holly estaba sentada detrás de su escritorio como si estuviera comandando un ejército?

No muy lejos de la verdad, reflexionó Drew.

—Me disculpo, pensé que habíais terminado aquí, querida.

—No, por favor quédese, Su Gracia —Holly se levantó, rodeando el escritorio. Drew se puso de pie también y se quedó quieto cuando ella se acercó a él, rodeándole la cintura con el brazo y manteniéndolo cerca—. Su Gracia, ¿me permite presentarle a Niccolo, mi sirviente que se separó de nosotros durante nuestra escaramuza con los bandidos? Con su permiso, esperaba que le permitiera quedarse por varios días.

El duque miró a Niccolo de arriba abajo, sus ojos abriéndose más a medida que asimilaba la estatura del hombre.

—Por supuesto, eres bienvenido a quedarte. Haré que te preparen una habitación en los aposentos de los sirvientes.

Niccolo hizo una reverencia.

—Gracias, Su Gracia, es muy amable.

—Tonterías —dijo el duque, desechando las preocupaciones del guardia con un gesto—. Lo que sea que mi nueva nuera quiera o necesite, nos esforzaremos por conseguirlo para ella. Nada es demasiado para nuestra Holly.

Drew sintió que Holly se tensaba en sus brazos. Bajó la mirada hacia ella, aprovechando la oportunidad para besarla frente a su irritante guardia. Ella se sobresaltó al principio, pero pronto se derritió contra él, sus manos aferradas con fuerza a las solapas de su abrigo cuando él profundizó el beso.

Su padre rio entre dientes, y Drew estaba seguro de haber oído gruñir a Niccolo. ¿Acaso el hombre quería más de la princesa de lo que le estaba permitido? El pensamiento le hizo detenerse, y rompió el beso, encontrándose con la mirada ártica y mortífera del hombre por encima de la cabeza de Holly. Oh sí, quería más, y si el asesinato tuviera un rostro, Niccolo lo llevaba puesto.

CAPÍTULO DOCE

AL DÍA SIGUIENTE, Holly bajó a la playa con Drew, contemplando el mar esmeralda, sabiendo que en una o dos semanas, un barco entraría en la cala para llevarla a casa. Que Drew quisiera acompañarla y ayudarla era un gesto honorable que ella agradecía, pero también era peligroso. Su futuro, su vida en Atharia, eran inciertos, y poner en peligro a otros, personas que no tenían nada que ver en su lucha, le parecía incorrecto.

—Drew, ¿estás seguro de que quieres viajar conmigo a Atharia? Al hacerlo, te pondrás en peligro —pensar en que el hombre a su lado pudiera resultar herido dejaba un vacío en su alma. No deseaba ver a nadie lastimado. Drew era un caballero, un hombre sin demasiadas preocupaciones. Podía quedarse en Inglaterra y vivir su vida como si nada lo molestara o contradijera.

Su vida con ella sería complicada, y en algún momento, tendría que marcharse. La idea le dejaba un sabor amargo en la boca. Pensar en él regresando a Inglaterra, continuando con su vida sin ella, dolía, curiosamente. La injusticia de todo cuando él cortejara, se casara y eventualmente tuviera hijos con una mujer que no era ella.

Ella no se casaría por amor, pero Drew sí podría, y tras los últimos días fingiendo ser su esposa, la emoción que se arremolinaba en su interior no podía ser otra cosa que celos. Ser amada, besada cuando uno quisiera, tocada y conversar sin miedo ni reverencia era una vida que había llegado a disfrutar.

Quería más de lo mismo.

Las olas rompían contra la arena, recordándole su ubicación. —Hace calor hoy —Holly se quitó las zapatillas y con cuidado, sin mostrar demasiada pierna, se bajó las medias, colocándolas en sus botas—. ¿Me acompañas a la orilla del agua? Seguro será refrescante.

Drew, que estaba tumbado a su lado con un brazo perezosamente sobre los ojos, se incorporó. —Si así lo deseas —se quitó las botas, descartando sus medias a un lado. Se puso de pie, extendiéndole la mano—. Podemos nadar si quieres. Aunque es una cala profunda, es poco honda por un buen trecho.

—Oh no, no podría —incluso mientras Holly decía las palabras, le agradaba la idea. Nunca había nadado en el mar antes. Había caminado por las orillas de su hogar un millón de veces,

pero nadar no era un pasatiempo en el que una princesa participara.

—¿Y por qué no? No hay nadie aquí para verte, y yo te mantendré a salvo.

—No tengo nada que ponerme —señaló su vestido de muselina rosa claro—. Arruinaré uno de los pocos vestidos que tengo aquí en Sotherton.

—Mandaré traer más vestidos para ti —Drew la atrajo hacia la orilla—. Ven, vive un poco mientras puedas. Estoy seguro de que tales pasatiempos te estarán prohibidos cuando regreses a casa.

—No prohibidos, pero ciertamente mal vistos —Holly tomó la mano de Drew y caminó hacia la orilla. La arena, cálida bajo sus pies, le hacía cosquillas. El agua le llegó a los tobillos y rio, saltando por la sorpresa del agua fría.

—Está más fría de lo que pensaba —sonrió a Drew—. ¿Estás seguro de que es seguro nadar aquí? Nunca lo he intentado antes, verás.

—Te mantendré a salvo —dijo Drew, mirando las olas.

Holly se aferró a su mano, con nervios revoloteando en su estómago. Drew se detuvo cuando el agua le llegó a las rodillas, soltando su mano y quitándose la camisa por encima de la cabeza, arrojándola de vuelta a la orilla.

Se le secó la boca al verlo sin camisa. Habían pasado dos días desde que lo vio después de su baño, pero al aire libre, con el sol haciendo brillar su piel bronceada, los músculos de sus brazos y estómago flexionándose mientras caminaba y hablaba con ella, dejaron su mente dispersa.

¿Sabría él el efecto que tenía en las mujeres? ¿En ella?

Holly apartó la mirada de la V que se hundía bajo sus pantalones color canela y estudió las olas en su lugar, saltando un poco cada vez que una pasaba junto a ellos. El agua le llegaba al estómago, y rio, empujando su vestido hacia abajo cuando se hinchó alrededor de su cintura.

—Creo que esto es lo suficientemente profundo —dijo Drew, sumergiéndose completamente en el agua y volviendo a emerger frente a ella, pasándose la mano por el cabello y dándole una sonrisa pecaminosa.

Oh sí, el hombre sabía muy bien el efecto que tenía en las mujeres, y ella era una tonta por pensar lo contrario.

Holly lo estudió, sin esforzarse en ocultar que observaba cada parte de su perfecto ser. ¿Con cuántas mujeres habría estado este hombre? ¿Una o muchas, o, si tuviera suerte, ninguna? No le gustaba la idea de que hubiera estado con nadie. De alguna manera, en los últimos dos días, se había convertido en un pequeño demonio verde que quería mantener a este lord, su fingido esposo, para ella sola.

Una acción egoísta ya que él nunca podría ser suyo.

Supuso que podría tenerlo como amante una vez que se casara, pero eso no sería justo, y dudaba que su esposo apreciara el gesto.

Una gran ola se estrelló contra ambos, y Holly perdió el equilibrio, cayendo al agua. Luchó por recobrar el pie, pero su vestido y la siguiente ola impidieron su capacidad. El pánico se

apoderó de ella ante la idea de ahogarse, de dejar a su gente a merced de su tío loco, antes de que unos brazos rodearan su cintura y la sacaran del fondo marino.

Jadeó en busca de aire, tosiendo, sus manos aferradas a los hombros de Drew, el salvavidas que era.

—¡Holly! Lo siento, no vi esa ola traicionera.

Se limpió el agua de la cara, parpadeando para quitarse el escozor de la sal de los ojos. — Estoy bien, gracias a ti —otra ola pasó entre ellos, y Holly notó por primera vez lo lejos que estaban, más de lo que pensaba. Acortó la distancia entre ellos, rodeando su cuello con los brazos—. Gracias, Drew. Probablemente pienses que soy una tonta por no saber nadar. Una mujer que creció en una isla y no sabe nadar parece una tontería, ¿no?

—Jamás podría considerarte tonta —su voz se tornó grave y profunda. A Holly se le cortó la respiración como si estuviera bajo las olas otra vez. Su mente le gritaba que se alejara, que le pidiera ayuda para salir y vestirse, pero no pudo. Su corazón tenía otras ideas, y no había otro lugar donde quisiera estar más que en sus brazos.

Una ola la empujó contra él, y sus pechos rozaron su torso. Se le erizó la piel, mientras las manos de Drew le rodeaban la cintura, sujetándola con firmeza. Un calor se extendió entre sus piernas, y por primera vez en su vida, sintió como si su corazón fuera a estallarle en el pecho.

Algo era diferente hoy. Su cercanía, el roce de su piel, la suavidad del agua dejaron un dolor sordo en su vientre. Holly se mordió el labio, encontrándose con su mirada. Él la observaba, con la atención fija en sus labios. El pulso se le aceleró. ¿La besaría de nuevo? Oh, Dios mío, que la besara otra vez. Lo deseaba con una necesidad ardiente, a la vez extraña y bienvenida.

¿Por qué no tomar lo que quieres tú misma? ¿Por qué esperar?

El pensamiento cruzó su mente y, sin más deliberación, cerró el último resquicio de espacio entre ellos y lo besó.

Él se apoderó de su boca y, con un pequeño mordisco, le provocó el labio inferior. Holly jadeó y Drew aprovechó para profundizar el beso, tomando su boca una y otra vez, su lengua enredándose con la de ella, haciendo que perdiera el juicio.

Este beso era diferente al primero. Crudo y con una necesidad subyacente que ella también sentía y quería saciar. La besaba como si el acto lo mantuviera vivo, un beso de vida, lleno de fuego y necesidad. Con una audacia que no sabía que poseía, Holly se envolvió alrededor de él, enlazando sus piernas tras su espalda y lo besó. Su lengua se entrelazó con la de él, caliente y resbaladiza, sus bocas luchaban por el control, por el alivio.

Pero no llegaba. Si acaso, cuanto más se besaban, más ardía ella, su cuerpo encendido y temblando, anhelando al hombre que la sostenía con fuerza contra sí. Una de las manos de él se hundió en su cabello, atrayéndola más cerca. La acción fue audaz, fuerte y con una demanda subyacente que hizo que su corazón se elevara.

Nadie la había besado así jamás. La tenía cautiva y tomaba lo que quería. Lo que ella quería. Se quedó sin aliento cuando un gruñido de necesidad reverberó desde Drew. Sus besos no

cesaron. Bebía de ella como ella de él. Sus uñas arañaron los hombros de Drew mientras el calor lamía su piel, un dolor en su centro.

Había algo que quería, pero no podía nombrar. Cuanto más la besaba en el mar, con las olas pasando junto a ellos, ajenos a su entorno, más cambiaba su cuerpo, cobraba vida, anhelaba a otra persona, y no a cualquiera, sino a Drew.

Su agarre se intensificó y su mano se deslizó hasta sus nalgas. Con un perezoso apretón, amasó su trasero. Fue entonces cuando Holly sintió la dura línea de su deseo contra el interior de su pierna.

¿Había provocado ella eso en él?

Una sensación embriagadora la invadió, y se onduló contra su virilidad, su centro apretado contra el de él. Jadeó y se apartó para mirar a Drew cuando el placer resultó de su descaro. Sus ojos, entrecerrados, ardiendo de calor, le devolvieron la mirada. Su pecho subía y bajaba como si hubiera corrido una milla.

—Deberíamos parar, Alteza —dijo él, sin soltarla a pesar de sus palabras.

No es que Holly quisiera ir a ninguna parte. Quería más besos de Drew, más de su toque. Era una distracción que no sabía que necesitaba antes de convertirse en la gobernante de su pueblo. La idea de dejarlo ir, de casarse con otro hombre, un hombre de cuna real que no despertaba los sentimientos y emociones que Drew provocaba en ella, la dejó fría.

Se estremeció.

Él comenzó a caminar de vuelta hacia la orilla, sin soltarla de sus brazos. —Te resfriarás. Regresemos a la casa.

Ella asintió, aprovechando la oportunidad para deslizar su mano por el cabello de su nuca, deleitándose en su suavidad. Una vez que llegaron a la playa, él la dejó en el suelo, dando un paso atrás.

—No sé qué significa esto, qué está pasando entre nosotros, pero me encuentro incapaz de negarte nada —Drew se pasó una mano por la nuca, dejándola allí.

Holly lo miró, sin saber tampoco qué estaba pasando, pero sabiendo que no quería que lo que tenían terminara. Era el hombre más dulce que jamás había conocido, y por primera vez en su vida, se sentía viva. Ser deseada como mujer —no porque hubiera nacido con una corona en la cabeza— era un elixir al que podría volverse adicta.

—¿No podemos simplemente disfrutar de lo que está pasando entre nosotros y dejarlo así, mi señor? No necesito más complicaciones en mi mundo. Estar contigo así, besarte cuando quiera, es un pequeño escape para mí. Por favor, no me lo quites.

Drew miró a Holly, sabiendo en lo más profundo de su ser que no podía quitarle nada de su vida, ciertamente no él mismo. Ella hacía cantar su corazón y arder su cuerpo, y se resistía a dejar que nada de eso se escapara.

Sabía que su tiempo llegaría a su fin, pero que lo colgaran si la dejaba ir mientras pudiera deleitarse en su mundo.

—Accederé a tu petición, Alteza. No te pediré nada más de lo que estés dispuesta a dar — Dar un paso atrás con Holly, alejándose de cómo habían terminado todas sus aventuras amorosas en el pasado, era algo extraño y ajeno, pero necesitaba recordar que la mujer ante él era virgen. Una mujer soltera de cuna real. Una princesa heredera, por el amor de Dios.

No podía jugar con él, ni pasar el tiempo en su cama y bajo su cuerpo, por mucho que él deseara que pudiera. Pronto regresaría a casa, tomaría su lugar legítimo como reina y se casaría.

Ella sonrió ante sus palabras, rodeándole el cuello con los brazos, sonriente.

—¿No te importa? Me gustas mucho, Drew, pero necesito que entiendas que no puedo ofrecerte ni prometerte nada. No tengo las mismas libertades que tú.

Drew la atrajo hacia sí, envolviendo su frágil figura entre sus brazos.

—Lo entiendo. Aceptaré lo que estés dispuesta a regalarme. No te presionaré por más — aunque la idea de dejarla en Atharia, de empezar una vida sin ella, le dejaba una herida abierta y sangrante donde ahora estaba su corazón.

—Supongo que estando tan cerca como estamos, actuar como recién casados no será tanto una tarea. Puedo besarte cuando me plazca.

Su dulce sonrisa le calentó la sangre, y él alzó la mano, apartando el cabello mojado que se atrevía a empañar sus rasgos angelicales.

—Y yo a ti —susurró, inclinándose para tomar sus labios. Su cuerpo la anhelaba, su sangre corría veloz por sus venas.

Esto era peligroso. Ella era peligrosa, y él debería apartarse, dejarla ir, y no acompañarla a Atharia. Permitirle planear su ataque sin la molestia añadida de un hombre revoloteando a su alrededor, pero no podía alejarse.

Drew ignoró las advertencias que resonaban en su mente, las apartó de un empujón, y la besó profundamente. Nunca había jugado siguiendo las reglas en cualquier caso. Había pocas razones para empezar a hacerlo ahora.

CAPÍTULO TRECE

LA NOCHE SIGUIENTE, después de un delicioso paseo por los jardines al atardecer, Holly se bañó y se reunió con Drew en su habitación. Aunque una pequeña parte traviesa de ella deseaba verlo sin camisa de nuevo, llamó antes de entrar. La imagen de su piel dorada, su vientre musculoso que se flexionaba con cada respiración, hacía que su corazón se acelerara.

Él se estaba convirtiendo en una pequeña obsesión de la que necesitaba curarse.

Durante todo el día se había encontrado estudiándolo, observándolo mientras leía en la biblioteca, o cómo el viento jugaba con su cabello cuando paseaban por los jardines. O cómo, cada vez que se inclinaba para besarla, sus ojos se oscurecían con una determinación que le hacía perder el juicio.

¿Cómo había permitido enredarse con Drew? Era incomprensible para una princesa. Las ocasionales miradas sombrías de Niccolo le recordaban que no estaba actuando como ella misma. Que había permitido que su fachada habitualmente pétrea se agrietara un poco para dejar entrar a alguien. Para estar con la verdadera Holly quien, como la mayoría de las mujeres, anhelaba ser amada y adorada por quién era, no por lo que tenía. Drew era un caballero rico y con título. No tenía necesidad de casarse por riqueza o posición. Saber que no pedía nada más que unos besos robados, tiempo con ella, era un regalo que nadie le había dado antes.

Se dirigió a la cama, quitándose la bata y arrojándola sobre una silla cercana. Drew estaba sentado sobre la suya, frotándose el cuello como si le doliera.

—¿Te duele el cuello, Drew? —preguntó, observándolo como una debutante obsesionada.

Él la miró, dejando que el libro que leía se deslizara de su regazo. —Sobreviviré. —Dio unas palmaditas en el espacio a su lado—. Ven aquí, Alteza, necesito a mi princesa.

Ella sonrió, yendo hacia él sin dudar, deslizándose en sus brazos como si ya llevaran años casados, no días. Y días fraudulentos, además.

—¿Disfrutaste tu baño? —le preguntó, su mano frotando distraídamente su costado.

—Sí, gracias. —Holly se giró, mirándolo—. Puedes dormir en mi cama si lo deseas. —El calor floreció en sus mejillas antes de corregir su significado—. Quiero decir, puedes dormir en la cama, para dormir, y nada más. Ya hemos dormido así durante nuestro viaje hasta aquí, y confío en que no intentarás nada indebido.

Él alzó una ceja, con una luz traviesa en sus ojos. —No deberías confiar en mí. Con un bocado tan dulce a mi lado, es probable que me aproveche.

Holly se rio, sacudiendo la cabeza. —No creo que lo hicieras. —Aunque la idea de que Drew la tocara la dejaba caliente y dolorida en lugares que ni siquiera sabía que existían antes de que él irrumpiera en su vida.

—No lo haría, no. —Se deslizó un poco más en el diván, atrayéndola hacia el hueco de su brazo—. Puedes dormir aquí conmigo si lo deseas. Ya estás aquí, después de todo. —Drew se estiró hacia abajo, tirando de las pocas mantas que tenía para cubrirlos a ambos.

El diván era cómodo y suave, y tener a Drew a su lado lo hacía igualmente delicioso. Ella puso su mano sobre su estómago, jugando distraídamente con los músculos que se flexionaban bajo la camisa de dormir que llevaba. —Estás muy tonificado para ser un lord. Siempre había imaginado a la nobleza inglesa como hombres que daban órdenes y comían con una glotonería insaciable.

—Estarías pensando en el Rey Enrique VIII, y puedo asegurarte, como par del reino, que no todos los caballeros ingleses son iguales.

—No te pareces en nada al Rey Enrique y cuán agradecida estoy por ese hecho. —Continuó tocando su estómago, siendo tan audaz como para mover su mano más allá en su persona hacia la pequeña V que había vislumbrado cuando él irrumpió en su habitación durante su baño.

Drew se quedó inmóvil bajo ella, un pequeño jadeo abanicando su rostro.

Holly miró hacia arriba. Sus ojos estaban cerrados, con un pequeño ceño entre sus cejas. La maldad se apoderó de ella, y se mordió el labio, pensando en explorarlo más. Había tanto que admirar en su persona, y si no aprovechaba la oportunidad ahora, lamentaría su elección para siempre.

No habría admiración de Drew, ni toques ni besos cuando él la dejara en Atharia. Lo vería zarpar, y su pequeña aventura, su corazón como había empezado a temer, navegaría hacia el horizonte para no volver a ser visto jamás.

Volvió a mirar hacia donde su mano se deslizaba sobre su bajo vientre. Una mujer tendría que estar ciega para no ver la virilidad sobresaliente. El placer hizo que sus labios se curvaran al saber que él disfrutaba de su toque. Una curiosidad traviesa la tentaba a alcanzar más lejos y tocarlo.

Cuando habían estado en el agua el día anterior, parecía tan duro como el acero. Y sin embargo, de ninguna manera amenazante. Había querido ronronear contra él como un gato y aliviar el dolor que palpitaba entre sus piernas.

Justo como el palpitir que había vuelto ahora. Apretó sus piernas, siendo más atrevida de lo que debería y deslizó su mano hacia abajo. Jadeó en su primer toque. Drew tembló debajo de ella pero no intentó detener su exploración. Su virilidad estaba dura, rígida, y se alzaba hacia su estómago.

No importaba cuán rígida pareciera, estaba cubierta por la piel más suave que jamás había

sentido. Más suave que el terciopelo o la seda.

¡Asombroso!

—Me estás matando, Holly —gimió, su mano alcanzando la ropa de cama a su lado, apretando la sábana en su puño.

La emoción y la audacia eliminaron su precaución. Si iba a alinear su vida con un hombre al que no amaba ni encontraba sexualmente atractivo, al menos tendría este momento. Esta noche con Drew. No es que se entregara completamente a él, pero acostarse aquí con él, tocarlo, darle lo que esperaba fuera placer, era en sí mismo placentero.

—Enséñame cómo complacerte —susurró ella, alzándose para depositar suaves besos en su cuello bajo la oreja y en su hombro. Él se estremeció, envolviendo la mano de ella con la suya sobre su miembro y apretando ligeramente.

—Acaríciame, lento o rápido, no importará, solo tócame, Holly —sus palabras sonaron tensas, con un tono profundo y gutural que hizo que la sangre de ella bombeara rápidamente en sus venas.

Holly hizo lo que le pidió, acariciándolo, observando con asombro cómo crecía en tamaño, se engrosaba y alargaba, con una vena azul oscuro elevándose a lo largo, y la cabeza de su pene de un hermoso color púrpura intenso. Él se retorció bajo su toque. Holly yacía medio sobre él, sosteniéndolo en su mano mientras luchaba por envolver sus dedos alrededor de su longitud, acariciándolo y provocándolo. La respiración de él se convirtió en jadeos, pequeñas bocanadas de aire contra su rostro.

Ella lo observaba, fascinada y encantada de poder hacerlo reaccionar así.

Así que esto era dar placer...

Sus miradas chocaron, se mantuvieron, y ella no pudo apartar la vista.

—Bésame —exhaló él, envolviendo su mano alrededor de la nuca de ella y atrayéndola hacia sí.

Holly le daría cualquier cosa que deseara, quería complacerlo y deleitarlo de cualquier manera que pudiera. Una pequeña parte de su mente gritaba que esto estaba mal, que iba en contra de las reglas, que no era una acción en la que una princesa debiera participar. Si su familia se enterara, dudaba que volvieran a mirarla de la misma manera. En cuanto a su tío, lo usaría para manchar su reputación, para revelar a su pueblo que no era el tipo de líder que debía llevar la corona.

Ninguna reina actuaba de manera tan baja y degradante.

Holly descartó todos esos pensamientos cuando Drew empujó su lengua contra la de ella, enredándola y provocando su boca tanto como ella provocaba su virilidad.

Él gimió a través del beso, su rígido falo endurecido hasta el punto de parecer acero. ¿Cómo era siquiera posible que un hombre y una mujer se unieran? ¿Que tal cosa encajara dentro del cuerpo de una mujer?

La idea de Drew tomándola, empujando su pene en su núcleo dolorido, hizo que un torrente

de líquido deseo se acumulara entre sus piernas.

Quería que la tomara. Seguramente si los hombres podían obtener tanto placer incluso del acto más pequeño, un hombre podría igualmente dar a una mujer lo mismo.

Drew jadeó. —Más fuerte, más rápido —su boca tomó la de ella, castigadora y perversa mientras ella hacía lo que le pedía. Un líquido cálido se derramó sobre su mano, y ella rompió el beso, decidida a observar cómo él alcanzaba su liberación.

Él se desplomó contra el diván, su respiración entrecortada, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. —Cuán inesperada y asombrosa eres, Holly —extendió la mano, deslizando un dedo por su mejilla hasta rozar su labio inferior—. Déjame hacer lo mismo por ti.

Ella se mordió el labio, insegura de si debía ser tan atrevida. Si le permitía tocarla tan íntimamente, darle placer como ella obviamente le había dado a él, ¿cómo podría alejarse después? Dejar a Drew y volver a su papel real, casarse con un hombre que no despertara tal necesidad y pasión en ella sería desgarrador. Sería mejor que no lo hiciera. Al menos en este aspecto, tenía que pensar en sí misma. Proteger su corazón.

No había futuro con Drew, se recordó. Por mucho que hubiera empezado a desear que no fuera así.

—Mejor no. Debería volver a mi cama.

Él la sostuvo con firmeza, negándose a dejarla ir. —No te vayas. Duerme aquí conmigo.

Holly lo besó, apartándose y regresando a su cama. Se deslizó bajo las sábanas, y la desesperación la inundó. Al igual que su futuro matrimonio, la cama estaba fría y vacía. Por un momento, observó a través de párpados entrecerrados cómo Drew se limpiaba antes de volver a su cama. Holly miró fijamente el techo de su cama con dosel, el patrón de lino a cuadros sobre su cabeza.

Tenía una elección que hacer, una que la cambiaría para siempre. No su camino o su destino, sino su mente y su cuerpo. Para una mujer que siempre había mirado los problemas racionalmente y sin emoción, tener la parte dormida de su cuerpo cobrando vida, cuestionando los pasos hacia su futuro, preguntándose qué quería, no por el país o su gente, sino por sí misma, era difícil.

Tener un corazón que latía por otra persona en el mundo era tan aterrador como lo sería enfrentarse a su tío y luchar contra él, y no estaba segura de ser lo suficientemente fuerte para sobrevivir a ambas cosas.

Si tan solo no hubiera conocido a Drew, no tendría este problema ahora. Su vida tendría un solo problema que abordar, y todo estaría bien. Su mirada se desvió hacia él, sus mechones dorados eran todo lo que podía ver desde esta posición, y su corazón latió con fuerza en su pecho.

No te enamores de él, Holly.

Se estremeció ante sus propios pensamientos, girando y golpeando su almohada. No, no lo haría. Era una mujer fuerte e independiente, y no sería gobernada por nadie ni nada,

especialmente por sus emociones. Ese camino conducía a la debilidad y a la ruina, y si ella era algo en este mundo, no era débil.

CAPÍTULO CATORCE

A LA TARDE SIGUIENTE, Drew estaba casi en pánico y a punto de llamar a Niccolo cuando no pudo encontrar a Holly. Había buscado en todos los lugares notables de la casa. Las múltiples galerías, la sala de billar, el invernadero, la gran biblioteca, la biblioteca pequeña, la capilla, el vestíbulo y varias escaleras de servicio, junto con la principal que usaba la familia, estaban vacías de la mujer que ocupaba su mente con alarmante persistencia últimamente.

Salió a la terraza en la parte trasera de la casa, mirando hacia las tierras. ¿Dónde estaba ella? Un destello de color llamó su atención, y se volvió hacia el gran invernadero de piedra y cristal que su madre había construido el primer año de su matrimonio y comenzó a caminar en esa dirección.

Los sirvientes aquí vestían de negro y gris, a excepción de los lacayos uniformados. Era poco probable que el color que vio en el invernadero pudiera ser alguien más que Holly.

Entró en el edificio de paredes y techo de cristal y se quitó la chaqueta, con el sudor perlando su piel debido a la temperatura tropical que preferían las plantas en el interior.

Caminó sin prisa por un sendero, no queriendo parecer tan desesperado como estaba por verla de nuevo. Para asegurarse de que no estuviera ofendida por lo que había sucedido la noche anterior. Necesitaba calmar sus preocupaciones de que ella se alejara de él, huyera de lo que estaba sucediendo entre ellos, y que nunca la volvería a ver.

Drew tenía una comprensión adecuada de lo que estaba sucediendo entre ellos, y no podría detener su curso más de lo que podría detener al océano de estrellarse contra las arenas de la orilla.

Si tuviera que nombrar lo que era, diría que estaba irrevocable e innegablemente enamorándose de la mujer. Una princesa destinada a ser reina. Una mujer tan por encima de su alcance que sería un tonto si se permitiera sentir algo más que respeto y admiración.

Bueno, entonces era un tonto, porque no podía sentir esas cosas y no sentir todo lo demás que venía con ello. La adoraba. La amaba, como nunca antes había amado a nadie en su vida.

Holly embriagaba su mente y su alma, y no podía pensar en que ella lo dejara, viéndolo zarpar de vuelta a Inglaterra con ella a cientos de millas de distancia en costas extranjeras.

Pero, ¿cómo hacerle ver que eran perfectos el uno para el otro? No, él no era tan rico como

ella, ni de sangre real, pero eso no significaba que ella no pudiera amarlo a pesar de esas cosas. No había una regla establecida. Seguramente incluso en su tierra natal ella podría casarse por amor, casarse con quien eligiera, no con lo que fuera mejor para el país.

Ralentizó sus pasos cuando la localizó en un asiento de piedra, con los ojos cerrados y una pequeña sonrisa jugando en sus labios. ¿Estaba disfrutando del aire fragante que olía a flores, o estaba pensando en él? Esperaba que fuera lo segundo, pero algo le decía que simplemente estaba disfrutando del invernadero.

Pisó una pequeña rama, y sus ojos se abrieron de golpe, encontrándose con su mirada. Ella sonrió, pero el gesto no llegó a sus ojos, y él controló las emociones que se agitaban en su interior. —¿Puedo acompañarte? —preguntó.

Ella asintió, dando una palmadita en el banco a su lado. —Por supuesto. Eres más que bienvenido.

Drew se sentó, mirando las hortensias frente a ellos, el tintineo de la fuente en algún lugar en la distancia. —Sobre lo de anoche, Holly. Quería asegurarme de que no estás enojada conmigo de ninguna manera. No debería haber permitido que las cosas progresaran como lo hicieron.

Ella lo miró. Él podía ver que estaba pensando en sus palabras. En qué decir y cómo salir del problema que él había traído a su vida. Era un bastardo, un demonio por haber sido tan atrevido. Nunca debería haber permitido tales libertades entre ellos, y ahora que lo había hecho, tal como temía, la había alarmado. La había alejado.

Se sobresaltó cuando ella le tomó el rostro entre sus manos y lo besó. Drew gimió, atrayéndola hacia sí y profundizando el abrazo. Maldita sea, la deseaba, el miedo de un momento antes evaporándose ante su tacto.

El beso, dulce al principio, pronto se convirtió en un ardiente y profundo apareamiento de bocas. Su lengua se enredó con la de ella, sus torsos apretados juntos. Sus pechos presionaban contra su pecho, los pezones erguidos provocando sus sentidos.

La atrajo bruscamente hacia sí, y un pequeño ronroneo de deleite escapó de sus labios. Él lo ahogó con otro beso, incapaz de saciarse de ella, de estar lo suficientemente cerca. El sudor perlaba su piel en el espacio húmedo, la fragancia lo bombardeaba, pero aun así, el beso continuaba, encendiendo un fuego en su alma que nunca antes había experimentado.

Su vestido de muselina verde era suave bajo su tacto. Él alargó la mano, deslizándola por su estómago para cubrir uno de sus pechos. El deseo lo golpeó en las entrañas, su miembro poniéndose en atención al sentirla en sus manos. Sus pechos eran generosos, perfectos para sus manos, y amasó la carne, haciendo rodar un pezón entre su pulgar y su índice.

—Oh, Drew —jadeó ella, empujándose más contra su agarre. Él la provocó, queriendo darle tanto placer como ella le había dado a él, no solo la noche anterior, sino desde el momento en que se conocieron.

Se apartó, colocando pequeños besos provocativos por su cuello. Se tomó su tiempo, saboreando el dulce gusto de su piel, el jazmín que emanaba de su cabello.

—Eres tan deliciosa —murmuró.

Drew alcanzó y bajó el corpiño de su vestido, exponiendo uno de sus pechos a su vista. Se echó hacia atrás, el aire en sus pulmones expulsándose ante la visión de ella desnuda ante él. La palabra hermosa reverberaba en su mente como un tambor, junto con la palabra mía.

Ella era suya, y que Dios salvara su alma, haría todo lo que estuviera en su poder para mantenerla a su lado. Incluso si eso significaba luchar contra un protocolo real que decía que ella no debería casarse con un caballero inglés.

Quería que la mujer dócil y entregada en sus brazos fuera suya. Eso, por encima de todo lo demás, sabía que era tan cierto como que el sol salía por el este y se ponía por el oeste.

—Tócame, Drew.

Él le daría cualquier cosa que deseara. Bajó la cabeza, las manos de ella hundiéndose en su cabello, manteniéndolo contra ella mientras él pasaba la lengua sobre su pezón rosado y erguido. El pequeño botón se arrugó aún más, y él cerró la boca completamente sobre ella. Ella gimió su nombre, manteniéndolo contra sí. Él tomó una respiración calmante por la nariz, para no perderse en sus pantalones.

Su miembro palpitaba y se erguía rígido, amenazando con asomarse por encima de sus pantalones. Aun así, trabajaba su lengua sobre ella como si fuera el salvavidas que lo mantenía anclado a este mundo.

Holly se estiró, arrancando el otro lado de su vestido hacia abajo, exponiendo su otro seno a su vista. Tan hermosa, se echó hacia atrás, extendiendo ambas manos para tocarla, deleitarse con su regalo. Quería levantarla sobre su regazo, abrir de un tirón la parte delantera de sus pantalones y tomarla. Llevarlos a ambos al clímax. En su lugar, se conformó con amar su otro seno, provocando su pezón con su lengua.

Ella sabía tan dulce como una fruta prohibida. El sonido de voces penetró su mente nebulosa, y se apartó bruscamente, mirando más allá de Holly para ver quién se acercaba. Holly luchó con su ropa, y Drew la ayudó a volver a ponerse el vestido justo cuando su padre y Niccolo aparecieron por el camino de grava.

—Holly, querida —dijo su padre, tomando su mano y besándola—, te hemos encontrado. Tu criado Niccolo te ha estado buscando. Creo que ha llegado una carta de Lady Mary.

Drew se encontró con la mirada de Niccolo, sintiendo la irritación palpar en sus venas por haber sido interrumpidos en su delicioso interludio. El hombre empezaba a ser molesto.

—Una carta, Su Alt... —Holly se quedó inmóvil a su lado y Drew contuvo la respiración antes de que Niccolo corrigiera sus palabras—. Ha llegado una carta para usted, Lady Balhannah. Vino por mensajero especial, y por eso la he estado buscando.

Holly se puso de pie, tomando la misiva antes de volver a sentarse junto a Drew. — Simplemente estaba admirando el hermoso invernadero del duque. Volveré adentro en breve. Gracias, Niccolo.

El guardia hizo una reverencia y, con una última mirada de recelo hacia Drew, giró sobre sus

talones y salió del jardín.

—Tu criado es muy protector contigo, Holly —comentó el duque, mirando al hombre mientras se alejaba.

Holly asintió, rompiendo el sello de la misiva. —Ha estado conmigo durante muchos años y quizás sea un poco sobreprotector, pero ese es su puesto, y se lo toma muy en serio.

—Quizás demasiado en serio —dijo el padre de Drew antes de marcharse también.

Holly leyó la carta antes de encontrarse con la mirada de Drew. —No es de Lady Mary, sino de Marco. Ha recibido mi misiva sin interferencias. Ha conseguido un barco, y algunos de mis hombres han sobrevivido —jadeó, sonriendo, echándole los brazos al cuello.

Drew la abrazó, feliz por ella. —¿Qué más dice la carta?

Holly leyó más abajo en las páginas. —El barco atracará aquí en dos semanas, donde zarparemos hacia Atharia en la siguiente marea alta.

El estómago se le revolvió ante la idea de que Holly dejara Inglaterra, no porque no estuviera seguro de si volvería alguna vez, sino porque significaba que tendría que enfrentarse a su tío. Ser puesta en más peligro del que ya estaba.

—¿Cuánto tiempo llevará llegar a Atharia?

—Un mes como máximo. —Sus ojos leyeron la carta—. Es cierto que mi hermana ha sido exiliada a la finca rural de Alessandro Medici. No hay noticias de Elena. —Su boca se frunció en una línea de disgusto—. Debo volver y luchar por lo que es mío. Mostrarle a mi tío que no le tengo miedo. —Lo estudió un momento antes de doblar la carta y guardarla en el bolsillo de su vestido—. Entenderé, Drew, si no deseas acompañarme. No estamos casados, volver a Atharia significará que nuestro tiempo no será nuestro, será diferente allí para ambos. ¿Estás seguro de que deseas ayudarme? Tengo hombres entrenados para tales circunstancias que lucharán en mi nombre. No necesitas ponerte en peligro innecesario. No pensaré menos de ti si no lo haces.

Drew no estaba dispuesto a dejarla ir, ni ahora ni nunca. El viaje a Atharia tomaría algunas semanas, y significaría más tiempo para pasar con ella. —Salvaste mi vida. Me quedaré a tu lado hasta que ya no desees que esté allí. Lucharé para asegurar que tu futuro esté seguro y a salvo.

Ella se acercó, tocando su rostro. Drew se inclinó hacia su abrazo, deleitándose en él. —Eres un buen hombre, Drew. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

Él se inclinó hacia adelante, robándole un beso, disfrutando del hecho de que ella no se apartó, sino que se inclinó hacia su beso, tomando su parte de él. —Nunca he estado más agradecido por un naufragio en toda mi vida, porque me permitió conocerte. Espero que sepas cuánto te admiro. Cuánto me confundes y me asombras con tu fuerza.

Ella sonrió, un ligero rubor robándole las mejillas. —¿De verdad? Qué dulce eres.

—Sí, lo haces. —Y él no era dulce en absoluto, simplemente un libertino enamorado.

CAPÍTULO QUINCE

Finca Sotherton, dos semanas después.

HOLLY ESTABA SENTADA en el salón del piso superior que el duque le había cedido para su uso privado esa misma tarde, mientras un Niccolo muy molesto y enojado la miraba fijamente desde el sofá frente a ella.

—Es un lord, un par del reino de Inglaterra, y no deberías estar coqueteando con él. Eres la princesa heredera. Tienes que luchar por Atharia, defenderla de quienes quieren arrebatártela. Esta farsa de ser la esposa de alguien es tan absurda como que tú o yo nos casáramos algún día. Una imposibilidad que debes llegar a ver.

—Lo veo, Niccolo, y no necesito que me recuerden lo que está en juego en nuestra patria. Soy muy consciente de quién y qué amenaza mi corona, pero aquí en Sotherton estamos a salvo, y si eso significa que tengamos que jugar un papel para poder regresar a casa sanos y salvos y evitar que vuelva a ocurrir lo que pasó en la finca de Lord Bainbridge, entonces lo haré.

—Los secuaces de tu tío han sido vistos en Stowmarket. Si se enteran de la nueva esposa de Lord Balhannah, podrían venir a ver por sí mismos con quién se ha casado uno de los notorios libertinos de Londres.

¿Notorio libertino? Holly no sabía qué pensar de eso. —Eso tendría poco sentido. Nada me vincula a la familia o la finca de Drew. No saben en qué dirección viajé después de la incursión, a menos que tú sepas algo que yo no.

Los ojos de Niccolo se abrieron de par en par y negó con la cabeza. —Por supuesto que no. No sé más que usted, Alteza.

Holly se reclinó en su silla, observando a su guardia mientras este se paseaba frente al escritorio. —Entiendo que le prometiste a mi padre en su lecho de muerte que cuidarías de mí, de todas mis hermanas de hecho, pero olvidas tu lugar, Niccolo. Soy la futura reina de Atharia y, como tal, sería prudente que ningún hombre empezara a reprenderme por las decisiones que he tenido que tomar estas últimas semanas. Las circunstancias no son las que planeamos, pero habiendo escapado y sobrevivido al ataque de mi tío, no nos va tan mal. Puede que no te agrade Lord Balhannah, pero me ha mantenido a salvo y nos ha dejado usar su casa; él también está

jugando un papel para asegurarse de que partamos hacia Atharia y podamos asumir nuestros roles en nuestra patria. Por favor, recuerda esos hechos.

Niccolo se puso firme, un soldado hasta la médula. —No me desagrada Lord Balhannah, pero sabemos muy poco de él. Le insto a ser cautelosa, Alteza, eso es todo.

—Soy cautelosa.

Niccolo se burló, y Holly se puso de pie, su paciencia con el hombre llegando a su fin. —¿No estás de acuerdo? —Su tono le puso la piel de gallina. No le gustaba actuar de manera arrogante y altiva, pero no permitiría que sus guardias se burlaran de sus decisiones y cuestionaran su moral.

—Se ha vuelto muy cercana a su señoría. Si la corte se enterara de que ha estado durmiendo en la misma habitación que un hombre que no es su marido, temo las repercusiones.

—¿Quién va a informar a la corte de esto, Niccolo? ¿Tú? No tengo a nadie más aquí conmigo. Mis guardias restantes están con Marco. Eres el único que está aquí conmigo y conoce la verdad. ¿Estás insinuando que si no me comporto, me castigarás con rumores tan degradantes?

Niccolo palideció, negando con la cabeza. Aun así, Holly ya no estaba tan segura de los motivos de su guardia. ¿Qué estaba pasando aquí? Él nunca cuestionaba sus decisiones. Siempre había sido firme en su determinación de apoyarla y protegerla. Suponía que las presiones bajo las que se encontraban eran la razón de su frío comportamiento estas últimas semanas, pero tal vez era algo más que eso.

¿Estaba celoso de Drew?

—Sigo siendo doncella y tengo la intención de seguir siéndolo hasta que me case. Si beso a Lord Balhannah, es solo para que el personal no hable de nuestro matrimonio indiferente. Es para que el duque no descubra que su hijo está dando cobijo a una mujer que huye por su vida. No volverás a opinar sobre esto, Niccolo, y no te explicaré mis motivos una segunda vez. ¿Lo entiendes?

Un músculo se flexionó en la sien de Niccolo, pero se inclinó y cedió. —Lo entiendo, Alteza. —Niccolo salió furioso de la habitación, la puerta se cerró de golpe, dando por terminada su conversación. Holly se desplomó en su silla, dejando escapar un suspiro de alivio. Niccolo nunca había actuado de esa manera. Hablándole como si fuera una niña que necesitara orientación. Por supuesto, necesitaba opiniones y apoyo, pero tenía casi veintiún años, ya no era una niña con coletas. Era una mujer nacida para ser reina, estaba más que preparada para el papel de gobernante.

Se oyó un ligero golpe en la puerta, y Drew asomó la cabeza por el umbral. Su sonrisa le levantó el ánimo, y ella se levantó, acercándose a él, deseando estar cerca de su persona. Él le dio un casto beso en la mejilla antes de colocar el brazo de ella sobre el suyo y conducirla fuera de la habitación.

—Pensé que podríamos hacer un picnic para almorzar hoy. Un poco al norte de la finca hay un río. Nuestra propiedad tiene una gruta allí, y pensé que tal vez te gustaría verla.

Ella frunció el ceño, pues nunca había oído hablar de un lugar así. —¿Una gruta? ¿Qué clase de lugar se llama así?

Drew se rio, sonriendo. —Lo descubrirás muy pronto.

Tomaron el carruaje ligero hasta el río privado que atravesaba la finca. Una doncella y un lacayo los esperaban, ambos de pie a cierta distancia de la gruta, preparando el almuerzo de picnic que tendrían a la orilla del río.

Drew señaló la gruta que su abuelo había encontrado poco después de convertirse en duque. Era una construcción extraña, que incluso Drew no entendía muy bien, pero su madre siempre había amado el lugar, y por eso siempre ocuparía un lugar especial en el corazón de Drew.

—Esto es una gruta. Por suerte, la nuestra es una cueva de formación natural, pero el interior ha sido modificado para ser más lujoso. Solo lo mejor para los Sotherton —bromeó.

Holly se rio, entrando en la cueva, y su pequeña exclamación de deleite le calentó el alma. Se alegró de que la encontrara lo suficientemente interesante como para entrar. —Qué lugar tan asombroso. Nunca pensé que una cueva pudiera ser tan hermosa, y sin embargo, esta es encantadora.

Drew se unió a ella. —Al ser una cueva natural, es propensa a inundarse cuando el río sube. Por eso mi madre hizo reemplazar todos los asientos alrededor de la pared de la cueva por piedra, y los suelos por grandes losas. Se inunda casi todos los inviernos, y aun así siempre está igual cuando venimos a visitarla. Espero que mis hijos y nietos puedan jugar aquí como lo hice yo de niño, y disfrutar de este regalo formado naturalmente.

El lacayo se acercó a ellos, entregándoles una copa de champán a cada uno. —El almuerzo está listo, mi señor. ¿Necesitará algo más de nosotros? —preguntó el sirviente.

Drew negó con la cabeza. —No, gracias. Pueden volver a la casa. —Sus sirvientes hicieron lo que les ordenó, y Drew ayudó a Holly a salir de la cueva y bajar hacia donde había preparado su picnic.

—Quería hablarte sobre Niccolo, Holly. Temo que el hombre no aprueba que esté cerca de ti, y después de la mirada fulminante que me lanzó al salir de tu salón esta mañana, me temo que mi impresión sobre él es correcta.

Ella suspiró, tomando su mano mientras se sentaba en la manta. —Él se opone a cualquier cosa que pueda perjudicar o dañar mi posición social. Que yo esté aquí, fingiendo ser tu esposa, no es un concepto fácil de aceptar para él.

—Ah —dijo Drew, uniéndose a ella en la manta—. Pensé que estaba celoso de mí. ¿Nunca se te ha ocurrido que pueda sentir por ti algo más de lo que debería un guardia?

Su silencio fue respuesta suficiente para que Drew supiera que la idea había cruzado por la mente de Holly. —Hablé con él esta mañana. Entiende lo que está en juego y por qué estamos aquí. Niccolo no causará problemas.

—No me preocupa eso, me preocupó más por ti. Puedes confiar en él, ¿no es así?

Holly lo miró, con los ojos abiertos de alarma. —Por supuesto. Niccolo puede ser muchas

cosas: sobreprotector, famoso en la corte real por ser un hombre que nunca se sale de la línea, para disgusto de nuestra doncella. No le gusta la situación en la que estamos más que a mí, pero tenemos pocas opciones. Simplemente está yendo en contra de todas las reglas que siempre ha seguido al hacer lo que le pido ahora. Una vez que volvamos a casa, y todo vuelva a ser como debe ser, él volverá a la normalidad.

¿A Holly no le gustaba la situación en la que estaba viviendo? Drew miró el agua que corría frente a él, con un dolor en el pecho al saber que ella estaba ansiosa por irse, por abandonar su hogar para siempre. —Espero que no seamos tan malos para vivir, ¿verdad? Debo admitirte, Holly, que cuando regrese de Atharia te echaré de menos. Eres tan diferente a cualquier persona que haya conocido. Me temo que ninguna mujer llegará jamás a tu nivel.

Drew bebió su champán de un trago, con un nudo del tamaño de una pelota en la garganta. No estaba seguro de dónde venían las abrumadoras emociones. Por qué la idea de que Holly lo dejara para comenzar su vida donde pertenecía le dolía y le pinchaba en lugares que nunca pensó que sentirían algo.

Los hombres de su clase no se enamoraban perdidamente de las mujeres. Simplemente no ocurría, y sin embargo, la idea de que Holly se fuera, de no despertar junto a su dulce rostro, de perder el olor a jazmín en su ropa de cama, en su habitación, le daba jaqueca.

Ella le tomó la mejilla, haciéndole mirarla. —Me encanta estar aquí, Drew. En las tres semanas que he estado contigo, como tu esposa —se rio—, nunca me he sentido más tranquila o despreocupada. —Holly dejó a un lado su copa de champán, acostándose junto a él—. Echaré de menos esta vida cuando vuelva a la mía. La situación no es ideal, pero eso es externo a ti. Has sido un soplo de aire fresco que no sabía que necesitaba inhalar.

Drew se inclinó y la besó. ¿Cómo no iba a tomar todo lo que ella estuviera dispuesta a darle? Estaba comprometido con su felicidad y seguridad, y nunca quería separarse de ella. Cuando se ofreció por primera vez a servir, no había pensado en nada más que en ayudar a una mujer a ocupar el lugar que le correspondía en el mundo.

Qué diferente era ahora para él.

Ahora nunca quería separarse de su lado. Ella embriagaba su alma, y sin ella en su vida, sería un día gris y tormentoso en lugar de soleado y brillante.

Holly clavó sus dedos en su cabello, atrayéndolo hacia ella. No se apartó de su beso; se deleitó en él, bebió de él tanto como él de ella. La dulce fusión de bocas pronto se convirtió en una conflagración de necesidad, de promesas y disculpas por lo que podría ser. Su lengua se enredó con la de él, su cuerpo se elevó para presionarse contra el suyo.

Drew se mecía contra ella, y en algún momento, estuvo sobre ella, acomodado entre sus piernas. Su mano levantó el vestido hasta su cintura, su piel tan suave como las medias de seda en sus piernas. —Necesito sentirte.

Ella gimió debajo de él, y su miembro se endureció. Holly le ayudó con su vestido, subiéndolo hasta su cintura antes de deslizar una larga extremidad sobre su cadera, abriéndose

para él como una flor.

El aliento en sus pulmones se detuvo, pero tenía que sentirla. Quería deslizarse en su ardiente núcleo, aunque fuera solo con sus dedos. Drew agarró y acarició su muslo, provocando un gruñido molesto de Holly. Su piel caliente le quemaba la palma. Rozó sus nudillos sobre su monte de Venus, los vellos de su sexo le hacían cosquillas en los dedos.

Con dos dedos, se deslizó entre sus pliegues. Húmeda, tan deliciosamente húmeda que su mente se paralizó. Ella jadeó, sus manos trazando una línea por su espalda. —Tócame, Drew — suplicó.

Drew la besó profundamente mientras se movía para hacer lo que ella pedía. Sus dedos rodearon su excitado botón, rindiendo homenaje a su sexo antes de deslizarse más adentro en su calor. Deseaba poder quitarse los pantalones y hacerla suya para siempre.

Pero no podía. Esto tendría que ser suficiente.

Acarició su carne húmeda, sus jugos cubriendo sus dedos, provocó, deslizó y rozó su sexo. Si tan solo tuvieran más tiempo, no solo aquí y ahora, sino siempre. Estaba seguro de que podría hacer que se enamorara de él, que quisiera estar con él para siempre. Pero con el barco llegando cualquier día, su tiempo se había acabado. Pronto ella estaría de vuelta en Atharia, y su vida allí tomaría prioridad.

Holly rompió el beso, arqueando la espalda y jadeando cuando las primeras contracciones alrededor de sus dedos la invadieron. Drew la penetraba con su mano, dándole lo que deseaba mientras su pulgar vibraba contra su botón. Ella gimió su nombre, y el sonido lo estremeció hasta la médula, asustándolo por igual.

Se había enamorado de la mujer amorosa que se retorció debajo de él, y era impotente para evitarlo. Que alguien intentara lastimarla amenazaba con desmoronarlo por completo. Jamás permitiría que nada dañara su ser puro.

Drew exprimió hasta la última gota de su placer antes de que ella se desplomara sobre la manta de picnic, con los ojos nublados por el deseo.

—Nunca supe que estar con un hombre podía ser así —dijo ella, mirándolo con algo parecido al asombro.

Él se rio, rodando a su lado y atrayéndola al hueco de su brazo. —Eso es solo el principio, mi amor.

Una pequeña arruga marcó su frente, y él se acercó para borrarla. Entendía su preocupación, su miedo y dolor, pues él también los sentía. —Cuando nos separemos, Holly, sobreviviré, te lo prometo. No importa cuánto me duela dejarte, sé que nunca podremos ser más de lo que somos ahora.

Aun así, Drew haría todo lo posible para que esa elección fuera imposible de tomar para Holly. Estaban destinados a estar juntos. Había aparecido en sus brazos, por el amor de Dios. Si eso no era el destino, no sabía qué lo era.

Se casaría con la mujer que tenía en sus brazos o moriría en el intento. La vida sin ella sería

una miseria, y ahora que había encontrado la felicidad, se resistía a perderla.

CAPÍTULO DIECISÉIS

HOLLY ESTABA de pie junto al muro de piedra en los jardines, observando cómo el barco que Marco había conseguido para ellos echaba anclas en la cala frente a la finca Sotherton. Una pequeña embarcación llegó a la orilla y cuatro hombres saltaron del bote. Drew les estrechó la mano a todos, aparentemente presentándose.

Partirían esta noche con la marea alta, a pesar de las protestas del padre de Drew. Drew había inventado la historia de que iban a navegar hacia el continente para disfrutar de las vistas de París durante varias semanas. Aunque disgustado por perder a su hijo y a su nueva nuera bajo su techo, el duque creía que el viaje sería una experiencia agradable para ambos.

Si tan solo fuera cierto. La idea de regresar a Atharia, enfrentarse a su tío y asumir su legítimo lugar como reina dejaba un vacío dentro de Holly. Hacer todas esas cosas significaría perder a Drew.

Su corazón dolía al verlo en la playa, con los bajos de sus pantalones mojándose mientras cargaban suministros y equipaje en la pequeña embarcación en la orilla. Casarse con él de verdad, regresar a casa como su esposa, había cruzado por su mente más de una vez en los últimos días. Drew provenía de una familia poderosa. Puede que no fuera de la realeza, pero la alianza sería suficiente para que ella pudiera enfrentarse a su tío. ¿Qué importaba que todos los príncipes y princesas herederos de Atharia del pasado solo se hubieran casado dentro de otros círculos reales? Ella no tenía por qué hacer lo mismo. Si no lo hacía, ¿le daría suficiente poder para derrocar a su tío? ¿O él usaría su elección en su contra?

Holly no necesitaba pensarlo dos veces para responder a su pregunta. Su tío, por supuesto, lo usaría en su contra. Le diría a la corte y a su pueblo que se había casado por debajo de su linaje, poniendo al país en riesgo por la unión degradante. Su tío nunca había apreciado a los ingleses, y declararían con alegría que la línea real de Atharia estaría manchada para siempre.

No, no podía ir en contra de lo que su gente esperaba de ella. Necesitaban un comienzo sólido para su reinado, y un matrimonio real fortalecería su patria el doble. No importaba cuánto deseara que Drew pudiera aportar tal fuerza y conexiones, él no lo hacía.

La vida era injusta sin importar el credo o la posición que uno tuviera. Siempre había situaciones que no eran del agrado de uno.

Niccolo comenzó a subir por la cala, dirigiéndose hacia ella. —Quedan varios cajones más de comida y agua por cargar, y entonces estaremos listos, Alteza.

—Gracias, Niccolo —no miró a su guardia, su relación desde su acalorada conversación se había enfriado un poco. Había un frío distintivo en el aire cada vez que él le hablaba que no le agradaba. Muy diferente a la relación entre Niccolo y ella antes de conocer a Drew.

—Debo preguntar, Alteza, si Lord Balhannah la acompañará a Atharia.

Entonces sí lo miró, notando el músculo en su sien flexionándose mientras esperaba su respuesta. —Sí, lo hará —Holly se negó a dar ninguna razón del por qué. No era elección de su guardia cómo procedía ella. Todo lo que cualquiera necesitaba saber era que ella había salvado la vida de Lord Balhannah, y él le estaba devolviendo el favor. Para verla establecida de nuevo en Atharia como la reina que nació para ser.

—Muy bien, Alteza. Haré los arreglos para él en la embarcación.

—Tendrá una habitación junto a la mía, Niccolo. No conocerá a nadie y está aquí para protegerme. Asegúrate de que se sigan mis instrucciones.

Niccolo hizo una reverencia, girando y caminando de vuelta hacia la finca, su espalda tan recta como si le hubieran metido una vara por la columna.

Holly sacudió la cabeza, volviendo su mirada hacia la playa para encontrar a Drew mirándola fijamente, observando su conversación con su guardia. Desde aquí, podía ver la preocupación grabada en su apuesto rostro, y su corazón dio un vuelco ante su cuidado. Él había ido más allá para hacerla sentir segura y protegida. La había abrazado mientras se acurrucaban en el foso no lejos de la finca de Lord Bainbridge la noche de la redada de su tío. Desde esa noche hasta este día, nunca se había apartado de su lado, ni había intentado crear conflicto con su guardia. Niccolo, sin embargo, estaba yendo más allá de su autoridad y creando problemas donde no debería haberlos.

Hablaría con sus hermanas cuando regresara a casa y decidiría a quién mantendrían cerca, quién permanecería en el palacio para protegerlas. Niccolo, un hombre que siempre la había respaldado, siempre había sido leal y solidario, ya no lo era. Algo andaba mal, y la dejaba intranquila el no saber qué.

Él nunca asumiría estar con ella románticamente, sin importar lo que Drew pudiera pensar, entonces ¿por qué estaba tan descontento? Holly levantó su mano hacia Drew, y él le devolvió el saludo, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

La respuesta a su pregunta contenía una respuesta que no quería enfrentar, pero para la cual planearía y se prepararía de todos modos. Solo esperaba que su mayor temor nunca se materializara y que estuviera equivocada sobre Niccolo. Que fuera leal a ella y a nadie más.

Dos días después, navegaban hacia el sur por el Canal, con Inglaterra de un lado y Francia del otro. El día había estado lleno de reuniones con Niccolo y Marco, ideas sobre dónde desembarcarían y posibles aliados con los que podrían contar una vez que llegaran a Atharia. Como se acordó, navegarían hacia el extremo norte de la isla y anclarían frente a las tierras de los

Medici. Eran una familia poderosa y una que había hecho una declaración pública contra su tío. Sin mencionar que su hermana residía actualmente bajo su techo. Serían un aliado, estaba segura de ello.

Holly esperaba con ansias ver a Alessa de nuevo. Una vez que supiera que su hermana estaba a salvo y bien, se ocuparía de sacar a Elena del palacio. Entonces y solo entonces atacaría a su tío y le haría pagar por todo lo que había hecho contra ella y su familia.

Se dirigió hacia su camarote, sonriendo ante la vista de Drew tratando de ganar sus piernas marineras. No era el caballero más estable que jamás hubiera visto en un barco, y su incapacidad para mantenerse erguido se había convertido en una fuente de diversión para la tripulación y para ella.

Holly sabía que no debería reírse de él, y por supuesto, eventualmente se estabilizaría, pero era un poco divertido verlo tropezar al más mínimo balanceo del barco.

—¿Puedo ayudarlo a llegar a su camarote, mi señor? —preguntó, acercándose por detrás y rodeándole la espalda con el brazo. Las últimas dos noches no habían dormido en la misma habitación, y extrañamente había soportado dos de las peores noches de sueño de su vida. La cama era incómoda, la habitación no olía bien, y el mero hecho de estar sola en la oscuridad sin un hombre en quien confiaba más de lo que debería, considerando que no lo conocía desde hacía mucho tiempo, la dejaba desconcertada.

—Por favor —rio con pesar—. Uno pensaría que sería capaz de manejarme en un barco, pero aquí me tienes, no lo soy. Después de todo, soy solo un hombre mortal y uno que no tiene piernas marineras como tú.

—He viajado en barco toda mi vida. Usted también ganará sus piernas marineras, mi señor. Tendrá cuatro semanas para desarrollarlas.

Él se acercó, su aliento con aroma a whisky haciendo cosas extrañas a sus sentidos. Su piel se erizó consciente de su presencia, y quería inclinarse hacia él, hacer que su cercanía durara para siempre.

Lo miró con agudeza, sin haber esperado que fuera tan atrevido, no aquí en un barco donde cualquiera podría escuchar sus palabras.

Llegaron a las escaleras que conducían hacia el camarote, y Holly ayudó a Drew a bajarlas antes de dirigirse hacia su habitación.

Ella se encogió de hombros, de pie frente a él.

—¿En serio? —Arqueó una ceja, alcanzando el pomo de una puerta a su derecha para estabilizarse—. ¿Ha visto mis aposentos, Alteza? Son muy espaciosos y lujosos.

Holly pasó junto a Drew y abrió de par en par su puerta, entrando en su habitación que tenía el tamaño de uno de los armarios de sus doncellas en Atharia. No se podía ni dar la vuelta a un gato en semejante espacio. Se giró, observando cómo él cerraba la puerta, desplomándose contra ella.

Se pasó una mano por el pelo, dejándolo de punta. Parecía desaliñado y demasiado apuesto

para su propio bien. Drew era una complicación, un regalo que no había pensado encontrar mientras estaba en Inglaterra. Había viajado al país simplemente para disfrutar de una de las famosas Temporadas de la alta sociedad en Londres. No había pensado en conocer a un hombre que encarnara todo lo que buscaba en un esposo y desearlo desesperadamente.

La idea de lanzarse a sus brazos en su camarote hizo que su cuerpo doliera con una necesidad que la asustaba. ¿Siempre anhelaría a este hombre como lo hacía justo en este momento, o era simplemente un capricho pasajero? ¿Una emoción que las mujeres podían tener con cualquier hombre si así lo elegían?

Eso no lo sabía, pero lo que sí sabía era que no podía salir de esta habitación sin un beso robado de sus labios. Cerró el espacio entre ellos, lo besó con fuerza, tomó lo que quería sin arrepentimientos y sin pensar en las consecuencias.

Drew la rodeó con sus brazos, empujándola contra el costado del camarote. Su trasero chocó contra el pequeño escritorio que albergaba la habitación, y sin vacilar, Drew la subió encima de él, acomodándose entre sus piernas.

El calor se acumuló en su centro. Caliente y húmedo y palpitante de necesidad. Quería que la tocara, que le hiciera encontrar el placer que le había brindado hace solo unos días.

Ella asintió, preguntándose qué otras cosas perversas sabría.

Drew se apartó, levantando su vestido para amontonarlo en su cintura. El aire fresco besó sus muslos y el calor floreció en sus mejillas, la expectación retumbó por sus venas como un tambor ante la idea de lo que él le haría. Le abrió las piernas, y ella observó cómo se lamía los labios ante la vista de su monte de Venus.

Holly tragó saliva, aferrándose al escritorio mientras él apartaba la mirada hacia sus pantalones, abriendo los botones del frente. Su virilidad quedó libre, y ella se recordó a sí misma que él había prometido mantenerla doncella. Tomó un respiro tranquilizador, confiando en que cumpliría su palabra.

Él se tomó en su mano, apretando a lo largo de su longitud, una pequeña gota perlada de su deseo asentándose en la punta de su miembro. Su centro dolía. Por primera vez en su vida, podía entender por qué una mujer deseaba que un hombre la tomara. Que empujara esa vara dura dentro de su calor para aliviar la necesidad implacable que pulsaba allí.

—Confía en mí —susurró, besándola profundamente mientras la acercaba en el escritorio, colocando su centro firmemente contra su virilidad. Embistió contra ella, deslizando el terciopelo envuelto en acero a lo largo de su calor resbaladizo. Holly jadeó, envolviendo sus piernas alrededor de su espalda, empujándose contra él. Queriendo sentir la sensación de él. Necesitando que él la llevara al placer que anhelaba.

Su piel ardía, su corazón latía rápido en su pecho. No era suficiente. Quería más. Más de Drew y de lo que él podía darle. Su mente la advertía, la prevenía contra una acción tan audaz e imprudente. Holly refrenó su deseo, conformándose con lo que él podía darle aquí y ahora, que la dejaría doncella.

—Tan dulce. Te deseo tanto —jadeó contra sus labios.

Yo también te deseo, Drew, más de lo que nunca sabrás. —Me haces desear cosas que no puedo tener.

Él le lanzó una sonrisa traviesa que hizo que su ingenio se desvaneciera.

Ella lo besó profundamente, clavando sus uñas en su espalda mientras su cuerpo se deshacía. El placer estalló a través de ella como una luz. Su centro se convulsionó hasta el punto del dolor, y aun así, él se frotaba contra ella, arrancándole todo lo que podía.

Holly luchó por respirar. Por evitar gritar su nombre. Él gimió contra sus labios, besando sus jadeos. Un líquido cálido se derramó sobre su monte de Venus, sobre el parche de rizos entre sus piernas. Drew se estremeció contra ella, repitiendo su nombre como un cántico una y otra vez.

Permanecieron así por un tiempo, unidos en el placer, sin querer soltarse. Holly dudaba que alguna vez estuviera lista para ver a Drew partir, para seguir con su vida en Londres con una respetable mujer inglesa de su clase.

—Quédate conmigo esta noche —suplicó él, alcanzando una toalla a su lado. Dio un paso atrás y limpió su sexo, aseándola lo mejor que pudo. Ella le permitió la libertad, disfrutando de su toque allí. Era escandaloso permitirle tales libertades con su cuerpo, pero no podía evitarlo. En algún momento, había llegado a adorar al hombre que se esforzaba tanto en limpiar su carne excitada. No le negaría nada.

—Sabes que no puedo. Los hombres en este barco son de mi país, y no necesito que sepan de mi apego hacia ti.

Él sonrió, bajando sus faldas para que se asentaran alrededor de sus tobillos. —¿Tienes un apego hacia mí? —bromeó, deslizando un dedo bajo su barbilla y levantando sus ojos para que lo mirara.

Holly no vio razón para no ser honesta. —Sabes que sí.

—Esas son noticias muy bienvenidas, Alteza, porque yo también tengo un apego hacia ti, y uno del que me resisto a alejarme.

¿Acaso Drew quería decir que lucharía por quedarse a su lado, aun sabiendo que no había futuro entre ellos? No podía permitirle hacer eso. Él debía irse, regresar a Inglaterra y tener una vida plena y feliz en su tierra natal. Ella no le dejaría quedarse en Atharia y ver cómo se casaba con otro, entregaba su cuerpo a otro hombre. Ella tampoco podría hacerle eso a su propio corazón. Si iba a casarse con otro, tener un futuro sin Drew, no lo necesitaba en Atharia, tentándola con cada mirada, cada roce robado.

Ella se rio, quitándole importancia a su comentario. —Y aun así debo irme antes de que alguien me encuentre en tu habitación. —Se deslizó fuera del escritorio, inclinándose para un último beso. Su boca tomó la de ella, y luchó por no perderse en su pasión.

Sería tan fácil caer tan fuerte que uno nunca podría levantarse de nuevo.

—Buenas noches, mi lord —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Drew se apoyó contra la pared, atando distraídamente los lazos de su pantalón. —Buenas

noches, Holly.

Ella suspiró, forzando a sus pies a salir de su habitación y alejarse de la deliciosa visión que ofrecía, todo desarreglado, un poco ebrio, sus ojos oscuros y entornados prometiendo más pecado y seducción. Un hombre imposible de negarse a uno mismo. ¿Cómo iba a sobrevivir el viaje a Atharia con Drew tentándola a cada momento? Mientras cerraba la puerta de su propia habitación, supo que no podría.

Ya había fracasado.

CAPÍTULO

DIECISIETE

DREW OBSERVABA desde lejos mientras Holly y sus dos guardias, los hermanos de sangre Niccolo y Marco, hablaban en la proa del barco, sus ceños fruncidos de preocupación grabados en sus rostros haciendo que el temor se enroscara en su sangre.

Llevaban más de tres semanas navegando hacia Atharia. Si fuera sincero, algunos de los mejores días de su vida. Holly se colaba en su camarote cada noche, sus encuentros se volvían cada vez más eróticos, más largos y difíciles de resistir. Ahora estaba en un constante estado de excitación.

Se habían tumbado en la cubierta por la noche, observando las estrellas e intentando navegar mediante las constelaciones. Habían jugado al ajedrez y a las cartas, comido con la tripulación, y disfrutado bailando y cantando las noches en que la tripulación había sacado a relucir sus talentos musicales.

El tiempo en el barco había pasado en un abrir y cerrar de ojos, y pronto tendrían que enfrentarse al futuro de Holly y al hombre que se esforzaba por arrebatárselo a ella y a sus hermanos.

Desde aquí, podía ver a los guardias armados de pie en los muelles de uno de los parientes de Holly, la rica y poderosa familia Medici, donde supuestamente su hermana se había refugiado. Los hombres parecían un ejército de trescientos, listos para la batalla. No auguraba nada bueno para su plan de alojarse en la finca.

Holly despidió a sus guardias y se dio la vuelta, caminando por la proa del barco hacia donde Drew la esperaba.

—Atracaremos y esperaremos que nos den tiempo para explicar quiénes somos. No podemos izar mi estandarte real, pues no deseamos alertar a mi tío si tiene hombres vigilando la zona. Tengo pocas dudas de que así sea.

—¿Crees que es seguro atracar allí? ¿Y si nos atacan?

—Mis hombres se están preparando ahora. Marco tiene sus propios hombres que trabajan para él. Están tan bien entrenados como los míos. No nos pasará nada, Drew.

—A ti no te pasará nada, porque estarás encerrada en tu camarote. Yo estaré aquí fuera con los hombres, protegiéndote —Ni siquiera quería pensar en Holly siendo abatida, masacrada por

locos. Perderla lo enviaría a una espiral de retribución, y no descansaría hasta que todos aquellos que le hicieran daño pagaran por ello con sus vidas.

—Habrà alguien entre los guardias de los Medici que me conoce. Debo ser visible para que todos podamos permanecer a salvo y se nos permita pasar —Extendió la mano, aferrándose a su brazo—. Todo irá bien, Drew. No te preocupes tanto —Sonrió y pasó junto a él, dirigiéndose a su camarote.

Drew la dejó ir, observando cómo se acercaban a los muelles, los hombres armados y sus ojos ceñudos, vacíos y sin emociones resultaban poco acogedores.

Su barco se acercó al muelle y, afortunadamente, los guardias en tierra permitieron que su tripulación amarrara el barco de forma segura.

Holly apareció y los hombres, con sus rostros duros e implacables, cambiaron tan rápido como el viento. El asombro se registró en sus semblantes antes de que se arrodillaran al unísono, colocando sus espadas contra el pecho. Un hombre se puso de pie, inclinando la cabeza mientras hablaba.

—Alteza, perdone nuestra fría bienvenida. No sabíamos quién era usted.

Holly tomó la mano de Drew mientras él la ayudaba a subir al muelle, con Niccolo y Marco pisándole los talones. Drew puso su mano en la espada que le habían dado para usar en caso de que "ocurriera lo peor", y no dudaba en usarla.

—No se preocupe, General. Por favor, lléveme con Alessandro si es tan amable.

—Por supuesto, Alteza —dijo el general, guiándolos más allá de los hombres armados que permanecían inclinados en señal de respeto. Una inquietud recorrió la espalda de Drew ante la reverencia con la que trataban a Holly. Respetaban y se preocupaban por esta mujer tanto como por su país.

Ver tal deferencia era humillante y no poco desconcertante.

Se había acercado tanto a Holly durante las últimas semanas que a veces había olvidado quién era ella. Para él, la había tratado como una mujer de pensamiento y capacidades independientes, de encanto y alguien que lo hacía reír más de lo que jamás había hecho en su vida. Era un soplo de aire fresco, y se resistía a perderla. Holly era una mujer para él, su amante, pero no una futura reina o princesa heredera.

Verla aquí y ahora, la forma en que la gente la miraba en busca de fortaleza le decía más que nada que su tiempo juntos estaba llegando a su fin.

Tenía responsabilidades aquí que eran insuperables y estaban muy por encima de su educación. Toda su vida Holly habría sido entrenada, instruida y educada para ser una líder, una reina. Él había sido educado, sí, pero después de Cambridge, había pasado su tiempo en Londres, en múltiples locuras y aventuras con mujeres, esperando hasta que se viera obligado a un matrimonio sin amor.

Que encontraría a una mujer que realmente lo persuadiría a comprometerse no era algo con lo que hubiera contado. Que Holly le fuera arrebatada porque no era de sangre real le revolvía el

estómago.

Entraron en la villa de piedra blanca rodeada por una gran muralla de piedra para impedir la entrada a cualquiera que no estuviera invitado. La casa era una grandiosa representación de riqueza y arquitectura romana. Las ventanas brillaban con vistas al mar Mediterráneo. Una cálida brisa flotaba por la casa, y un grupo de sirvientes estaba de pie junto a la puerta principal, alineados en señal de bienvenida.

Una mujer bajó corriendo por la escalera central, sus largos cabellos dorados rebotando en su espalda y hombros. Gritó el nombre de Holly, y antes de que nadie pudiera detenerla, Holly se había lanzado hacia adelante, rodeando con sus brazos a la mujer, abrazándola con fuerza.

Drew se quedó atrás, observando cómo Holly se deshacía en elogios sobre la dama a la que llamaba Alessa entre sus brazos. Eran similares en altura y forma y juntas formaban una pareja impresionante. Drew solo podía preguntarse si la tercera hermana, Elena, estaba con ellas y se veía igual de notable. Las tres princesas serían la envidia de cualquiera.

Un caballero alto y mayor, de cabello canoso, se unió a su grupo e hizo una reverencia.

—Alteza, bienvenida a la finca de los Medici. Usted y su grupo son más que bienvenidos aquí. Pasen, y tomaremos unos refrescos mientras discutimos más a fondo su situación.

—Gracias, Signore Medici. Es usted muy amable —Holly tomó el brazo de su hermana, dejando que esta la guiara hacia las escaleras.

La casa estaba distribuida como una vivienda romana, con suelos de azulejos, grandes espacios abiertos, fuentes de agua y murales en las paredes. Subieron al piso superior y entraron en una amplia habitación con vistas al mar, las ventanas abiertas y las cortinas casi transparentes ondeando hacia el interior.

Drew se mantuvo en la retaguardia del grupo, sin querer entrometerse en la conversación ni en lo que Holly tenía que tratar con el Signore Medici. Esta era su tierra, su gente, y ella sabría mejor cómo proceder, aunque una pequeña parte de él deseaba que lo buscara y le pidiera consejo. Quizás no supiera exactamente qué hacer, pero podría intentarlo.

Cuando comenzaron las conversaciones, Niccolo y Marco se sentaron a ambos lados de Holly y Alessa, dos sólidas masas de músculo y protección, inamovibles y fuertes. En todo el tiempo que había conocido a Holly, esta era la primera vez que Drew se sentía como un extraño e irrelevante. Tragó saliva, preparándose para sentirse así durante algunas semanas más.

Holly escuchaba mientras el Signore Medici hablaba de cómo estaba en la corte, y fue entonces cuando se dio cuenta de que a Alessa y Elena se les negaba su legítimo lugar durante los entretenimientos y las cenas. —Las mantenía encerradas, separadas de la gente que acudía a verlas. Por supuesto, en aquel momento yo no lo sabía. Se reveló más tarde cuando mi hijo escuchó a dos criadas hablar de que las princesas estaban retenidas en su habitación y se les negaba cualquier petición que pudieran hacer.

La ira recorría las venas de Holly ante el descaro de su tío de tratar así a sus hermanas. A las hermanas de la futura Reina de Atharia se les negaba su lugar, su posición en la corte, por un

segundo hijo que nunca iba a ser rey.

Cómo se atreve.

—¿Y Elena sigue en el palacio? ¿Cómo os separasteis?

—Esa fue idea de Elena, Holly —dijo Alessa—. Quería que de alguna manera te hiciera llegar noticias a ti, a nuestros amigos. Soborné a un lacayo y pude escabullirme hasta el ala de invitados del palacio. Hablé con Soren Medici, y él notificó a su padre de nuestra difícil situación. Nos marchamos esa misma noche al amparo de la oscuridad. Elena sabía que si surgía la oportunidad, yo me iría. Según todos los informes, ella está a salvo, pero aún se le niega la posibilidad de salir de sus aposentos. Hay que detener al tío, Holly. La forma en que trata a nuestros sirvientes y el desdén y la aversión que no disimula cuando habla con la gente me enferman.

—Lo entiendo —dijo Holly, su mente dando vueltas con planes y cómo llevarlos a cabo—. La Casa Real de Atharia aún está en la corte. Hay muchas familias en el palacio. Tenemos que volver a la ciudad, llegar con una procesión completa, que la gente sepa que he regresado, que nos vean a ti y a mí entrar en el palacio. Delante de la nobleza y la familia real, el tío no se atreverá a negarnos. Pero si lo hace, sabremos cómo actuar.

—¿Qué harás si te repudia? —preguntó Niccolo, con una profunda arruga de preocupación grabada en su frente.

—Mostraré mi mano —respondió sin cautela—. Atacaré a cualquiera que se atreva a hacerme daño a mí o a mi familia. —Holly miró a sus dos guardias, a su hermana y al Signore Medici, que escuchaba junto a un grupo de sus propios hombres armados—. No solo llegaremos Alessa y yo, sino un ejército de hombres. Muchos hombres leales a mí y al linaje de mi padre, los legítimos herederos de la corona. Todos vosotros estaréis detrás de mí, todas familias nobles. Necesitamos que nuestro número supere al de mi tío y los pocos secuaces que le siguen. El palacio cuenta con más de doscientos cincuenta guardias. Necesitamos más que eso. Que el tío vea nuestra fuerza y que haga lo que quiera. No permitiré que me venza ni que me arrebate lo que es mío por derecho de nacimiento.

—Con eso, espero que el Signore Medici, Soren y yo te hayamos sido de ayuda, Holly —dijo Alessa, tomándole la mano—. Hemos estado reuniendo hombres, buscando ayuda para derrocar al tío. Tenemos cerca de mil hombres dispuestos a luchar en tu nombre y por Atharia.

La noticia hizo que el alivio la invadiera. Su hermana no podría haberle dado mejor noticia. —Esperemos que no necesitemos tener una guerra física con el tío, pero al menos estaremos preparados si no se hace a un lado pacíficamente. —Su tío no era un hombre amable. Luchar contra él significaba que se haría muchos enemigos. Aun así, valía la pena el riesgo.

Holly miró por encima del hombro, buscando a Drew. No lo había visto mucho durante las conversaciones, pero agradecería su opinión y apoyo. Al no verlo, volvió a la conversación.

—El tío puede atacar y hacerle daño a Elena. No podemos permitir que eso ocurra. No debe saber de nuestra llegada a la corte. Con nosotras allí, no se atrevería a hacerle daño. —Alessa le

apretó la mano antes de encontrarse con la mirada de Soren Medici. Algo pasó entre los dos. Solo un destello, sin palabras, pero el joven Medici pareció entender la petición de su hermana y dio una palmada en el hombro a su padre—. Venid, padre, todos, volvamos a la biblioteca de abajo y sigamos discutiendo los asuntos. Demos algo de privacidad a Su Alteza Real y a la princesa Alessa.

Los ojos del Signore Medici se abrieron de par en par, pero aparentemente entendió que las hermanas necesitaban intimidad. —Por supuesto, sí. Os dejaremos ahora. Reuníos con nosotros abajo cuando os plazca.

Los hombres salieron lentamente de la habitación. Holly los vio marcharse, buscando a Drew de nuevo y sin poder localizarlo. Se sentó junto a Alessa, feliz de estar de vuelta en Atharia y con su hermana una vez más. Pronto encontraría a Drew y vería adónde había desaparecido.

—Me alegro mucho de que estés en casa, Holly. Te he echado terriblemente de menos, y ahora con Elena en peligro, empezaba a pensar que yo también tendría que huir de Atharia para estar a salvo.

—Ningún lugar es seguro. El tío intentó quitarme de en medio en Londres. Así fue como acabé en una finca rural con Lord Balhannah.

—Donde conociste a tu apuesto inglés. —Alessa sonrió, recordando cómo solía mirar antes de que su padre muriera y su tío se convirtiera en un loco.

—Algún día, te contaré toda la historia de cómo nos conocimos.

El calor se agolpó en las mejillas de Holly, y negó con la cabeza al darse cuenta de que se había quedado sin palabras. Un poco desconcertada cada vez que Drew estaba cerca o en su mente.

—¿Qué opinas de Lord Balhannah? —preguntó Holly, curiosa por escuchar lo que Alessa tenía que decir.

—Pienso muchas cosas, pero lo que más me intriga es cómo lograste que te mirara de la manera en que lo hace. Incluso hace un momento, abajo, cuando os saludé, su afecto era evidente. Cuando estaba de pie contra la pared durante nuestra reunión, te observaba, te escuchaba hablar como si fueras la mente más inteligente y racional aquí. Su señoría tenía la expresión más extraña en su rostro.

—¿Qué tipo de expresión? —preguntó ella, echando de menos a Drew aunque solo llevaba unos minutos separada de él. ¿Cómo iba a sobrevivir cuando él regresara a Inglaterra? ¿Cuando ella avanzara en la vida, se casara con otro y gobernara aquí?

La pesadilla no valía la pena considerarla.

—No me importa si no estás de acuerdo o intentas persuadirme de lo contrario, pero Lord Balhannah está enamorado de ti. Está escrito en su rostro tan claramente como sus rizos dorados están sobre su cabeza. ¿Qué piensas de esto? ¿Significa que nuestra hermana mayor ha aceptado la idea de casarse por amor? ¿Ha dejado de ver el matrimonio solo como un deber y una forma de crear alianzas para Atharia?

—Sabes que no tengo esa libertad, incluso si quisiera casarme con él o lo amara, no es posible. Lord Balhannah regresará a Londres, y yo continuaré aquí.

Su hermana le lanzó una mirada de incredulidad, agitando el dedo frente a su cara. —Oh, no, Alteza. Nunca he visto tus ojos empañarse de la manera en que lo hicieron cuando mencionaste su nombre. Tú también amas a este hombre. ¿Le has dicho que lo amas? Espero que estés preparada para decirle a nuestros consejeros en la corte que es tu vida y, como reina, puedes casarte con quien te plazca.

Holly se levantó y se dirigió a la ventana para mirar el océano. —Ese es precisamente el problema, Alessa, no puedo hacer eso. Se ha demostrado más que nunca que mi matrimonio debe ser uno de poder e influencia con la amenaza de mi tío. Drew puede ser un marqués, incluso un futuro duque, pero no es de la realeza. Debo casarme con una familia de fuerza, una familia que gobierne países, no condados.

Alessa se unió a ella en la ventana, tomándose un momento para mirar también el océano. —Tonterías, no tienes que hacer nada. Padre no pensaba que necesitaras anteponer tu propia felicidad a la de Atharia. Yo ciertamente no lo haré, y Elena tampoco. Nuestro pueblo te ama. No quieren verte en una unión que te haga infeliz. Te mereces más que eso.

Holly parpadeó para contener las lágrimas que nublaban su visión. Deseaba que lo que Alessa decía fuera cierto, pero no lo era, ni podría serlo jamás. Su situación era diferente, por mucho que sus hermanas desearan lo contrario. Era suficiente para Holly saber que al menos Alessa y Elena podrían casarse por amor.

—Adoro a Drew, me salvó la vida en Inglaterra y siempre tendrá un lugar especial en mi corazón, pero él sabe y entiende que no hay futuro entre nosotros. Tú también necesitas aceptar esto.

Holly se apartó de la ventana y se dirigió a la puerta, ignorando las llamadas de Alessa para que se detuviera. No podía seguir hablando de esta situación. Hacerlo abría un agujero en su pecho donde se suponía que debía latir su corazón. Avanzó por el pasillo, y una doncella junto a una puerta hizo una rápida reverencia.

—Alteza, vuestras habitaciones están listas si deseáis descansar un rato.

Las palabras de la doncella fueron como un regalo, y ella asintió, esperando que la sirvienta no notara su angustia. En un minuto, fue conducida a una habitación espaciosa, con paredes y muebles blancos, una llamativa colcha azul oscuro y cortinas que se ajustaban a la ubicación de la casa.

—¿Puedo ayudaros con algo, Alteza? —preguntó la joven, de pie con la cabeza inclinada y las manos cruzadas al frente.

—No, gracias. Deseo soledad.

Hizo una reverencia y se fue sin hacer el menor ruido. Holly caminó hacia la cama y se tiró boca abajo sobre la colcha. Había tanto que hacer. Necesitaban partir hacia Atharia, y mover a más de mil personas sin ser vistos no sería una tarea fácil. Su tío no era tonto. Lo descubriría, y

entonces habría problemas.

Holly se dio la vuelta, mirando al techo que estaba grabado con una variedad de diseños. Nunca había sido de las que se rinden, de las que aceptan la derrota en nada que hiciera en la vida, pero quizás este era un momento en el que necesitaba dar un paso atrás, dejar que su tío tuviera su reino. El pensamiento la hizo estremecerse, y supo que no podía hacer eso, sin importar si su corazón y su mente estaban en guerra por la decisión.

Ganar su reino significaría que perdería algo más que se había vuelto igual de importante para ella.

Drew.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

NO FUE hasta la noche siguiente que Drew pudo tener un momento a solas con Holly. Todo el día ella había estado discutiendo planes, enviando hombres que le eran leales hacia la capital de Atharia, donde su tío residía en el palacio.

Habían decidido reunir a los hombres allí en la ciudad a lo largo de un par de semanas, en lugar de en una gran marcha hacia la ciudad. Algunas de las familias aristocráticas ya estaban en su lugar, esperando para apoyar a Holly. Sin embargo, la atmósfera aquí donde se alojaban no era del agrado de Drew. Tenía la clara sensación de que ninguno de los atharianos que se reunían alrededor de Holly apreciaba su presencia, tanto que ayer se había quedado en su pequeña habitación y se había mantenido fuera del camino de todos, especialmente del de Holly. No deseaba causarle más preocupación o dificultad de la que ya estaba enfrentando.

La cena de esta noche lo había visto situado en el extremo opuesto de la mesa a ella. Ella no había mirado en su dirección ni una sola vez, y a él no le gustaba la emoción que esto provocaba en su interior. La había visto hablando con el apuesto Soren Medici, heredero de esta propiedad, y había notado cómo él la miraba con reverencia. Drew había pensado que el joven tenía sentimientos por la hermana menor de Holly, pero quizás se había equivocado en esa estimación, viendo al caballero incluso ahora adular a la mujer que él deseaba como sus pulmones necesitaban aire.

—Si desea conservarla, Lord Balhannah, tendrá que luchar y quizás incluso un poco sucio también. Ella es la futura Reina de Atharia. No fue criada para casarse con nadie que no fuera su igual real. Tendrá que hacerla cambiar de opinión sobre eso.

Drew se sobresaltó al oír la voz de Alessa, que vino a pararse a su lado. La miró, sus largos mechones dorados recogidos en lo alto de su cabeza esta noche, una tiara decorativa incrustada de diamantes en su cabeza, haciéndola parecer la princesa perfecta. Holly también esta noche estaba adornada con joyas y un vestido de noche real de color púrpura oscuro que hacía brillar sus ojos. Él se había quedado sin aliento cuando ella entró en el salón antes de la cena, y aún así, se encontraba sin palabras para describir lo hermosa que estaba esta noche.

—Acordamos, y yo acepté cuando me enteré por primera vez quién era Su Alteza, que no había futuro entre nosotros. No puedo faltar a mi palabra ahora.

—Por supuesto que puede —dijo Alessa, agarrando su brazo y haciéndolo girar para mirarla—. Y lo hará. Creo que mi hermana no será feliz a menos que usted esté a su lado en la vida.

Drew se burló, sin creer eso ni por un momento, incluso si las palabras enviaban esperanza a través de su sangre. —Ella lo ha hecho muy bien estos últimos días sin mí. Apenas la he visto. Apenas hemos cruzado dos palabras desde que llegamos.

Alessa miró a su hermana, una pequeña sonrisa elevando sus labios perfectos. Ciertamente hacían a las mujeres de este país increíblemente hermosas.

—No importa lo que esté sucediendo a su alrededor, Holly sabe dónde está usted. Ella lo observa tanto como usted la observa a ella. Puede que no crea que ella está al tanto de sus movimientos, pero lo está. Siempre. Nunca la subestime en ese aspecto. Sería en detrimento suyo si lo hiciera.

Drew se frotó la nuca, volviendo a mirar hacia Holly. Sus miradas chocaron. Se mantuvieron. Como un golpe físico en el estómago, sintió su interés. Si ella fuera suya, iría hacia ella, atravesaría este salón y la reclamaría delante de todos los presentes. Mostraría a toda la nobleza y los invitados reales que la futura Reina de Atharia era la amante, amiga y compañera de un inglés.

Suspiró, deseando poder hacer tal cosa.

—Tendrá que compartir a Holly, si desea casarse con ella. Ella tiene tres grandes amores en su vida. Usted, creo, es uno de ellos.

—¿Y los otros con los que debo compartirla? —preguntó, inseguro de si quería escuchar la respuesta a su pregunta.

—Nuestra patria y su gente. Ella siempre hará lo correcto por ellos, lo que significa que a veces tendrá que aceptar que ella no siempre está ahí para usted. Que se perderá fechas y momentos importantes, pero eso no significará que lo ame menos. Tendrá que amarla más para permitirle ser reina sin tener que preocuparse por sus sentimientos cuando el deber llame.

Drew frunció el ceño, mirando a la princesa que era mucho más inteligente de lo que le había dado crédito. —¿Me está diciendo, Princesa Alessa, que no me enfurruñe?

Ella le sonrió, y una vez más, él se sorprendió por la belleza de la mujer. —Sabía que no era un inglés tonto, milord. Me gustará tenerlo como mi hermano. Ahora todo lo que debe hacer es no decepcionarme y asegurarse de que ocurra. Mi hermana merece la felicidad, y creo que eso viene en forma de usted. —Le dio un golpecito en el pecho después de sus palabras, se dio la vuelta y se alejó con paso arrogante.

Él volvió su atención hacia donde había visto a Holly por última vez y la encontró desaparecida. Más alto que la mayoría de los presentes, miró por encima de las cabezas de los invitados pero no pudo ubicarla. El miedo se disparó en sus entrañas, y se giró, buscando detrás de él, solo para ver un destello púrpura deslizarse a través de las grandes puertas de la terraza que se abrían al exterior. Sin pensarlo, fue tras ella, no solo para asegurarse de que estaba a salvo y que ningún daño le ocurriría, sino porque extrañaba su voz, su tacto, todo sobre la mujer.

Si tan solo Londres pudiera verlo ahora. Sacudió la cabeza ante el pensamiento. Oh, cómo se reirían de Lord Balhannah y su caída profunda por una mujer. Cómo se reirían, en efecto.

Holly salió a la terraza, el cálido aire nocturno permitiéndole respirar. Tomó un par de respiraciones profundas y calmantes. El olor a sal, el sonido de las olas rompiendo contra los acantilados, trajo calma a su alma.

Drew estaba en primer plano en su mente, y su partida. Todos a su alrededor cuestionaban sus motivos. Por qué estaba con ella en absoluto y por qué no se había quedado en Inglaterra. Ella había respondido lo mejor que pudo, pero lo único que realmente quería admitir, no podía decirlo, era que él estaba aquí porque ella había querido que estuviera a su lado.

Ella podría haberle exigido que se quedara en Inglaterra, y Drew no habría podido impedírselo, pero no lo había hecho.

El sonido de la puerta de la terraza abriéndose detrás de ella la sacó de sus pensamientos, y sonrió en el momento en que reconoció al apuesto inglés de pelo claro del que se había enamorado. Y se había enamorado de él, total y completamente. No tenía sentido negar sus sentimientos.

Cómo deseaba contarle todo lo que sentía, cómo su cuerpo siempre anhelaba su tacto, cómo el sonido de su voz hacía que su corazón tropezara. Cómo nunca quería que se fuera.

Drew se acercó a ella, con pasos lentos y cautelosos. ¿Acaso no estaba seguro de si era bienvenido allí? Ella se acercó a él, cerrando el espacio entre ambos, y rodeó su cintura con los brazos, deleitándose con el sonido de su corazón latiendo contra su oído.

—Te he echado de menos. No pasemos tanto tiempo separados otra vez. Te necesito a mi lado, Drew —más de lo que jamás había admitido.

Él la rodeó con sus brazos, y ella sintió el ligero beso que le dio en la cabeza.

—Yo también te he echado de menos. Te vi salir y quería asegurarme de que estuvieras a salvo.

Holly se echó hacia atrás en sus brazos, admirando la vista que tenía de él.

—Estoy bien, solo cansada. ¿Dónde te estás quedando? Pedí que te alojaran en la habitación contigua a la mía, pero anoche cuando llamé a esa puerta y entré al no obtener respuesta, la encontré desocupada.

Él se encogió de hombros, atrayéndola hacia sí.

—Estoy en el extremo opuesto de la casa de tus aposentos. Creo que están tratando de decirme sin palabras lo que piensan de los ingleses.

Ella frunció el ceño ante la idea de que Drew no se sintiera bienvenido aquí. Era su invitado y, como tal, debía ser tratado con respeto, si no con deferencia.

—Hablaré con el Signore Medici sobre esto. Te quiero a mi lado, no alejado de mí.

—¿Tanto me deseas?

Sus palabras le provocaron un escalofrío por la espalda, y se acercó más, rozando sus pechos contra el torso de él. Drew se sentía bien en sus brazos, y al igual que desde el momento en que

lo había conocido, quería envolverse en sus brazos, sentirlo contra su piel y no soltarlo nunca.

—Te deseo enormemente. —Holly se inclinó, rodeando su cuello con los brazos, antes de besarlo. Él tomó sus labios, profundizando el beso y empujando su lengua contra la de ella. Holly gimió. Drew le agarró las nalgas y la alzó contra su virilidad erecta. Holly ondulaba contra él, buscando el alivio, algo que calmara la necesidad que palpitaba entre sus piernas.

De alguna manera, olvidaron dónde estaban o que podían ser interrumpidos en cualquier momento. El beso se volvió frenético, duro y rápido, húmedo y delicioso. Drew la levantó, alzándola en sus brazos, y los llevó hasta el extremo de la terraza. Los sentó en un banco de piedra, colocándola en su regazo. Todo el tiempo, el beso continuaba, sus bocas explorándose y amándose. Holly no podía tener suficiente. Le agarró la mano, colocándola en su pierna, deseando que la tocara como lo había hecho antes.

—Aquí no, Holly —suspiró contra su boca—. Este no es el lugar. Por mucho que desee asegurarte que, si fuera posible, te tomaría sobre esta silla.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso ante tal pensamiento. Si nunca iba a casarse con este hombre o tener un matrimonio de afecto y amor, de pasión, al menos tendría esta noche: una noche con el hombre que amaba.

—Ven a mi habitación. ¿Estarás conmigo?

Sus ojos se abrieron de par en par, y se echó hacia atrás, mirándola como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Qué quieres decir?

Holly asintió, lamiéndose los labios, incapaz de negar la necesidad de saborearlo de nuevo, de obtener placer en sus brazos y el deseo que no podía negarse a sí misma. Ya no se lo negaría más.

—Te deseo, Drew, en todos los sentidos. Sé que es un riesgo, pero es uno que estoy dispuesta a correr. —Holly se deslizó de su regazo, inclinándose una última vez para besarle suavemente. Él la miró fijamente, y ella pudo ver que estaba sopesando sus palabras, pensando, decidiendo.

—Ya sabes dónde estoy cuando estés listo. —Holly se dio la vuelta y lo dejó entonces. Una sonrisa se dibujó en sus labios ante la idea de que se uniría a ella, y lo haría, estaba segura de ello. No la decepcionaría, era imposible para un hombre enamorado, y él la amaba. Su hermana había acertado en eso, y era la única razón por la que se entregaría a él, en cuerpo y alma.

Esta noche amaría a un hombre que no era su marido, y la futura Reina de Atharia disfrutaría cada minuto de ello.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

DREW NO FUE a la habitación de Holly como ella le había suplicado. Si iba a hacer una cosa honorable en el mundo, además de traer a Holly de vuelta a Atharia y ayudarla a recuperar su lugar como reina, también actuaría como un caballero y no tomaría su inocencia.

Ella merecía algo mejor que un revolcón con un hombre destinado a regresar a Inglaterra. Acostarse con ella sería una locura para ambos. Él no sería capaz de dejarla ir, sin importar lo que ella pensara sobre casarse con un hombre que no era de sangre real ni tenía gente poderosa respaldándolo.

Había caminado de un lado a otro en su habitación hasta el punto de que la alfombra Aubusson tenía una pequeña marca al pie de su cama. La noche dio paso al amanecer, y solo cuando ya no pudo mantenerse despierto sucumbió al sueño, completamente vestido y exhausto, mental y físicamente, por haberse negado lo que se le ofrecía libremente.

Despertó varias horas después con el sonido de los carruajes que abandonaban la finca y se arrastró fuera de la cama. Miró por la ventana para ver a Holly y a su hermana subiendo a un carruaje muy pulido antes de que los cocheros agitaran las riendas y los caballos se pusieran en marcha.

Drew salió disparado de la habitación, solo para sobresaltarse ante la vista del Signore Medici, quien esperaba en el pasillo fuera de su cuarto. ¿Esperaba el hombre que él saliera en persecución, que impidiera que Holly se fuera?

—Lord Balhannah, si se refresca y baja, hay un carruaje esperándole. Debe regresar al palacio real con Su Alteza y la Princesa Alessa. Su tío ha sufrido algún tipo de ataque y está postrado en cama, al parecer sin responder. Lo último que necesita este país es una guerra entre los miembros de la familia real, así que quizás Dios ha mostrado una pequeña misericordia este día hacia la princesa heredera para permitirle gobernar sin obstáculos.

Drew sintió que se le abría la boca y tragó saliva, tratando de pensar en lo que esto significaría para todos ellos. Holly se convertiría en reina, y él tendría que irse. Su decisión de anoche de no ir a su habitación pesaba sobre sus hombros. Había cometido un error, pues ahora nunca habría otra oportunidad de estar con ella. Con cada vuelta de la rueda del carruaje, más lejos la llevaba de él. Más lejos estaba de tenerla en sus brazos.

¡Mierdaaa!

Se volvió hacia su cámara, dirigiéndose a su vestidor. —Bajaré en unos minutos. Solo déjeme empacar mis cosas y refrescarme.

—Por supuesto, Lord Balhannah —dijo el Signore Medici, con tono burlón.

Drew miró a su señoría y no pasó por alto el desprecio que el caballero mayor sentía por él. No era bienvenido aquí, al parecer, y con Holly viajando al palacio sin él, quizás ya no era bienvenido con ella tampoco.

Holly era consciente de la presencia de Drew en el grupo que viajaba al palacio real, y sin embargo no lo buscó ni trató de conversar con él como lo habría hecho antes. Quizás era infantil de su parte, inmaduro y superficial, pero la ira aún palpitaba en su sangre por su rechazo.

Prácticamente se había arrojado a sus pies, y él había rechazado la oferta.

El calor tocó sus mejillas, e incluso ahora, dos días después de haber dejado la finca de los Medici, la mortificación de su rechazo aún escocía. ¿No la encontraba lo suficientemente atractiva para acostarse con ella? ¿No deseaba yacer con ella por quién era? ¿O su plan desde el principio había sido hacerla anhelarlo tanto que dejara de lado todas las expectativas y le ofreciera matrimonio?

La idea de que la hubiera manipulado todo este tiempo simplemente para divertirse echó raíces y no se movió. Apretó los puños a los costados, la ira palpitando en sus venas mientras subía las grandes escaleras en el vestíbulo de su hogar, el palacio en el que habían crecido. Alessa y ella se dirigieron hacia el conjunto de habitaciones de Elena, el rechazo mordisqueando sus zapatillas de seda.

Llegaron a la parte privada del palacio cerrada para su uso personal y se dirigieron hacia la habitación de Elena. Su hermana, que parecía haberlas estado esperando y escuchando, miró por el pasaje. Al verlas, corrió desde su habitación, atrayéndolas a ambas en un abrazo inamovible.

—¡Holly! Alessa, me alegro tanto de que estén aquí —exclamó Elena, sin querer soltarlas.

Holly la abrazó de vuelta, odiando pensar en lo que había pasado estos últimos meses. —Estamos aquí, querida, y todo estará bien. ¿Te han contado sobre la condición del tío?

Elena negó con sus rizos oscuros, su rostro pensativo. —No, nada. Solo que cayó enfermo mientras entretenía y no ha podido ser despertado desde entonces. Ya han pasado cinco días.

Holly se dirigió hacia su habitación, tomando los brazos de sus hermanas y llevándolas con ella. —Iré a ver a mi tío pronto. Mi secretario aquí en el palacio ha sido informado para comenzar los preparativos de mi coronación. Cumpló veintiún años la semana que viene, así que no habrá impedimento para que tome la corona.

—¿Y si el tío despierta? —preguntó Elena, cerrando la puerta de la habitación de Holly y echando el cerrojo—. Ha sido el peor de los hombres. He estado encerrada durante meses. —Elena se volvió hacia Alessa—. Me alegro mucho de que hayas escapado y estés ilesa. Me preocupaba por ti. El tío dijo que no habías escapado, pero que tampoco te habían visto. Me dejó creer que había ocurrido lo peor.

Holly negó con la cabeza. El hombre era lo peor de su especie. Ardería en el infierno por todo lo que le había hecho a su familia y a su patria. —Ya no puede hacernos daño.

—Hay personas aquí que no te quieren en el trono. Personas que le son leales, por razones que me resultan incomprensibles —dijo Elena.

—Necesito saber quiénes son. Si pudieras hacer una lista para mí, me ocuparé de ellos tan pronto como sea posible. No tendré problemas aquí. Nuestro pueblo y nuestras propias vidas merecen algo mejor que eso.

—Estoy de acuerdo —dijeron ambas hermanas al unísono.

Holly se puso de pie, necesitando ir a ver a su tío y confirmar por sí misma que estaba como le habían dicho. Que esto no era otro plan de engaño de su parte.

—Volveré pronto. Hay asuntos que debo atender. —Holly caminó hacia la puerta antes de volverse—. Cierren la puerta con llave cuando me vaya, solo para estar seguras.

La suite de su tío no estaba lejos, eran las habitaciones que solían ser de su padre y que, por derecho, deberían ser suyas en este mismo momento. El espacio grande y opulento estaba custodiado por dos de sus antiguos guardias en la puerta. Se inclinaron ante su presencia, abriendo la puerta sin palabra ni oposición.

Holly entró en la habitación, y el temor se enroscó en su estómago ante lo que encontró. Todas las cosas de su padre que hacían el espacio especial, una suite honorable digna de un rey, habían desaparecido. En su lugar no había nada en absoluto, austero y anodino, las vibrantes plantas en macetas y las pinturas de los maestros del mundo se habían esfumado. Todo lo que quedaba era el oro que adornaba gran parte del mobiliario, haciendo que la habitación pareciera chillona y barata, aunque estaba lejos de serlo.

Se dirigió al dormitorio y entró, deteniéndose ante la visión de su tío en la cama. Pequeño y frágil, no parecía ser el mismo hombre que había dejado aquí hace solo unos meses. Su rostro estaba demacrado, su cabello casi blanco y escaso en la parte superior. Para ella, parecía enfermo y como si lo hubiera estado durante bastante tiempo.

No hubo movimiento desde la cama, y su pecho apenas se elevaba, su respiración era superficial. Holly despidió a los dos lacayos que estaban de pie junto a la pared, en espera o esperando instrucciones. —Dejadnos —ordenó, esperando a que los dos sirvientes cerraran la puerta.

Holly se sentó en una silla junto a la cama y miró con furia al hombre que había intentado quitarle la vida. Dos veces, de hecho. Su mirada se desvió hacia las almohadas detrás de su cabeza, y por primera vez en su vida, consideró usar una para asfixiar a su tío. Nadie sabría si ella lo hiciera, y nadie cuestionaría que ella fuera la princesa heredera.

Se dejó caer en la silla, observando el pecho de su tío, sin sentir más que desprecio por el hombre. No rezó por su alma, simplemente esperó y observó mientras él daba sus últimos alientos, y cuando lo hizo, ella no lo besó para despedirse, sino que le dio la espalda y se marchó. Su reinado había terminado, y ahora el de ella estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO VEINTE

UNA SEMANA DESPUÉS, las celebraciones por el vigésimo primer cumpleaños de la princesa heredera estaban en pleno apogeo. Cientos de personas habían venido de toda Atharia para verla tomar su lugar como futura monarca, con la coronación programada para el día siguiente.

Drew estaba de pie a un lado del salón de baile, con la princesa Alessa a su lado, mientras observaba a Holly bailar el vals con el príncipe Gustov de Grecia. Drew había decidido que después de la coronación de Holly mañana, dejaría Atharia y nunca miraría atrás.

Durante la última semana desde el fallecimiento de su tío, no había habido contacto entre ellos. Se había quedado en su habitación, esperando todo lo que pudo a que ella lo buscara. Había caminado por los jardines y conocido a tantos miembros del personal e invitados aquí en el palacio como pudo para pasar el tiempo. Ahora conocía a la mayoría de los presentes por sus nombres de pila.

Ya no esperaría como un tonto a la espera de una migaja de atención. No era el tonto de nadie, y no lo sería, por mucho que adorara a Holly, tampoco el de ella. Ella no lo quería aquí, así que se iría.

Drew tragó el nudo en su garganta ante la idea de dejarla, pero había venido aquí para verla tomar su lugar legítimamente, y ella había cumplido todo lo que prometió hacer. Había regresado a su país y, por la gracia de Dios, no había tenido que luchar contra su tío en una guerra que el país no podía permitirse.

Estaba feliz y asentada de nuevo en el palacio, y tenía abundantes hombres de sangre real adecuados adulándola cada día. No lo necesitaba aquí.

Como un golpe físico en el estómago, vio al príncipe Gustov inclinarse para decir algo que divirtió a Su Alteza. La multitud que los rodeaba bailaba a su alrededor, reía y admiraba a la llamativa pareja.

Drew odiaba al bastardo con el desprecio de mil hombres.

Se apartó de la visión que ofrecían y salió de la habitación, sin molestarse en disculparse con la princesa Alessa, que lo llamó. Caminó ciegamente por un pasaje desierto que corría junto al salón de baile, el sonido amortiguado del vals burlándose de su error, de por qué ella lo había alejado.

Él le había negado lo que ella quería. A él. Y ahora ella le negaría lo mismo.

Una puerta a lo largo del pasaje estaba abierta, la habitación abandonada y oscura. Perfecto. Entró y se desplomó en el diván de seda que estaba frente a una chimenea apagada. Risas y música amortiguadas resonaban por el palacio, y Drew sacudió la cabeza, incapaz de comprender cómo estaba aquí y cómo había perdido su afecto.

Para una mujer que parecía apreciarlo, afectuosa y amable, ciertamente sabía cómo clavarle una espada en el corazón lo suficientemente bien.

Recostó la cabeza en el diván, mirando al techo. Miró a un lado y vio una garrafa de brandy. Inclínandose, agarró la jarra de cristal y bebió profundamente, prescindiendo de una copa.

Si esta noche era su última noche en Atharia con Holly y debía estar solo, qué mejor manera de irse que beber hasta la inconsciencia hasta que el dolor que corría por cada fibra de su alma se adormeciera y se disipara.

—Lord Balhannah, qué lejos está usted de Londres. No esperaba encontrarlo aquí, pero me complació mucho que se confirmara esta noche en el baile.

Drew se sobresaltó, incorporándose al ver a Lady Ambrose, la viuda del conde de Courtenay y, que el cielo lo ayudara, una de sus antiguas amantes.

—Parece perdido, querido Drew. ¿Está todo bien?

Incapaz de comprender que ella estaba aquí, se pasó una mano por la cara, aclarando su visión. Nunca había podido negarse a su cuerpo cuando ella lo ofrecía, pero la idea de tocarla ahora le daba ganas de vomitar. —Déjame, Josephine. No soy buena compañía.

Ella ignoró su petición, sentándose a su lado en el diván, su cuerpo pegado a su costado, un brazo descansando suavemente sobre su muslo. —Puedo hacerte buena compañía, Drew. ¿Deberíamos divertirnos un poco mientras estamos en el extranjero? —La mujer deslizó su lengua por su labio superior y, maldita sea, su miembro se estremeció en sus pantalones.

Tomó otro largo trago de su brandy, la habitación dando vueltas. —No. Tienes que irte. Quiero estar solo.

—¿No estarás suspirando por la princesa heredera, verdad? —Chasqueó la lengua, sacudiendo la cabeza, sus largos rizos rubios rebotando alrededor de su cuello—. Te vi mirándola como un cachorrito anhelante. Debes recordar que la princesa será coronada reina mañana. Podemos ser nobles, Drew, pero incluso nuestra posición solo te llevará hasta cierto punto. Ella no es para ti.

Frunció el ceño, odiando sus palabras y la verdad que resonaba como una campana en su cabeza. —Lo sé. —No es que el hecho hiciera la situación más aceptable. Nada haría que dejar a Holly lo fuera.

Ella pasó su mano por su mandíbula, inclinando su rostro hacia ella. —Puedo hacerte sentir mejor, Drew. Lo hemos hecho antes. No es como si no nos conociéramos. Dejemos que ambos encontremos placer esta noche. —Su mano se deslizó sobre su chaleco hacia sus pantalones. Él atrapó sus dedos justo antes de que llegaran a su bragueta—. No, Josephine.

—Vamos. —Se rió, y antes de que pudiera detenerla, se había sentado a horcajadas sobre sus piernas, empujándose contra su miembro. Él la miró, sintiéndose extrañamente entumecido, sin importar cuánto intentara excitarlo—. Sabes que lo disfrutarás, Drew. Nunca te has quejado antes.

Por un momento, debatió consigo mismo qué hacer. Permitirle que lo tomara, intentar follar su dolor. Suspiró, sabiendo que no tenía sentido. Nada más que Holly podía hacer eso. Agarró sus caderas, y ella medio suspiró, medio gimió ante su toque. Lamentaba decepcionarla, pero esta noche solo había una mujer que quería, y no era la que ocupaba su regazo, sino la que ocupaba su corazón.

Holly había visto a Drew huir del salón de baile y, después del vals, había salido a buscarlo. Se sentía avergonzada por haberlo tratado de esa manera. Alejándolo como si no hubiera significado nada para ella. De hecho, él lo significaba todo.

Lo amaba, y mañana, una vez que fuera reina, le diría a su pueblo y a su familia sobre su elección. Que no sería un príncipe de sangre real, sino un inglés. Uno que había salvado su vida y su felicidad. Un futuro duque que tenía su corazón en sus manos, sin importar que durante la última semana, ella hubiera intentado con todas sus fuerzas romper el control que él tenía sobre ella.

El sonido del gemido de una mujer llamó su atención, y Holly apresuró sus pasos. ¿Alguien estaba herido o siendo amenazado de alguna manera? Al mirar en una habitación oscura y desocupada, jadeó al ver a Drew y a la viuda Courtenay en una posición indecorosa.

La ira palpitó en su interior, caliente y salvaje. ¡Cómo se atrevía!

Holly entró en la habitación, ordenando a los dos guardias que la seguían que encendieran las velas. Lady Courtenay tuvo la sensatez de levantarse del regazo de Lord Balhannah. En cuanto a Drew, se desplomó en el sofá, su reacción cautelosa, incluso hermética.

—Salga y abandone el palacio —ordenó, sin dirigirle otra mirada a su señoría. La mujer huyó de la habitación sin decir palabra—. Por favor, déjenos —ordenó a sus guardias, quienes también salieron de la habitación, cerrando la puerta tras ellos.

Drew hizo un gesto hacia ella, con los ojos desenfocados y vidriosos.

—Ah, así que se ha rebajado a venir a verme, Su Alteza. Qué privilegiado soy con su compañía.

Sus palabras dolieron, y ella entendió por qué. Lo había mantenido alejado, no le había permitido obtener una audiencia, aunque sus hermanas le habían dicho que dejara de ser tan obstinada. Que dejara de castigarlo. Era culpa de Drew que ella estuviera tan enojada con él. Si tan solo hubiera ido a su habitación, hubiera terminado lo que habían comenzado en la terraza de la finca de los Medici, todo estaría bien entre ellos. No podía entender por qué la había rechazado. Solo había una razón en su mente que podía pensar. Él no la había deseado. No había capturado su corazón como ella esperaba haberlo hecho.

—Parecías muy complacido con cómo te encontré esta noche, milord. No actúes como la

parte ofendida ahora.

Él arqueó una ceja, girando un poco la cabeza para mirarla.

—Oh, yo soy la parte ofendida. Me has ignorado esta última semana, ¿y por qué? Porque no te llevé a tu cama y te follé como a una puta.

Holly tragó saliva, apretando la mandíbula mientras luchaba por controlar sus emociones desenfrenadas.

—Pensé que eso era lo que querías de mí. Era lo que yo quería de ti, pero menos vulgar de como lo has descrito. Y sin embargo, aquí estás, atrapado en una habitación oscura con una de mis invitadas. Supongo que realmente eras un libertino en Londres y ahora en Atharia también. Qué orgulloso debes estar.

Él se burló, se puso de pie y se acercó para cernirse sobre ella.

—Eres tan cruel como tu tío. Después de todo lo que había ocurrido entre nosotros, ¿cómo pudiste hacerme a un lado como lo hiciste?

—Tú me hiciste a un lado primero, milord. Yo solo estaba emparejando el marcador.

Drew la miró boquiabierto, pasando una mano por su cabello ya desordenado. La visión de él, estando tan cerca, le recordó por qué lo anhelaba. No quería lastimarlo. Lo amaba.

—No quería que te arrepintieras de tu elección de estar conmigo. De todas las veces que he estado con una mujer, nunca he desflorado a una virgen. Si lo hubiera hecho, me habría casado con ella. No podía casarme contigo. No soy lo suficientemente bueno para la corona de Atharia, o su gente.

Sus palabras cortaron como un cuchillo, y ella parpadeó para alejar las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. Él era lo suficientemente bueno tanto para ella como para su pueblo. Era su culpa haberle permitido pensar lo contrario, haberlo hecho aceptar ver su amistad y falso matrimonio como una solución temporal, no una posibilidad a largo plazo.

—Y así que estás buscando otro revolcón, y aquí te encuentro en una posición indecorosa con una mujer. Qué volubles son ustedes los hombres cuando no obtienen lo que quieren de una persona, simplemente lo buscan con otra.

—Te aseguro, señora, que si me hubieras encontrado follando a Lady Courtenay, no tendrías ninguna duda sobre lo que estaba haciendo. Como fue, ella se levantó, ¿no es así?, y ambos estábamos perfectamente vestidos. No me la estaba follando. No estaba haciendo nada con ella más que decirle que se fuera.

Holly pasó junto a él, habiendo escuchado suficiente. Él la agarró del brazo y la atrajo contra su pecho.

—Rechacé su oferta. No quiero follar a Lady Courtenay ni a nadie más. Te quiero a ti, maldita sea. La única mujer que no puedo tener y que por sus acciones durante la última semana tampoco me quiere a mí.

Sus palabras profundas y ásperas enroscaron el placer a través de su núcleo, y su cuerpo dolía y ardía por su toque. Incluso después de encontrarlo con otra mujer, aún anhelaba su toque,

deseando sus besos contundentes y su deseo devastador.

Lo miró fijamente, su mente en la cuerda floja y amenazando con inclinarse hacia cualquier lado. Hacia Drew o lejos de él. Sus ojos se oscurecieron con necesidad, y él tomó una decisión por ella. Él se apoderó de sus labios, besándola con fuerza castigadora. El deseo que emanaba de Drew, sus manos temblorosas mientras sujetaban su rostro, su beso frenético debería asustarla, pero no lo hacía. Nada de lo que él hiciera jamás la asustaría. Amaba cada momento de estar en sus brazos.

Holly sujetó su rostro y le devolvió el beso. Él se apartó, con preguntas silenciosas en sus ojos.

Deséame. Elígeme.

Ella se apoderó de sus labios nuevamente y se dejó caer hacia él, en sus brazos y donde creía que siempre debería haber estado.

Las piernas de Drew amenazaban con doblarse bajo la necesidad que corría por él. Tener a Holly de vuelta en sus brazos era un elixir que siempre le daría fuerza y propósito. Se apoderó de su boca, reclamó sus suaves labios. Sus lenguas se entrelazaron, suaves gemidos se mezclaron con gruñidos hambrientos.

Deslizó los brazos bajo su trasero y la levantó hasta su cintura. Ella rodeó su cuerpo con las piernas, besándolo. Su cabello cayó suelto sobre sus hombros, con las horquillas desperdigadas. Drew tiró de la parte trasera de su vestido, necesitando quitárselo, verla. Dio un paso hacia un diván en el rincón de la habitación, deseando tener a Holly debajo de él, gimiendo y arqueándose mientras la hacía llegar al clímax.

—Dime que me deseas. Dime que esto no es algo de lo que te arrepentirás por la mañana.

Ella forcejeó con su corbatín, arrancándolo de su cuello y tirándolo al suelo. Sus ojos se encontraron con los de él, y Drew leyó el deseo ardiendo en sus orbes verdes. Se le encogió el estómago ante su belleza, ante su disposición a estar con él. Ella era muy superior a él. No merecía semejante regalo.

—Nunca me arrepentiré de ti, Drew —su mirada se posó en sus labios antes de besarlo de nuevo.

Su control se quebró y los tumbó en la cama. Holly rió, pero Drew ardía con una necesidad que no se aplacaría. Esto era demasiado rápido. Necesitaba ir más despacio, tomarse su tiempo. Holly se frotó contra él, levantando las rodillas y haciendo que su centro chocara contra su miembro. Todo pensamiento se disipó y Drew tiró de la parte delantera de sus pantalones, liberando su erección que palpitaba de necesidad.

Las manos de ella se deslizaron por su espalda antes de rodearle y aferrar su miembro. Él cerró los ojos con fuerza y vio estrellas. Su tacto, el deslizamiento de sus dedos firmes alrededor de su miembro, hacía casi imposible no correrse en su mano. Drew embistió contra su agarre, y ella ronroneó, haciendo que su juicio se tambaleara.

Era su turno de provocar, de verla disfrutar de su tacto. Drew se echó hacia atrás, rompiendo

su agarre, y le subió el vestido hasta la cintura. Su sexo brillaba, excitado y húmedo. Deslizó una mano sobre sus pliegues, frotando la yema de su pulgar sobre su clítoris. Ella gimoteó y ondulaba bajo su toque. Lamió sus dedos, saboreándola, terrosa y dulce. Con una lentitud que no creía posible en ese momento, presionó sus dedos dentro de ella. Empujando en su calor apretado y húmedo.

Tan jodidamente caliente.

—Drew —gimió ella, sus músculos apretándose alrededor de sus dedos y dándole una muestra de lo que saborearía muy pronto.

La folló con su mano, se inclinó y la obligó a mirarlo cuando ella cerró los ojos, su cabeza girando de lado a lado. —Mírame —exigió, su miembro goteando líquido preseminal mientras ella escalaba hacia el clímax.

Justo cuando podía sentirla en su punto más alto, se retiró, reemplazando sus dedos con su lengua. Ella jadeó, sus manos alcanzando su cabeza. Pensó que lo apartaría, pero no lo hizo. Su agarre en su cabello se apretó, instándolo a permanecer donde estaba.

Lamió su sexo, besando y provocando su botón hinchado hasta que ella estaba cabalgando su rostro, tomando su placer, tomando todo lo que quería de él. Drew acarició su camino hacia su centro, follándola con su lengua, provocando su clítoris con su pulgar. Nunca tendría suficiente de ella. A partir de este día, quería despertar con ella jadeando su nombre mientras la tomaba, le hacía el amor.

Jugueteó entre sus pliegues y chupó su clítoris, acariciándolo con su lengua. Ella llegó al clímax con fuerza, su nombre un cántico repetido llenando la habitación. No detuvo su asalto hasta que ella quedó exhausta, sus piernas cayendo abiertas, sus brazos extendidos sobre la cama.

Drew se colocó sobre ella, situándose en su centro. Sus ojos velados y opacos se abrieron, observándolo antes de que ella se estirara, agarrara el frente de su camisa y lo atrajera hacia abajo. La besó profundamente y embistió en su calor. Gimieron, y Drew dudaba haber sentido alguna vez más vivo, más necesitado de alguien en su vida.

—Ah, Holly —jadeó, embistiendo más profundo, más rápido.

Ella no se apartó de él, sino que envolvió sus piernas alrededor de su cintura y levantó sus caderas, tomándolo más profundo, moviéndose debajo de él para tomar su propio placer y control.

Su respiración se entrecortó, sus embestidas aumentaron. El sonido amortiguado de sus gemidos se mezclaba a través de su beso, el chasquido de piel contra piel una sinfonía que nunca olvidaría.

—Oh, Drew, no pares. Se siente tan bien.

No pararía. Nada, ni siquiera todo el ejército de Holly, podría apartarlo de follarla en este momento. Eran como una bestia de dos espaldas, frenéticos y sin cuidado. Sus testículos se tensaron, y un dolor llenó su bajo vientre. Estaba cerca.

Luchó por no correrse, queriendo que ella llegara al clímax por segunda vez. Mordiendo su

deseo, su deseo fue concedido, no unos momentos después.

Ella se arqueó, su nombre un grito ahogado contra su pecho. Sus músculos internos se flexionaron y apretaron, y fue demasiado. No importa cuán versado estuviera en el acto del amor, ningún hombre podría negar ese llamado al placer.

Soltó su control y se corrió, embistió con empujes profundos y duros mientras se dejaba ir. El placer fue impactante en su capacidad para dejarlo sin sentido. Nunca se había corrido tan fuerte. Nunca había disfrutado tanto, o querido hacer lo mismo una y otra vez por el resto de su vida.

Drew se desplomó a su lado en el diván, atrayéndola al hueco de su brazo. Bajó la mirada hacia ella y encontró una sonrisa de satisfacción en sus labios que lo hizo reír. —¿He cumplido con tus expectativas, mi amor? —preguntó, sin importarle haber usado un término cariñoso que aún no había expresado en voz alta.

Ella ronroneó, envolviendo su pierna sobre su cintura y su brazo sobre su estómago, jugando distraídamente con su ombligo. —Más que cumplido con ellas. —Ella lo miró, una luz traviesa en sus ojos—. Me pregunto cuándo podremos hacer esto de nuevo. Si hubiera sabido que estar con un hombre podía ser tan placentero, me habría casado a la primera oportunidad.

La mención del matrimonio, y el suyo en particular, envió pánico a correr por su sangre. Su estómago se revolvió. —No todos los hombres son iguales. Podrías haberte casado con un inútil. Tal vez deberías casarte conmigo en su lugar solo para estar segura de tu elección de compañero de cama.

Ella alzó la ceja, con los ojos muy abiertos. —¿Acaba de pedirme matrimonio, Lord Balhannah?

Él se acercó, apartándole un mechón de pelo del rostro, lo que le permitió ver con más claridad su belleza, que le dejaba sin aliento cada vez que la contemplaba. —Si dijera que sí, ¿me tendrías en cuenta? —Estaba arriesgándose. Sabía que habían acordado que solo fingirían, que él no estaba a la altura de su estatus. Que ella se casaría con un príncipe o con nadie, pero no pudo evitarlo. El corazón quería lo que quería, y el suyo latía por la mujer que tenía entre sus brazos y por nadie más.

—Si fuera mi elección, sabes que te elegiría a ti, Drew. —Frunció el ceño, con tristeza en los ojos—. Por favor, no hagas que esta despedida entre nosotros sea más difícil de lo que ya es.

Él se quedó inmóvil ante sus palabras y la determinación que transmitían. Incluso después de todo lo que habían compartido, de haberle hecho el amor, de estar enamorado de ella, ¿aun así lo rechazaría? Drew se incorporó, bajándose del diván, y se arregló la ropa lo mejor que pudo. Evitó mirarla, no necesitaba ver a la mujer desaliñada y bien amada a la que adoraba.

No es que pudiera faltarle el respeto por su elección. Reina para su pueblo hasta el final, solo hacía lo que creía correcto para su patria. Renunciaría al deseo de su propio corazón para mantener a su gente segura y protegida. El matrimonio con otra familia real lo garantizaría. Drew no podía odiarla por semejante sacrificio, aunque la idea de dejarla lo destrozara por dentro.

Ya vestido, se dirigió a la puerta, deteniéndose, pero incapaz de mirarla. —Te deseo lo mejor

en todo lo que hagas en la vida, Holly. Te deseo felicidad y que no sufras más. Mañana serás reina. Ya no me necesitas aquí. Regresaré a Inglaterra con la marea alta de mañana por la noche. Adiós.

Drew salió de la habitación, cerrando la puerta con suavidad tras de sí. Su visión se nubló mientras se adentraba en las profundidades del palacio. Lejos del baile y lejos de Holly. Abandonaría la corte esa noche. No podía quedarse aquí. Ya no le quedaba nada aquí.

CAPÍTULO VEINTIUNO

HOLLY SALIÓ al balcón del palacio y saludó a su pueblo, agradeciéndoles su apoyo en este día triunfal. Sus hermanas estaban a su lado, saludando y sonriendo, felices de que la corona estuviera de nuevo bajo su control y de que el pueblo ya no sufriera bajo el gobierno tiránico de su tío.

La tarde avanzaba, y la atención de Holly se dirigió hacia el puerto que apenas podía distinguir a través de las casas que se alzaban más allá de la plaza real. El mástil de un gran barco se asomaba por encima de los tejados de las casas de Atharia, y su corazón se estremeció en su pecho.

Drew estaría en ese barco esa noche. Zarpando hacia Inglaterra y alejándose de ella, ¿y por qué? Porque ella no lo había detenido cuando él había declarado que se iría. Porque no había dicho que sí, aunque su corazón gritaba de alegría ante su propuesta.

Con un último saludo a la multitud, se dio la vuelta, lista para enfrentarse a su corte y anunciar su futuro y el del palacio. Entró en la sala del trono, subió al estrado elevado y se sentó en su trono. Un dosel azul oscuro colgaba sobre ella, con bordes dorados y una alfombra del mismo diseño bajo sus pies.

La sala se quedó en silencio, y Holly tomó un respiro para calmarse, lista para declarar sus reglas. Habló del sufrimiento de su pueblo, de cómo combatiría el hambre y la falta de vivienda. Sus planes para las escuelas. Para que todos los niños estuvieran libres del trabajo infantil. El subsidio que implementaría para que los padres mantuvieran a sus hijos en la escuela en lugar de sacarlos para trabajar en las minas y los campos.

Habló de profundizar el puerto, aumentando las importaciones y exportaciones. Su esperanza de que pronto Atharia fuera considerada una nación poderosa, autosuficiente pero abierta al comercio con otros países. Una democracia justa gobernada por un gobierno y no por la familia real, aunque estarían allí para guiar y asistir cuando fuera necesario.

Se escucharon jadeos ante su declaración, pero no era diferente de lo que otros países habían hecho y con lo que habían prosperado. Una familia rica y gobernante a la que el pueblo no podía elegir como su voz no era un pensamiento moderno. Quería que su pueblo pudiera elegir a quienes creían que estaban en línea con sus puntos de vista. La familia real de Atharia nunca más

pondría al pueblo en tal peligro como lo había hecho su tío. Ella no lo permitiría, y haría una ley para que así fuera.

—En cuanto a mi futura felicidad y el rey consorte que estará a mi lado, deseo informaros que he tomado mi decisión y es definitiva. Se hará una próxima oferta al Marqués de Balhannah, futuro Duque de Sotherton de Inglaterra, para que sea mi esposo. Mi elección es definitiva y no será debatida —sus ojos se encontraron con los de su secretario privado, cuyos ojos, al igual que los de todos los demás, parecían salirse de sus órbitas. Sus hermanas, sin embargo, sonreían con una felicidad que le decía a Holly que había elegido sabiamente. Había escogido al hombre que amaba, y nunca habría un error con tal elección—. Eso es todo.

Holly se puso de pie y salió de la sala, con sus hermanas y damas de compañía siguiéndola de cerca. Jadeos ahogados y murmullos se escuchaban detrás de ella, y levantó la barbilla, sin importarle en absoluto sus opiniones. Un peso que la había agobiado durante semanas se levantó de sus hombros, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía respirar.

Se volvió hacia su secretario.

—Necesito viajar al muelle de inmediato.

—Sí, Su Majestad —dijo él, adelantándose y gritando órdenes para que prepararan el carruaje real para la reina.

—Su Majestad, ¿puedo hablar con usted?

Holly se volvió al oír la voz de Niccolo.

—Dejadnos un momento —dijo a sus damas y hermanas que la rodeaban—. ¿Qué sucede, Niccolo? —preguntó, sin estar dispuesta a escuchar más prejuicios contra Drew.

Su guardia estaba de pie con las manos detrás de la espalda y la cabeza inclinada.

—Me presento ante usted para ofrecerle mis humildes disculpas y espero que me conceda el honor de permanecer a su lado como su humilde servidor y protector.

Ella entrecerró los ojos, esperando poder confiar en él. Las últimas semanas habían estado llenas de tensión. No era un secreto que a Niccolo no le agradaba Drew, pero no podía permanecer allí si ese seguía siendo el caso.

—Perdí la fe en ti, Niccolo. Actuaste fuera de tu carácter y por encima de tu posición. ¿Por qué?

Una mirada de dolor cruzó sus facciones.

—Desconfié de Lord Balhannah, es cierto, pero he llegado a aceptar que es un hombre honorable. Un hombre en quien se puede confiar y que es confiable con los secretos que guarda la Corona. Me equivoqué, Su Alteza. Vi sombras y amenazas donde quizás no las había. Sepa que si me permite servirle, la apoyaré y mantendré a salvo a usted y a su familia por el resto de mis días.

Las palabras de Niccolo eran lo que Holly quería oír, y estaba orgullosa de que el guardia estoico y a veces demasiado obstinado se hubiera disculpado. No debió haber sido fácil para él. Sonrió, extendiendo la mano para darle una palmada en el hombro.

—Gracias por decirme esto, Niccolo. Admitiré que temí una o dos veces que trabajabas para mi tío.

Niccolo jadeó, con horror escrito en sus facciones.

—Nunca, Su Alteza.

Ella sonrió, satisfecha con la sinceridad que escuchó en su voz.

—Ahora lo sé, y me complace que me hayas buscado para explicarlo. Por supuesto que puedes permanecer en tu puesto. Nuestra familia estará más segura por ello.

—Gracias, Su Majestad —dijo él, haciendo una reverencia y retrocediendo.

Holly se volvió hacia sus hermanas, incapaz de quitar la sonrisa de su rostro.

—Ahora, me voy a ganar a mi futuro esposo. ¿Aprobáis mi elección? —preguntó, mirando a ambas hermanas a los ojos.

Alessa la abrazó, y Elena se unió a ellas.

—Oh, Holly, respaldo tu elección al cien por cien. Lord Balhannah es el hombre más honorable y dulce. No te arrepentirás de tu elección —dijo Alessa.

—Creo que es encantador —respondió Elena, con los ojos empañados de lágrimas—. Me encantaría tener un marido que me mirara como él te mira a ti. Cualquiera que os haya visto juntos sabe que te adora. Estoy tan emocionada con tu elección.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Holly, y sorbió, parpadeando para alejarlas. —Gracias, mis queridas. Solo puedo esperar que él me perdone por no haber declarado mi mano anoche.

—Él lo entenderá cuando se lo expliques —dijo Alessa, dirigiendo a Holly hacia el corredor que debía recorrer para bajar las escaleras y llegar al carruaje—. Ahora ve. Esperamos tu regreso.

Holly comenzó a caminar por el pasillo, aumentando el paso hasta que estaba corriendo. No era muy propio de una reina, pero ¿qué importaba eso cuando había un marido que atrapar antes de la marea vespertina? Una debe correr cuando es necesario correr. Haría de esa regla una ley si fuera necesario.

Drew estaba de pie en la proa del barco, mirando el vasto océano por el que pronto navegarían. No quería irse, alejarse de Holly. La separación que desgarraba su alma en dos amenazaba con arrasarlo.

La adoraba, pero le había pedido su mano y ella había dicho que no. De hecho, no había dicho nada en absoluto, lo que no estaba seguro si era peor.

Un alboroto detrás de él lo hizo volverse. Un reluciente carruaje negro con el estandarte real ondeando en su techo, una multitud de hombres armados haciendo guardia tanto en el frente, detrás y a los lados del carruaje. Una mujer descendió los escalones, su vestido dorado y una corona sobre su cabeza le hicieron contener el aliento.

Holly. Reina de Atharia.

No se movió, temeroso de que si lo hacía, pudiera alterar la fantasía que estaba viendo ante él y se disipara en la brisa salada del mar.

Ella caminó por los muelles hacia él, tomándose el tiempo para hablar con la gente que se reunía para conocerla. Su sonrisa le calentó el corazón, su cuidado por estas personas tan genuino como siempre la había conocido.

Sus guardias no intentaron impedirle que hablara con su gente, y ya podía ver el tipo de reina que sería. Presente y serena, una reina amable y cariñosa que todos los países necesitaban.

Su mirada se elevó hacia su barco, por encima de las muchas personas que los separaban, y supo que lo había visto. Diciendo algo rápidamente a su gente, siguió adelante, su determinación de no ser retrasada evidente en cada paso. Y antes de que pudiera recuperar el juicio, ella estaba frente a él, mirándolo con lo que esperaba fuera optimismo en sus ojos verdes.

—Lord Balhannah —dijo, y nada más.

Él se aclaró la garganta del nudo que se había formado allí. —Su Majestad —respondió. Sus ojos devoraban cada parte de ella. Se veía asombrosamente hermosa, joven y fuerte. Estaba maravillado por ella, y tragó saliva de nuevo, temeroso de quebrarse y suplicarle que no lo dejara ir. Solo podía soñar con algo así.

—He venido hoy aquí, como Reina de Atharia, para pedirte, ahora que tengo la libertad de hacerlo, que seas mi esposo, mi amante, mi mejor amigo y rey consorte, si me aceptas.

Drew se quedó inmóvil ante su pregunta, incapaz de comprender por un momento lo que estaba pidiendo. ¿Realmente acababa de pedirle que se casara con ella? La esperanza aniquiló la desesperación de solo minutos antes, y la atrajo hacia sí, abrazándola tan fuerte que dudaba que incluso sus guardias pudieran interponerse entre ellos en ese momento.

—¿Lo dices en serio? —jadeó contra su cuello—. ¿De verdad deseas que sea tu esposo, Holly?

Ella se apartó un poco, mirándolo a los ojos. —Sí. No pude decir que sí ayer, por mucho que quisiera. Pero hoy, como reina, puedo elegir a quien quiera, y nadie puede contradecirme. Eres mi igual, en todas las formas que importan. Te amo. Creo que puede que te haya amado desde el momento en que me empujaste a ese hoyo de arena y salvaste mi vida.

Él se rio aunque su visión de Holly estaba decididamente borrosa. —Sí, mi querida, hermosa y amable amiga. Me casaré contigo, te apoyaré, estaré ahí para ti y tu gente. Te adoro, mi amor, y te amo. Creo que puede que te haya amado desde el momento en que me abofeteaste en la playa para asegurar mi supervivencia.

Holly rio, rodeando su cuello con los brazos, besándolo frente a todos los que estaban detrás de ellos. Los vítores resonaron fuerte en el muelle, la gente gritaba con risas y felicitaciones. Drew profundizó el beso, olvidando el protocolo y la etiqueta por el momento y simplemente disfrutando de tenerla en sus brazos. Se casaría con ella, y se amarían hasta el fin de los días.

Él sería su rey consorte y cualquier otra cosa que ella exigiera. Era suyo para gobernar, tanto en el amor como en el país.

EPÍLOGO

Tres meses después, Sotherton, Inglaterra

HOLLY ESTABA de pie junto a Drew en la biblioteca de Sotherton, mientras el duque de Sotherton los miraba como si ambos hubieran perdido la cabeza.

—¿Has sido la reina de Atharia todo este tiempo? Mi hijo —dijo el duque, señalando a Drew con un dedo acusador— te ayudó a escapar de un ataque de tu tío, ¿y luego te casaste con él?

Drew se rio entre dientes, y Holly sonrió ante la incapacidad del anciano caballero para aceptar lo que acababan de contarle. No habían escrito, prefiriendo viajar de vuelta a Inglaterra para informar a Su Gracia en persona del matrimonio de su único hijo, para presentarle a su nueva nuera como quien realmente era.

Su Gracia estaba más que complacido la primera vez que fingieron estar casados, pero escuchar toda la verdad parecía haberlo dejado en un perturbador tono grisáceo que no parecía saludable.

—Su Gracia —dijo Holly, rodeando el escritorio y tomando su mano—. Sé que esto es un shock. Le hemos mentado, sí, pero siempre fue por su propia seguridad. Amo a su hijo, y él me ama a mí, pero ser mi esposo significará que la mayor parte de su tiempo lo pasará en el extranjero. Espero que no esté decepcionado.

Su Gracia la miró fijamente, parpadeando.

—Aunque echaré de menos nuestros duelos verbales, muchacho, estoy feliz por ti —el duque se puso de pie, rodeó el escritorio y envolvió a su hijo en sus brazos. Drew le sonrió a Holly por encima del hombro de su padre, y el corazón de ella se regocijó ante la visión.

—Vendré a casa tanto como pueda, y espero que tú también vengas a visitarme. Prometemos cuidar de ti, padre.

El hombre mayor se apartó, con lágrimas acumulándose en sus ojos envejecidos.

—Me encantaría visitaros y, con el tiempo, a mis nietos.

Holly sonrió, frotando una mano sobre su vientre que no estaba abultado en lo más mínimo, pero que en cualquier caso llevaba el pequeño paquete de amor que ella y Drew habían creado.

—Eso es lo otro que queríamos decirle, Su Gracia. Va a ser abuelo, así que supongo que

tendrá que venir a visitarnos en unos seis meses.

El duque tropezó hacia atrás, y Drew lo alcanzó, estabilizándolo.

—¿Estás *enceinte*?

—Lo estamos, padre —dijo Drew, con el orgullo llenando su apuesto rostro. Las mariposas revolotearon en el estómago de Holly, y se maravilló ante el pensamiento de que él aún le cortaba la respiración. Esperaba que nunca cambiara y que siempre fuera perfecto, justo como era ahora.

—No sé qué decir —exclamó el duque, abrazando a su hijo y levantándolo del suelo, antes de abrazar a Holly de una manera más ordenada—. Voy a ser abuelo. Oh, espero que sea un niño, dos niños, de hecho, uno que se hará cargo de Atharia y otro que podrá hacerse cargo del ducado aquí, si el hijo mayor está de acuerdo. Qué maravilloso —suspiró el duque, limpiándose los ojos con el pañuelo que sacó torpemente de su bolsillo.

—Estoy seguro de que encontraremos una solución adecuada para todos nuestros hijos, padre.

Holly se unió a Drew, rodeando su cintura con el brazo.

—¿Hay una cosa más que le pediríamos, Su Gracia? —dijo Holly, mirando a su marido, quien la miraba con la expresión más adorable y complaciente.

—Por supuesto, lo que sea —dijo el duque, sentándose de nuevo en su escritorio y sonriéndoles.

—Le pedimos si estaría dispuesto a patrocinar a mi hermana para una temporada en Londres el próximo año. Mi tío la mantuvo prisionera en Atharia, y deseo que disfrute un poco antes de que se establezca y se case como yo lo he hecho. Mi hermana menor aún no tiene edad suficiente para viajar al extranjero, pero la princesa Alessa sí. Quizás la tía Rosemary de Drew pueda servir como carabina. Tendrá guardias, todos entrenados para no causar revuelo, pero siento que se lo debo. Alessa tiene el alma más bondadosa, no será una molestia, se lo prometo.

El duque los miró a ambos un momento antes de ponerse de pie.

—Sería un honor tener a la princesa Alessa como mi invitada. La tía Rosemary estará más que dispuesta, y haré que se mude a la casa ducal de Londres durante la temporada. Nos divertiremos mucho, y estoy seguro de que la princesa volverá a casa como una dama muy ilustrada.

No demasiado ilustrada, esperaba Holly, pero era lo mejor para Alessa. Había estado un poco deprimida últimamente. Necesitaba risas y alegría en su vida, y Londres podía dárselas antes de que se casara. Quizás ella también encontraría un inglés a quien amar.

—Entonces está decidido. Irás a Londres la próxima temporada. Alessa regresará contigo a Inglaterra después de que vengas a visitarnos para el nacimiento de nuestro hijo —dijo Holly, complacida con el giro de los acontecimientos de hoy.

—Esa es una proposición real que no puedo rechazar —declaró el duque, poniéndose de pie una vez más—. Esto merece un brindis. Llamaré para que traigan champán.

El duque llamó a un sirviente y Drew se volvió hacia ella, rodeándola con sus brazos, atrayéndola hacia sí.

—Eres una buena hermana y una esposa maravillosa. ¿Cómo es que he tenido la fortuna de ganar tu amor?

Holly le rodeó el cuello con los brazos, besándolo sin importarle que tuvieran público.

—Porque te amo tanto como tú a mí, y por otro pequeño detalle.

Drew frunció el ceño, confundido.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue ese?

Holly jugó con el cabello de Drew en la nuca, sabiendo cuánto disfrutaba él de su toque allí.

—Porque te pedí que te casaras conmigo y dijiste que sí.

—Ah, sí, por supuesto —la atrajo hacia sí, meciéndola en sus brazos—. Aunque creo que yo te lo pedí primero, así que parece que soy el vencedor en esa contienda.

—Quizás —se encogió de hombros—. Pero creo que en este matrimonio ambos somos los ganadores al final. Me siento verdaderamente bendecida, sé que nací en la grandeza, pero ahora sé lo que es amar de verdad y ser feliz. Te adoro tanto, Drew. Prométeme que siempre estaremos el uno para el otro, pase lo que pase.

Él la besó profundamente.

—Siempre, mi amor, y para siempre, mi reina.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

